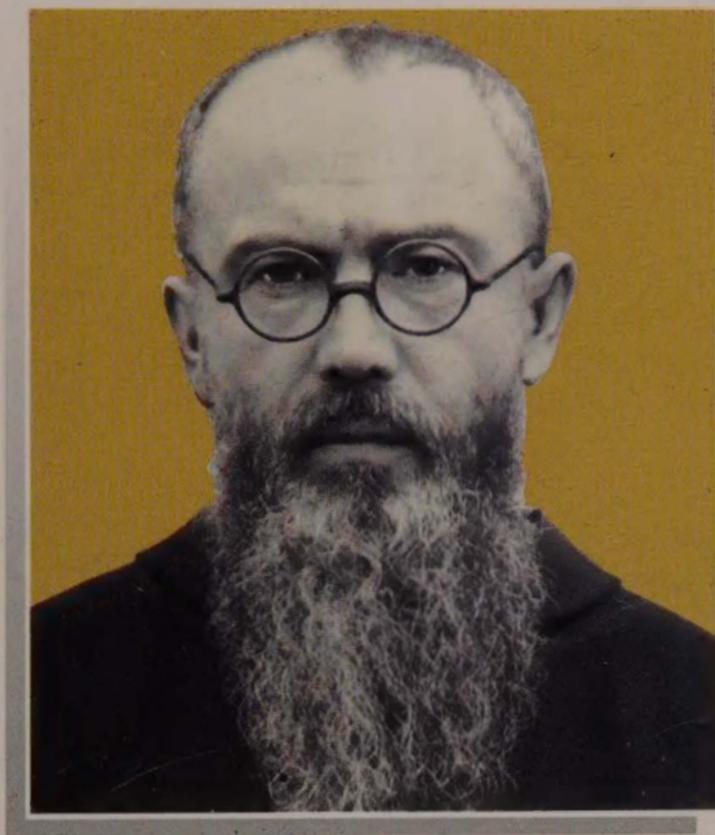


André Frossard

“No olvidéis el amor”



La pasión de
Maximiliano Kolbe

PALABRA



André Frossard

ANDRÉ FROSSARD ha dedicado toda su vida a las letras: articulista, comentarista político, entrevistador de excepción, colaborador en muchos diarios y revistas, escritor de libros... Pertenece a la Academia Francesa.

Nació en “un pueblo donde no había iglesia parroquial, pero sí una gran sinagoga, hoy desierta, pues la comunidad israelita había sido deportada y exterminada en Auschwitz”. En su familia, “Dios no existía. Lo habíamos sustituido por una religión de la salvación del hombre por el hombre mismo, fundamentada en la visión marxista de la historia”. Él mismo es quien nos cuenta estas cosas.

Igual que nos cuenta que, a los veinte años, entró a buscar a un amigo en una iglesia; entró ateo “y ocurrió lo inesperado”, se abatió sobre él “una ola de suavidad y de gozo mezclados, que le rompió el corazón y cuyo recuerdo jamás ha perdido”. “Minutos más tarde salió católico, apostólico y romano”, porque había encontrado la fe “en una dulce y silenciosa explosión de luz”.

1ª edición. octubre 1991
2ª edición, febrero 1995
3ª edición, febrero 1999
4ª edición, diciembre 2001

**«NO OLVIDÉIS
EL AMOR»
LA PASIÓN DE MAXIMILIANO KOLBE**

**EDICIONES PALABRA
Madrid**

Título original: *N'oubliez pas l'amour*

Colección: Arcaduz

- © Editions Robert Laffont, S.A., París, 1987
- © Ediciones Palabra, S.A., 1991
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
- © Traducción: Mercedes Villar Ponz

Diseño de la cubierta: Carlos Bravo
I.S.B.N. 84-7118-773-6
Depósito Legal: M. 49.581-2001
Impresión: Gráficas Anzos, S.L.
Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

André Frossard

**«No olvidéis
el amor»**

La pasión de Maximiliano Kolbe

CUARTA EDICIÓN

ARCADUZ

**A Su Santidad el Papa Juan Pablo II quien,
siempre atento a la verdad, a la justicia y
al clamor de las gentes, ha proclamado
mártir a Maximilien Kolbe.**

En septiembre de 1939, tras la invasión de Polonia por los ejércitos de Hitler, la mayoría de los franciscanos de Niepokalanow se vieron obligados a abandonar el convento. Antes de su partida hacia un destino ignorado, que para unos sería el exilio y para otros la prisión o la muerte, Maximilien Kolbe les dijo al despedirlos: «No olvidéis el Amor».

1.

ORNAMENTOS ROJOS

Era un hermoso día, como es habitual en el otoño romano. Las ruinas parecían esponjas empapadas de sol y un aire suave, dulcísimo, dejaba que los pinos, inmóviles, cumplieran su función decorativa.

Aquella mañana el padre D. salió temprano del antiguo colegio de los franciscanos para tomar el autobús entre la colina del Palatino y la roca Tarpeya.

Había sido invitado a concelebrar en San Pedro la Misa de canonización de Maximilien Kolbe: iba rezando fervorosamente para que Juan Pablo II proclamara mártir a su compatriota y hermano en religión, aunque no se sentía muy seguro de ser escuchado; esperando al autobús, dirigía sus miradas hacia la colina imperial o hacia la roca de las ambiciones frustradas, mientras sus esperanzas vacilaban también entre la alegría y el temor.

Estaba enterado de que hasta el último instante habían surgido dificultades por parte de los expertos. Ellos no ponían en duda la santidad de Maximilien Kolbe, cuyo heroísmo habían reconocido algunos años atrás. Un hombre consagrado al Evangelio, internado en Auschwitz y que da su vida por salvar la de un compañero de cautiverio condenado a morir de hambre, ¿no era acaso digno de mostrarse al mundo como un ejemplo y no merecía ser venerado en todas las iglesias cristianas? Sin embargo, aunque los teólogos deseaban la canonización de Kolbe, preferían que ésta se produjera bajo la rúbrica habitual de los santos, es decir,

como «confesor» y no como «mártir». Al ser consultados sobre este punto, habían expresado unas conclusiones negativas o, por lo menos, dubitativas: si en el mes de agosto de 1941 Kolbe efectivamente llevó a cabo un acto de caridad sublime al morir por otro, sus verdugos no le interrogaron directamente por la fe, como exige la definición tradicional del martirio, y venerarlo bajo ese título habría dado lugar a una revolución teológica.

El padre D. se preguntaba si Juan Pablo II, a pesar de que su voluntad tiene carácter de ley en esta materia, se sentiría obligado por la opinión de los teólogos o si, por el contrario, obedecería a la petición universal y a sus propios deseos.

Era el domingo 10 de octubre de 1982.

Cuando el padre D. llegó a la plaza de San Pedro ya estaban reunidas allí doscientas mil personas que no sabían más que él. Lo *monsignori* con los que se cruzaba alzaban las cejas en un gesto de ignorancia y, aunque las miradas de aquellos individuos tan santos, en quienes los silencios del Vaticano han desarrollado unas extraordinarias facultades de percepción, no expresaban decepción, se diría que sus párpados caídos mostraban la tristeza de un perrillo perdido. ¿Confesor? ¿Mártir? Juan Pablo II, ese genio de la comunicación, no había comunicado nada; y como generalmente delibera en su oratorio y no tiene más confidente que Dios, conserva sus secretos bien guardados.

El altar aparecía ante la basílica en lo alto de la escalinata, preparado en su lugar habitual y rodeado de flores blancas y moradas. Un largo tapiz pendía desde el balcón entre las columnas de la fachada dorada. En la parte inferior el escudo de Juan Pablo II, con la cruz asimétrica cuyo brazo izquierdo protege la esbelta inicial de María. En el centro, un retrato de Maximilien Kolbe, con su hábito de religioso franciscano sobre un fondo de color azul tormenta salpicado de nubes semejantes a pájaros blancos; detrás, unos resplandores de incendio y una iglesia lejana embutida en un arco iris. Los adornos de flores artificiales blancas y rojas en los ángulos superiores acrecentaban el interrogante. ¿Confesor? ¿Mártir?

Nadie sabía nada, ni los hábiles *monsignori*, ni los dignísimos obispos, ni la multitud apiñada entre la tenaza de mármol de Bernini; el padre D., al entrar en la sacristía de San Pedro, observó extendidos sobre la mesa los ornamentos rojos de la celebración y sólo entonces comprendió que el sacrificio de Kolbe iba a recibir la consagración que merecía. Juan Pablo II, ignorando las opiniones contrarias, se había pronunciado por el martirio; y, por fin, el padre D., después de tanta incertidumbre, pudo llorar de agradecimiento.

Cuando el Papa apareció en el atrio revestido de rojo, la multitud comprendió; tras unos momentos de silencio, se produjo el inmenso clamor de la aprobación popular.

La ceremonia fue muy hermosa y duró desde las diez hasta el mediodía.

Tras los cantos de entrada, los tres defensores de la causa, el Cardenal Prefecto de la Congregación de Ritos, el Abogado Consistorial y el Superior General de los Franciscanos se acercaron a Juan Pablo II para pedirle «en nombre de la Iglesia» que inscribiera a Maximilien Kolbe en la lista de los santos.

El Papa no respondió inmediatamente. Pueblo y celebrantes, de rodillas, rezaron las letanías de los santos y a continuación, una vez hecho el silencio, se pusieron todos en pie para oír la respuesta de Juan Pablo II.

«Para mayor gloria de la Santísima Trinidad», dijo, con esa voz que parece agitar el mar, «para la exaltación de la fe católica y el enriquecimiento de la vida cristiana; por la autoridad de Jesucristo, de los apóstoles Pedro y Pablo, y por la nuestra... tras haber reflexionado profundamente y oído a gran número de nuestros hermanos en el episcopado, declaramos y decretamos que el beato Maximilien Kolbe es santo, que será inscrito en el catálogo y piadosamente venerado entre los mártires por la Iglesia».

La homilía que pronunció a continuación comenzó por una cita evangélica: «No hay amor más grande que el del que da la vida por sus amigos». A Kolbe le fue concedido, dijo Juan Pablo II, cumplir al pie de la letra esta frase. Era imposible, continuó, como para justificar su decisión, no escuchar «las innumerables voces del pueblo de Dios»; impo-

sible dejar de reconocer que esta muerte, afrontada libremente, hacía a Maximilien Kolbe semejante a Jesucristo, modelo de todos los mártires y que dio Su vida en la Cruz por sus hermanos; imposible no leer en ese sacrificio un poderoso testimonio de la Iglesia en el mundo contemporáneo, al mismo tiempo que un mensaje y un signo dirigido a nuestro tiempo.

Cierto es que, si la teología podía discutir el martirio, el amor no fue capaz de hacerlo.

Durante la Misa los asistentes pudieron observar que el rostro descarnado de Juan Pablo II expresaba un sufrimiento que el tiempo no había borrado aún. A unos pasos de allí, el año anterior, había recibido los disparos de un asesino a sueldo y su sotana blanca había ocultado el sangrante borboteo de las heridas. Sin embargo, después de cinco horas de anestesia, apenas alcanzado el nivel de la conciencia, perdonaba a su asesino.

Así, aquel domingo de octubre, en la plaza donde la Iglesia invita desde siempre al perdón y llama a la misericordia, un corazón generoso ensalzaba al otro, un convaleciente del odio proponía al mundo el ejemplo de un ser todo caridad, mártir de Auschwitz y santo de los abismos.

Pero ¿quién era Kolbe?

2.

LOS KOLBE

Nació en la ciudad polaca de Zdunska-Wola el 27 de diciembre de 1893 según nuestro calendario, el 7 de enero de 1894 según el de los zares; este ilusorio rejuvenecimiento de dos semanas era casi exclusivamente el único beneficio que debían los polacos a la dominación rusa.

Y es que, en aquella época, Polonia, dividida entre Prusia, Austria y Rusia, se encontraba una vez más privada de sus bases geográficas y flotaba en el aire bajo la forma de una condensación religiosa en la que, como aún hoy, la fe y el patriotismo constituían una unidad; ser creyente y ser polaco eran la misma cosa y la Iglesia católica desempeñaba a la vez el papel de respuesta viva a las esperanzas cristianas y el de conservadora de la identidad nacional, momentáneamente apátrida.

En el bautismo, celebrado el mismo día de su nacimiento, y antes de ser llamado Maximilien por sus hermanos en religión, por la historia y por el catálogo de los mártires, recibió el nombre de Raymond.

Como se demostró en el proceso de canonización y según el promotor general de la fe, conocido también como abogado del diablo o como Ilustre Censor por la cortesía romana, que tiene como unidad de medida el resplandor de la cúpula de San Pedro, sus padres «brillaban como modelos de vida cristiana», aseveración muy poco corriente bajo su pluma, aunque en esta ocasión se trate de una cita del pro-

curador apostólico de Varsovia, encargado de instruir la causa.

Brillaban sobre todo por una indigencia sufrida sin amargura y hasta con cierta gratitud a causa de las ventajas que supone en la vida espiritual: ese era el punto de vista de María Kolbe y, por lo tanto, el de su marido.

No quedó grabado el recuerdo de su boda en la crema al caramelo de los álbumes familiares. No pudieron permitirse aquel lujo.

El padre, Julius, un obrero textil, era alto, y rubio, y bueno; y esto es casi todo lo que sabemos de él. Hablaba poco y, como escribía menos aún, no hay datos que nos permitan hacernos una idea más concreta sobre una personalidad borrosa que en cierta época se sintió atraída por las técnicas orientales de abstracción que llegaron a tentar su prudencia. Desapareció definitivamente al comienzo de la Primera Guerra Mundial sin que se haya podido saber cómo, fusilado por los alemanes o ahorcado por los rusos, un hecho al que el pueblo polaco estaba más expuesto que ningún otro. Los documentos no concuerdan, pero ambas hipótesis son aceptables. Julius Kolbe, un patriota, luchó largo tiempo por conseguir una Polonia unida, lo que le pudo conducir a cualquier poste o a cualquier patíbulo de los descuartizadores de su país.

María, la madre de Maximilien —que fue su segundo hijo—, nos resulta más conocida.

Hay una fotografía en la que aparece alrededor de los cuarenta años, vestida de pantalla negra, con un sombrero también negro de casco plano y un broche en el abrigo como único adorno de su atavío. Es hermosa, con esa hermosura que nace sin trabas de la unidad interior de la persona y que se transparenta en los rasgos. La mirada es profunda, cordial; se aprecia en ella una sutil expresión de escepticismo debida sin duda al aparato que mira fijamente, obedeciendo las instrucciones del artista-fotógrafo. La nariz recta, fina, y sólo el dibujo de los labios deja adivinar, más que ver, una apariencia de sonrisa, como si en mitad de la noche un ángel pasara a lo lejos balanceando una linterna. Ya ha sufrido mucho María a esta edad y sufrirá aún más, pero este rostro, en el que se puede leer la fe con toda claridad, y que expresa, en su dul-

zura, una capacidad casi infinita de fortaleza ante el dolor, nos hace pensar que el martirio y la santidad del hijo habían comenzado antes en su madre.

Inútil decir que, como era polaca, era valiente; y, como se vio obligada a ejercer los oficios más diversos —obrero textil, encargada de una tienda, comadrona y madre de familia—, parece superfluo añadir que era activa y voluntariosa. Se trata además de una persona extremadamente religiosa. En su infancia pedía a Dios que la dejara morir para evitar el matrimonio y soñaba con entrar en un convento. Pero durante la ocupación rusa no había conventos católicos, ni monjas, ni frailes. Sólo quedaban maridos y ella eligió a Julius, que era un hombre dulce, y lo amó. Los dos aceptaron de buen grado su pobreza, aunque tratando de escapar a la miseria, y a través de un itinerario bastante complicado, siempre a merced de las ofertas de trabajo y de actividades complementarias, llegaron al pueblecito de Pabianice, en la zona rusa, última etapa de la vida de la familia.

Tuvieron cinco hijos. Dos de ellos murieron en su tierna infancia; los libros no se detienen en este género de prueba que dura, sin embargo, lo que dura la vida. María deseaba que los otros tres fueran perfectos y, en este sentido, los educó con mano firme.

A pesar de que resultaba gravoso, Francisco asistía a la escuela. Maximilien comenzó a estudiar en casa, recibiendo después la ayuda de un sacerdote. Hablaba latín con tal corrección que un día pidió un medicamento en esa lengua clásica; el farmacéutico, asombrado de descubrir tanta ciencia en un volumen tan pequeño, se hizo cargo de él con objeto de instruirle, esperando el momento en que también él pudiera acudir a la escuela.

Unos franciscanos que pasaban de puntillas por la zona buscando vocaciones se fijaron en los dos hermanos, a los que consideraron los más aptos para estudiar. Les propusieron entrar en su colegio de Lwow, en la Polonia austríaca, donde se vivía el cristianismo con mayor facilidad que en la zona rusa. El ofrecimiento fue aceptado con gratitud y el padre, evitando las formalidades, cruzó la frontera con sus dos

hijos, los metió en el primer tren hacia Lwow y se volvió al pueblo por el mismo camino.

Quedaba Joseph, el hijo pequeño, quien, a sus doce años, aún necesitaba de la madre. Como ya demostraba interés por la vida religiosa, supusieron que los franciscanos lo recibirían más adelante con la misma satisfacción que a los hermanos, de modo que el 9 de julio de 1908 Julius y María Kolbe, considerándose, algo anticipadamente, liberados del problema de situar a sus hijos, firmaron una especie de acuerdo por el que se concedían mutuamente el permiso para entrar en religión. Tales acuerdos son poco comunes, pero no tan escasos como podríamos pensar en países donde la fe católica gana en intensidad lo que pierde de libertad de expresión.

Una vez firmado el convenio, Julius Kolbe cruzó de nuevo la frontera, dirigiéndose al convento de franciscanos de Cracovia. Sin embargo, la vida conventual no era apropiada para él y, al cabo de un año de esfuerzos estériles, se quedó allí como un simple terciario, es decir, un laico afiliado a la orden.

María y Joseph se trasladaron a su vez desde Pabianice a Lwow, al convento de benedictinos, acercándose así a los mayores. Joseph ingresó en un internado y luego a su vez en los franciscanos, como hizo su madre, definitivamente, con las franciscanas. Vivió hasta 1946 y ninguno de los suyos olvidó jamás lo que había hecho por ellos. Toda la familia pertenecía a San Francisco de Asís.

Joseph fue un religioso discreto, fiel, de los que sólo dejan buenos recuerdos a quienes los recuerdan.

Francesco no perseveró. Durante la Primera Guerra Mundial salió del convento para ir a combatir y ya no volvió. La Segunda le dio una segunda oportunidad de demostrar su amor por Polonia, invadida de nuevo por el enemigo. Cayó prisionero y pereció en el campo de concentración nazi donde había sido internado.

El padre, los dos mayores: la historia de la familia Kolbe se escribe sobre un monumento a los muertos, con una línea dedicada al recuerdo de las dos criaturas que no pudieron resistir la pobreza.

3.

LA APARICIÓN

Los testigos de la infancia de Maximilien parecen contradecirse. Para algunos, la madre entre ellos, fue un niño revoltoso, testarudo, independiente; en una palabra: difícil. Para otros, era un muchacho modelo, de los que las familias ponen como ejemplo.

El desacuerdo, sin embargo, es sólo aparente. Los testimonios difieren según se sitúen antes o después de un acontecimiento singular que los biógrafos tocan tangencialmente, mientras que el abogado del diablo se encoge visiblemente en su asiento de magistrado.

Este hecho desconcertante, de esos que tienen la propiedad de atraer a los humildes y de poner en fuga a los sabios, es una visión.

Estas cosas no tienen buena prensa; los mismos escritores religiosos las mencionan a regañadientes, con infinitas precauciones, cuando no prefieren silenciarlas. Otros se dedican a buscarles explicaciones naturales con la ayuda del doctor Freud y de la neuropsiquiatría. Los más sutiles se referirán a un incidente momentáneo en la vida del vidente, de un elemento irracional y seductor del inconsciente colectivo, como restos de un naufragio que, retenidos durante largo tiempo entre las mórbidas vegetaciones del fondo del mar, resurgieran inopinadamente. Los menos divertidos, que son también los más concretos, llevan las visiones y las apariciones al ámbito de la histeria, de la paranoia, de la simple alucinación o de la neurosis obsesiva, diagnósticos todos que ponen en duda la integridad del sujeto.

Ahora bien, todos los grandes místicos se distinguen por su equilibrio y, muy a menudo, por su espíritu práctico. Es imposible replicar a la malevolencia con más acierto que Juana de Arco, y la histeria en su proceso surgió por parte de los jueces que prepararon una hoguera a la inocencia, con la minuciosa obstinación que acompaña a las ideas fijas. Después de contar su maravillosa historia, Bernadette acabó sus días en un convento, oculta en esos pensamientos cristianos hechos de silencio y de amor en sus corolas de oración. Teresa de Ávila, que dialogaba con Jesucristo, dirigía sus monasterios con el criterio de un administrador de inmuebles. El incrédulo Ratisbonne, que un día de 1842 fue instruido en un instante en la religión cristiana de la que ignoraba casi todo, se convirtió al catolicismo siendo judío, fundó una orden y vivió el resto de su vida sin más revelaciones. ¿Era un alucinado? No existen alucinaciones pedagógicas. Kolbe no tuvo nada de extravagante, a menos que sea una extravagancia para un cristiano obedecer al Evangelio; y nunca era más realista que cuando los demás lo suponían absorto en sus quimeras: sencillamente, su realidad, que englobaba el cielo y la tierra, era más extensa que la nuestra.

La única en recibir la confidencia fue su madre, pero no recordaba exactamente la edad del niño cuando tuvo lugar la aparición. Era, según dijo, alrededor de la Primera Comunión, que en Polonia se recibía a los nueve años. Unos meses después de la muerte de Maximilien relató el suceso.

Aquel niño, a quien un día, agotada, le había dicho: «Hijo mío, ¿qué va a ser de ti?», cambió repentinamente, de un modo que le hacía irreconocible. Lo encontraban con frecuencia recogido, serio, al pie del altarcito familiar dedicado a la Virgen María que reina en todos los hogares polacos. Se le había dulcificado el carácter, a menos que lo hubiera dominado, pero lloraba con tal frecuencia que su madre, inicialmente asombrada por la metamorfosis, acabó por creerle enfermo; a fuerza de insistir se enteró por fin, por boca de su hijo, de un hecho que durante mucho tiempo fue la única en conocer.

«Temblando de emoción y con lágrimas en los ojos, me dijo: “El día que exclamaste ‘Qué va a ser de ti’ yo pedí a la Señora que me dijera lo que iba a ser de mí. Continué pidiéndoselo en la iglesia; entonces se me apareció llevando dos coronas, una blanca y una roja. La blanca significaba que yo permanecería puro, la roja que sería mártir. Me preguntó si las quería. Yo respondí: ‘Sí, las quiero’. Entonces me contempló dulcemente y luego desapareció”».

Durante todo el proceso de canonización, el abogado del diablo, influido por una santa desconfianza, hablará de la «supuesta aparición» o de la «presunta aparición». La Iglesia estudia cautelosamente las experiencias místicas y se toma tiempo para creer en ellas. Estos fenómenos extraordinarios no tienen testigos. El abogado del diablo mantuvo su reserva por prudencia y por obligación, ya que no podía citar a Kolbe y no osaba requerir la presencia de la Virgen María ante el tribunal.

Por otra parte, si la visión del pequeño Kolbe se puede situar entre los acontecimientos extraordinarios, aún lo son más los que se producen a continuación. Nos va a dar ocasión —y es obvio decir que estas ocasiones son escasas— de comprobar que la promesa hecha por Dios en la penumbra de una iglesia se cumple en pleno día, mucho más tarde y como fruto del azar, por medio de la historia.

Y es que Kolbe recibirá oficialmente en el templo más importante del pueblo cristiano las dos coronas que le fueron ofrecidas en una pequeña iglesia polaca.

Su sublime final en el campo de concentración de Auschwitz no tardó en llamar la atención de la Iglesia que, estimulada por la veneración de las masas, le declaró muy pronto «santo»; la santidad se proclama en dos etapas, la beatificación que limita el culto a la diócesis del beato y la canonización propiamente dicha, que lo extiende a la Iglesia entera. Son dos actos distintos, separados por un intervalo de años y a veces de siglos. Juana de Arco, beatificada poco después de su muerte, no fue canonizada hasta 1925; parece ser que en todo ese tiempo no encontró, entre todos aquellos que le debían una patria, un caballero dispuesto a defender su causa.

De este modo, Kolbe, tras la encuesta reglamentaria sobre la heroicidad de sus virtudes, fue beatificado por Pablo VI como «confesor de la fe», seis años antes de que Juan Pablo II lo elevara a la categoría de los mártires. En el catálogo de los mártires no aparece otro ejemplo de un cambio de categoría entre las dos etapas de la misma canonización. He aquí nuestras dos coronas. Porque la proclamación de un «confesor de la fe» se celebra de blanco; y la de un mártir, de rojo.

Las lágrimas del pequeño Maximilien contando su favor como si contara un pecado son las del niño que, obligado a confesar su secreto, no puede contener la emoción y, mientras habla, comprende todo lo que hay de increíble en su relato.

La experiencia mística lleva consigo la sorpresa, la alegría y la contradicción. La sorpresa de haber encontrado de repente una realidad inesperada, aunque decisiva, la realidad última ante la que no caben preguntas, puesto que ella misma es la respuesta, mientras que el mundo sólo es lo que es: una estructura de átomos contruidos sobre la nieve, sabia y bella, pero de dudosa fiabilidad. Una aparición auténtica no es una alucinación, no se superpone al decorado, no es un cartel pegado a un muro. Hace caer el muro. Mejor dicho: lo abre, como el que descorre una cortina, ya que no hay en ella nada de brutal ni de aterrador. Se te presenta con dulzura, es tu única y constante certidumbre y la causa que hace brotar en uno el acto de fe.

Una alegría inmensa la acompaña. Ni el cuerpo, ni el corazón ni la mente podrían albergarla. Excede sus límites hasta el punto de hacerlos desaparecer en provecho de esa pura capacidad de infinito que la gente de Iglesia llamaba el alma, cuando aún llamaban a las cosas por su nombre.

En este punto comienzan las contradicciones. Esta alegría fundamentalmente inmerecida es tan grande, tan desproporcionada con cualquier tipo de esperanza, que uno tiene la sensación de que no le pertenece. La guarda en secreto, no para ocultarla a los demás, sino porque no te crees con derecho a disponer de ella. Como al mismo tiempo uno no puede imaginar que esté destinada únicamente al propio

NO OLVIDÉIS EL AMOR

deleite, ansía compartirla, aun a sabiendas de que es incommunicable y presintiendo que los otros no lo van a creer. Se produce en el místico una embarazosa situación, ya que, como simple depositario del regalo que ha recibido, teme defraudar la confianza puesta en él, al tiempo que teme también traicionar a la belleza hablando o a la caridad callando. Caminará cojeando durante toda su vida hasta el encuentro con Dios, un pie en el cielo y otro en la tierra, sin retroceder jamás, sufriendo por no poder transmitir, convencer ni impulsar, conducido a la humildad a causa de su impotencia, si no lo estuviera ya por la admiración y, en mayor medida, por la gratitud.

El problema con los que tratan sabiamente de las apariciones es que no las han tenido nunca. Son como ciegos que negaran los colores. Pero los que tienen la experiencia de estos hechos conocen bien sus efectos y los han descrito frecuentemente. Se produce en primer lugar una dulce revolución que invierte todos los rasgos de la personalidad sin cambiar su esencia: el violento se volverá pacífico conservando su fuerza; el escéptico, entusiasta, manteniendo sus facultades críticas puestas ahora al servicio de lo que respetaba la víspera; el orgulloso, humilde, con la definitiva humildad que no procede del sentimiento de la Omnipotencia divina, sino del maravillado reconocimiento de su increíble generosidad. Así, Pablo de Tarso, después del episodio del camino de Damasco donde se encontró bruscamente con la luz de Cristo, cambia de sentido, como una energía que cambiara de polo sin modificar su naturaleza. Con su ordinaria afición por la vulgaridad, la crítica racionalista habla de «insolación»; es raro que un exceso de sol te instruya en una fe de la que sólo sabías que contradecía a la tuya; pero la crítica racionalista tiene sus milagros, como la religión los suyos. Así, después de esa aparición a los nueve años, la madre del pequeño Kolbe tendrá la impresión de que ha cambiado radicalmente y, sin embargo, no ha sido así, sino que la energía juvenil que la víspera volcaba en sus travesuras la dedica ahora a la oración y a la caridad.

Otro efecto de la experiencia mística —hablo de auténticos místicos, no de los farsantes que tienen su mostrador en las sectas ni de los alucinados a los que sus revelaciones no les enseñan nada— es la desaparición de las fronteras de la mente que, me atrevo a decir, circulará sin pasaporte entre el mundo visible y el inmenso territorio, invisible, pero prodigiosamente concreto, de las verdades de la fe. Durante toda su existencia Kolbe incluirá los misterios cristianos no sólo en su concepción del mundo, sino en la vida cotidiana y hasta en las tareas administrativas, ante el asombro de los religiosos de su entorno y de su propio hermano, pasmado por la aparente inconsciencia de Maximilien, que encomendaba a la Virgen María la tarea de cerrar las cuentas. No llegaremos a comprender a Kolbe si hacemos abstracción de la visión que ilumina su vida entera, que hace de él uno de esos seres raros para quienes todo es posible, sobre todo lo imposible, y al que nada ni nadie puede detener, ni siquiera los que lo encarcelan, como veremos más adelante.

4.

DUDAS

Los franciscanos son de tres clases: los de barba o capuchinos, los de marrón o «menores» y los negros llamados «conventuales». Todos hijos de San Francisco de Asís: una filiación tan difícil de honrar como la de Shakespeare para los hombres de letras. El «pobrecito» de Asís era un genio poderoso. De él se ha dicho frecuentemente que era la perfecta imagen de Cristo, semejanza acentuada por los estigmas, aquella firma divina al final de su vida. Yo me lo imagino más bien como un hermano pequeño en el sentido bíblico, un pariente cercano de la Sagrada Familia, un poco extravagante, aventurero pero fiel, deslumbrado por el primogénito y absolutamente dispuesto a demostrar que el Evangelio se puede vivir hasta en sus más aparentemente locas exigencias. Este descendiente de la burguesía comerciante del siglo XIII, arrebatado por la gracia, vivía la parábola de los lirios del valle en los alrededores de su ciudad natal, vestido de harapos, predicando a los pájaros y a los peces, o cantando a la hermana Agua o al hermano Lobo en su *Cántico de la naturaleza*, lo que habría hecho de él el patrono de los ecologistas si los ecologistas fueran a Misa. Es curioso que la encantadora ciudad de Asís, que dora sus recuerdos del pasado al sol de la Umbria, se arruinara poco a poco a causa de la competencia de Flandes y de Venecia y que sobreviva desde hace siglos gracias a los ingresos que le proporcionara su vagabundo periférico.

Entre Francisco de Asís y Maximilien Kolbe hay más de un punto de contacto. Un milagro inicial: el Cristo de Asís en-

comendando a Francisco la misión de renovar Su Iglesia; en el caso de Kolbe, la aparición de María con las dos coronas. El mismo sentido de lo Absoluto en ambos, sin compromisos, sin reservas, sin retrocesos, un tanto desconcertante para los que asisten a su desarrollo; la misma imaginación creadora, desbordada, maravillosamente atractiva para la juventud y extraordinariamente inquietante para la gente razonable que aparece hasta en el «orden seráfico» de San Francisco, donde, como veremos en el proceso, los serafines muestran cierta tendencia a usar las alas como si fueran un sillón; el mismo sentido de la pobreza, concebida como el modo más expeditivo para entregarse a la generosidad de Dios; la misma visión caballeresca del ser humano que, por otra parte, encontraremos después intacta e igualmente incomprendida en Juan Pablo II; en resumen, el mismo desafío al mundo de su época, desafío que es el objeto de este libro.

Maximilien Kolbe no fue solamente un buen alumno de los franciscanos de Lwow. En realidad, sobresalía en todo, incluido el compañerismo, con unas dotes excepcionales para las matemáticas, la física y las ciencias en general. Era un muchacho encantador, de rostro agraciado, siempre dispuesto a ayudar a sus camaradas, con la diligencia de un corazón servicial y la serenidad de la persona a la que los problemas no le crean problemas. Rezaba mucho, casi siempre en el primer banco de la capilla, no para alardear de su piedad, sino para no distraerse con las entradas y salidas de los demás. Era alegre, proclive al entusiasmo, pero se le saltaban las lágrimas con facilidad, especialmente cuando se burlaban de la consonancia germánica de su nombre, como dudando de su auténtico origen polaco. Su capacidad de inventiva asombraba a sus condiscípulos. Aún se conserva el diseño de una nave interplanetaria que le iba a depositar en la luna, a menos que se la destinara a fotografiar las estrellas, y que quizá habría volado si su autor hubiera tenido tiempo de inventar el carburante. Cincuenta años después, algunos de sus profesores testificaron en el proceso. Unos le calificaron de amable y no dijeron más. Otros recordaban aún a aquel alumno que quería saberlo todo y que les per-

NO OLVIDÉIS EL AMOR

seguía con sus preguntas por los pasillos del colegio. Todos destacaron su extraordinaria sensibilidad, que le hizo padecer crisis de escrúpulos, en cierto modo la forma espiritual de la depresión nerviosa, que le mostraba sus imperfecciones como las taras espantosas de un excluido de la vida eterna. En aquella época se salía de dicha enfermedad con la ayuda de un «director espiritual», cuyo tratamiento consistía en disuadir al paciente de erigirse en juez de sí mismo. Tras sanar por lo que en el fondo no fue más que una cura de humildad, no volvió a sufrir ese género de prueba y recuperó con su alegría habitual un rasgo de su joven personalidad que nadie, ni compañeros ni profesores, olvidaron jamás: la sonrisa. Una sonrisa muy dulce, como los primeros resplandores de la aurora en una vida consagrada a la luz y prematuramente devorada por la noche.

Sus camaradas lo veían destinado a una brillante carrera científica y uno de sus profesores, a pesar de su amor a la orden franciscana, llegó a lamentar que tan excepcionales disposiciones para las matemáticas quedaran reducidas un día a contar las columnas del claustro. Pero él quería ser soldado. Morir por la patria es una idea que se impone sobre todo cuando no existe tal patria; porque estar prisionero en el territorio propio dominado por tres potencias con las que no hay nada en común, excepto con Austria la religión, no es tener una patria; además, el catolicismo polaco que procede al mismo tiempo de Roma y de Bizancio es muy diferente del catolicismo austríaco, una reliquia del Sacro Imperio. Polonia es un país que no se parece a ninguno de sus vecinos, aunque comparte con ellos el origen o los rasgos físicos. Lo que en los rusos se traduce en resignación provoca la revuelta en los polacos y el nacionalismo que solidifica al austríaco en la disciplina aumenta el individualismo del polaco, que se siente obligado a hacer prevalecer por sí solo, en caso necesario, la personalidad de su patria, negada u oprimida. Su historia está hecha de nostalgia y de insurrecciones, como la música de Chopin, donde la cortina formada por una ligera lluvia de notas sentimentales e irisadas se descorre de vez en cuando para dar paso a una carga de caballería. No ha habido pueblo más profundamente

cristiano. El agua del bautismo circula por él como un río que fertiliza toda su cultura; Polonia ha considerado y recibido su cristianismo como un ser humano recibe un título de nobleza; así se comprende que la visión caballeresca de la humanidad, la misma de Juan Pablo II, haya sido tan mal entendida por los mediocres burgueses del pensamiento occidental, que han liquidado desde hace mucho tiempo el genio del cristianismo en beneficio de un cristianismo sin genio.

Toda la familia Kolbe era patriota. ¿Cómo no lo iba a ser Maximilien? Su tablero de ajedrez —le gustaba ese juego— era un campo de maniobras: organizaba campañas militares con los peones de madera o preparaba planes de defensas fortificadas que hubieran hecho a Lwow inexpugnable si no estuviera ya ocupada. Aquel corazón juvenil no podía quedar indiferente ante el continuo lamento de la patria desmembrada.

En este punto el abogado del diablo frunce el ceño una vez más: la Iglesia no coloca el patriotismo entre las virtudes que disponen a la santidad; este criterio es el motivo del retraso en la canonización del Padre Foucault, a pesar de la abundancia de su cosecha espiritual y del impresionante número de los que la reclaman. ¿Era el santo del desierto cuya conversión y espiritualidad asombraron al mundo o se trataba de un agente especial durante la dominación francesa en África? ¿Murió por su fe y sólo por ella? La Iglesia, que pone a los místicos en observación, los asocia con gusto a los militares, heroicos o no, en activo o en la reserva. El abogado del diablo se pregunta si la corona roja de lo que continúa llamando imperturbablemente «la supuesta aparición» no era a los ojos del joven Kolbe más que la «corona obsidional» que los romanos concedían a los defensores de la ciudad.

El joven Kolbe se lo preguntaría también. A sus dieciséis años la carrera militar le parecía más adecuada que el hábito monacal para servir a su país, al que no distinguía de su fe; el problema estaba en encontrar un ejército que no fuera ruso, ni austríaco, ni alemán, sino polaco. Este tipo de dificul-

NO OLVIDÉIS EL AMOR

tades no es obstáculo para la juventud. En cualquier caso, estaba tan convencido de que su camino no pasaba por el convento que había conseguido también hacer renunciar a su hermano; en resumen, fue el primer reclutamiento de su futuro ejército. Así que, cuando los padres franciscanos le propusieron entrar en el noviciado como una preparación para el sacerdocio, solicitó una entrevista con el superior para rehusar por él y por su hermano. Aquel día precisamente su madre se presentó en el convento para informar a los muchachos de que ella iba a ingresar en las benedictinas y el padre en los franciscanos. Mucho tiempo después, cuando el hermano mayor había salido ya del convento, Kolbe relataba en una carta a su madre lo sucedido a continuación:

«Antes de entrar en el noviciado era yo sobre todo quien no quería tomar los hábitos y convencí a mi hermano... Entonces se produjo un hecho inolvidable: mientras esperábamos ser recibidos por el Padre Provincial para comunicarle que ni Francesco ni yo queríamos ingresar en el convento, oí sonar la campana que me llamaba al locutorio. Eras tú, mamá, enviada por la Providencia en aquel momento crítico... Ya han pasado nueve años y aún pienso en ello con temor y con agradecimiento hacia la Virgen María, instrumento de la Misericordia Divina. ¿Qué hubiera sido de mí si, en aquel momento, Ella no me hubiese tendido la mano?».

Se celebró la entrevista. Sólo que el Padre Provincial, en lugar de escuchar a los alumnos rechazar el hábito, les oyó solicitarlo. Ya lo he dicho antes: el hermano mayor no perseveró. Pero aquella campana oportuna que hizo cambiar bruscamente de dirección a Maximilien fue la señal del comienzo de la carrera. El resto de su vida es una flecha que vuela hacia el blanco.

5.

DOS CARTAS

Los alumnos aventajados continuaban sus estudios en Roma. La célebre Universidad Gregoriana les enseñaba la filosofía; el Colegio Internacional de Franciscanos los hacía teólogos. En 1912 Maximilien, que continuaba siendo un discípulo extraordinario, fue destinado a la Gregoriana, aunque inicialmente se negó a marchar. A sus dieciocho años tiene miedo de Roma, a la que imagina como un lugar de perdición repleto de señoras Putifar al acecho que acosan por las esquinas a los inocentes José del seminario. Se aferra a su corona blanca. Pero como ya ha pronunciado los votos temporales, la obediencia termina por decidirle, acepta y anuncia su marcha a María en una carta fechada en Cracovia, donde acaba de pasar con su padre, al que no volverá a ver jamás, los dos días de permiso que le han concedido los frailes antes de la temida expedición. Pide ayuda a su «queridísima mamá»:

«Te pido una oración especial, la única que realmente necesito, porque además tú piensas como la mejor de las madres. Allí acechan toda clase de peligros: he oído decir, por ejemplo, que las mujeres provocan hasta a los mismos religiosos; a pesar de todo, tendré que ir y volver a diario de la Universidad.

»Me gustaría también, mamá, que le digas a Beppino (el hermano pequeño) que piense en mí el día de su Primera Comunión, rezando a San Antonio una oración, aunque sea cortita. Me ha escrito diciendo que ese santo nunca le ha ne-

gado nada. En esta ocasión le escuchará también y me protegerá».

El viaje a Roma en ferrocarril duraba dos días y dos noches. El joven admira la gran variedad de paisajes que descubre a lo largo del sinuoso itinerario de su tren directo, pero no los describe en las cartas a su madre. El mundo exterior es necesariamente hermoso y bueno, porque, según la frase conmovedora de uno de sus cuadernos, «todas las cosas son un resplandor de la perfección divina». El conjunto de esos resplandores constituye un sol que deslumbra su meditación y acrecienta su vida interior. La naturaleza es una mina de consideraciones espirituales y él, a los dieciocho años, ya la ha puesto en explotación.

No solamente le asustaban las romanas; también esperaba lo peor por parte de los romanos emancipados de la tutela papal desde la proclamación de la unidad italiana y que parecían haber caído en un anticlericalismo agresivo completamente desconocido en Polonia. En Italia, como en todos los países dominados por la Iglesia durante largo tiempo, por muy leve que haya sido esta dominación en la mayoría de los casos, existe realmente una vieja tradición de anticlericalismo reflejada todavía en la producción cinematográfica italiana, que muestra imágenes vejatorias de unos curas de caricatura. Pero si este anticlericalismo abusaba de la burla, no empleaba la violencia, de modo que al cabo de tres o cuatro semanas de ir y venir del Colegio Internacional o «seráfico» a la Gregoriana, Maximilien se tranquilizó. No se había encontrado con las Mesalinas de las calles ni con los devoradores de curas:

«Queridísima mamá:

»Hasta hoy no he recibido tu carta. Solamente nos reparten el correo los jueves, día de asueto, y los domingos; sin embargo, yo me enteré casualmente de que tu carta había llegado el lunes.

»Aquí el ambiente no es tan malo como yo creía. Los italianos tienen más ocupaciones que la de molestarnos. Además, generalmente salimos en grupos y el que tratara de importunarnos se lo tendría que pensar dos veces...».

NO OLVIDÉIS EL AMOR

Le cuenta el paseo que acaba de dar con sus compañeros, en el que, de iglesia en iglesia, han llegado hasta el Coliseo, cuyo suelo, dice, «está empapado de sangre de los mártires; para evitar profanaciones un Papa mandó cubrirlo con cuatro metros y medio de tierra». La trayectoria del mártir de nuestros días ha rozado durante un momento el odre inmenso de los crueles juegos del paganismo cuando nadie imaginaba que iban a renacer en Europa con menor talento y con mayor delirio exterminador.

Los hagiógrafos antiguos estaban de acuerdo en que la santidad se reconocía desde la cuna, ya que el recién nacido rechazaba virtuosamente el pecho de la nodriza y sólo aceptaba sonajeros en forma de aureola. A raíz de los progresos de la psicología y demás ciencias inexactas, se podría sostener todo lo contrario; es decir, que la santidad se adquiere con la edad, la lucha, la búsqueda laboriosa y a veces angustiada de la perfección, suponiendo por otra parte que exista y no sea una forma enfermiza del bien, al que hay actualmente mayor tendencia a sanar que a admirar. Uno de los testigos del proceso, sin pretender, por supuesto, perjudicar a la causa, hablará de «idea fija» —una expresión que el abogado del diablo subrayará con inquietud en sus indagaciones— refiriéndose al tema de la devoción de Kolbe a la Virgen María; sin embargo, podría ser también el calificativo de su obstinación por llegar a la meta establecida, que se resume en una corta frase escrita en su juventud:

«Ser un santo es la mayor empresa posible».

Para Kolbe ser santo es lo menos que debemos a Dios en respuesta a sus dones y, especialmente, al del sacerdocio. Es el reconocimiento de deuda de un alma consciente de su déficit y que, sabiendo que nunca podrá compensarlo, realiza una especie de transferencia de sí misma a la cuenta del amor divino. De este modo, Kolbe, a los dieciocho años, ya no es dueño de su persona.

Está «enrolado» al máximo y se organiza con vistas a la perfección con la minuciosidad de un Jefe de Estado Mayor de sus propias fuerzas. En sus carnets¹ se alinean los artícu-

¹ Publicados por Lethielleux, París.

ANDRÉ FROSSARD

los de un auténtico manual del soldado: el muchacho que quiso ser militar va a hacer el servicio en la vida espiritual. Las primeras frases son una llamada a la prudencia y a la humildad, ya que tiene el buen gusto de no concederse más que una confianza limitada.

«No tienes alas en los pies».

6.

LA MEDALLA

Kolbe dejó en el Colegio Seráfico, en el que vivió desde 1912 a 1919, el mismo recuerdo que en Lwow: el de un alumno brillante cuyas notas amenazan periódicamente con rebasar el nivel, un interrogador infatigable que agota los pozos de ciencia a su alrededor, espontáneo, muy alegre, bastante emotivo y pronto a las lágrimas cuando cree desobedecer a la Regla, aunque sea en una minucia, o cuando descubre que sus compañeros no la respetan. Este joven, que no se comporta con la ligereza propia de su edad, que no sale de clase más que para ir a la capilla y cuyos paseos le conducen siempre a una iglesia, comienza a despertar la curiosidad ajena. Uno de sus camaradas cuenta que, al oír decir que había un santo en el colegio, pidió a un hermano italiano que se lo enseñara; no se puede reconocer a los santos a simple vista y los italianos, educados en el ámbito de las canonizaciones, tenían fama de expertos en el tema. En cuanto lo vio se sintió cautivado por él. La santidad atrae en todas las edades, pero cuando se es joven resulta irresistible. Francisco de Asís no había cumplido los veinte años cuando sus antiguos compañeros de aventuras llegaron uno a uno para recoger tras él sus *floreccillas*, y a los veintidós Bernard de Fontaine llamaba a las puertas del Císter en compañía de un escuadrón de jóvenes caballeros adheridos a su genial espiritualidad. Podríamos pensar que los datos sobre el joven Kolbe, aparecidos mucho tiempo después de su muerte y a pesar de la evidente buena fe de los testigos, estén influidos por la terrible luz de Auschwitz, que hu-

quiera iluminado desde el héroe hasta el niño. No lo creo así. Además, tenemos un testimonio de la época, escrito, firmado y fechado. El del archivo del colegio, donde el rector, el 23 de julio de 1919, anota sobriamente:

«Maximilien Kolbe, provincia de Galitzia.

»Ingresó el 29 de octubre de 1912; fue ordenado sacerdote el 28 de abril de 1918. Doctor en filosofía por la Universidad Gregoriana; doctor en teología por nuestro colegio el 22 de julio de 1919. Un joven santo».

En su afán por corresponder le urge devolver a Cristo la Tierra entera, con la ayuda de los buenos oficios de la Virgen María. Como Francisco de Asís marchando a convertir al Gran Turco, un día pide a su superior la autorización para ir a convertir al Gran Maestro de los Masones, que montan su zarabanda en los alrededores del Vaticano enarbolando unos estandartes de color de fuego en los que el dragón derriba al Arcángel San Miguel, un modo de anunciar a los Papas, ya desprovistos de poder temporal, el próximo derrumbamiento del poder espiritual. Aquella época gustaba de las mujeres y de los chistes groseros. El superior, menos impresionable que su alumno, le convenció para que perfeccionara su habilidad dialéctica antes de enfrentarse con el Gran Maestro. Maximilien comprendió la sabiduría del consejo, pero únicamente retrasó el proyecto. La pasión por convertir le acompañará a lo largo de toda la vida. Su religión le parece tan hermosa como salvífica y a sus ojos dejar de extenderla es atentar contra la caridad. Dialoga en todo tiempo y en todo lugar, en la calle, el tren o el autobús, con el empleado, con el granuja blasfemo que no sabe lo que dice, con el profesor atónito al comprobar que ese religioso de pico de oro es tan doctor en filosofía como él; o, si está enfermo, con las enfermeras, los camilleros o el director del hospital.

Este celo proselitista provocará sobre su persona una acusación de anti-semitismo basada en algunas frases que únicamente demuestran que le hubiera gustado ver a los judíos en Misa, así como a los masones, los ateos, los protestantes, los agnósticos y al resto del mundo. Probablemente se produjo alguna indiscreción antes de la última guerra, es

decir, antes de la gran persecución, pero no se veía mal alguno en desear públicamente la conversión de Israel.

Entonces era, por supuesto, una banalidad recordar que, según la tradición cristiana, la historia no terminará hasta la conversión de los judíos a la fe. Emplear el mismo lenguaje en nuestros tiempos sería como derramar ácido sobre un cuerpo desollado vivo. No se puede juzgar al padre Kolbe con carácter retroactivo por una supuesta actitud nacida del odio, cuando está ampliamente demostrado que tan miserable sentimiento jamás ocupó un solo átomo de su persona. El judío era su prójimo y lo hubiera querido aún más próximo: eso es todo. Nunca, lo que se dice nunca, se le ha podido achacar una falta de caridad. Además, está comprobado que, durante la guerra, Kolbe dio refugio en la comunidad que había fundado en Polonia a aproximadamente mil quinientos judíos. No todos se salvaron, pero él tampoco.

Disponemos de muy pocas cartas de la etapa de su vida que transcurre desde 1912 a 1919. La mayoría están dirigidas a su madre, que vive en Lwow, torre de control familiar a la cual daba de vez en cuando su posición. El domingo de Resurrección de 1914, después de lamentarse por no haberla acompañado en tan gran fiesta, intenta transmitirle como felicitación un deseo que se salga de las banalidades tradicionales; solamente se le ocurre uno: que cumpla en todo la voluntad de Dios. Y lo acompaña de esta curiosa fórmula: «Dios tampoco encontraría uno mejor». Luego le cuenta detalladamente que ha estado a punto de perder un dedo de la mano derecha a consecuencia de un absceso; como el hueso estaba afectado, era necesaria una operación, pues las curas resultaban ineficaces. Entonces el médico, al saber que su paciente conservaba un poco de agua de Lourdes, recuerdo de una peregrinación del rector, le sugirió emplearla. ¿Y qué pasó? «Al día siguiente», dice Kolbe, «en el momento en que iban a operarme, oí decir al cirujano del hospital que no era necesario intervenir: estaba completamente curado». Esta curación inesperada le parece lo bastante interesante como para relatarla, pero en el fondo no es el insólito fenómeno lo que le asombra, sino la gracia: para él, como para Leon Bloy, el milagro era «un retorno al orden natural».

Durante la Primera Guerra Mundial sus cartas se hacen escasas, lo que puede explicarse por las dificultades de comunicación. En ellas habla mucho de religión; de la guerra, solamente con alusiones. ¿Qué podía confiar al correo un polaco, súbdito austríaco en posesión de un pasaporte ruso, que escribía desde un país que había cambiado de bando en 1915? Se limita a desear la paz, lo que no compromete ni al destinatario ni al remitente. Sus superiores, preocupados, lo envían a San Marino hasta que la guerra o el cielo aclaren su situación o hasta que le concedan un permiso de residencia en forma legal y correcta, que no tenía y que por fin llegó. En esta penuria de comunicaciones, puesto que transcurren veinte meses entre las dos últimas cartas, saludamos la aparición de un triplete postal a raíz del armisticio de 1918: el 26 de noviembre de ese año escribe a su madre, a su hermano mayor Francesco y a su hermano menor Joseph, todos en Cracovia. A María le cuenta su ordenación, celebrada el 28 de abril de 1918 en Sant Andrea della Valle, la gran iglesia romana cuya negra fachada presenta la originalidad de estar rematada en el lado izquierdo por un hermoso ángel blanco de Bernini que no está acompañado en el derecho por la réplica, puesto que el artista, considerándose mal pagado, decidió que ya había hecho bastante. Kolbe, a pesar de que le han recomendado que la carta sea todo lo «ligera, ligera» posible, describe a su madre la ceremonia minuciosamente para ayudarla a imaginar el gran día. Al final, y como se ha enterado de que François no se había reincorporado a la Orden, le pregunta o se pregunta por la razón de su actitud. ¿Está motivada por los superiores o por Francesco mismo? Tal es el tema de su segunda carta: «Escríbeme si puedes (por ejemplo, a través de mamá), dime cómo estás, dónde vives, qué haces... y cuáles son tus propósitos con respecto a la Orden». Le invita a recordar que entraron juntos en el seminario, que juntos hicieron el noviciado y profesaron; y espera —en vano— que volverán a encontrarse de nuevo tras el hábito franciscano «para trabajar a mayor gloria de Dios, para la salvación y santificación de nuestras almas y de otras muchas». El hermano mayor no volverá nunca. El pequeño, destinatario de la tercera misiva del día, recorre serenamente su camino hacia el sacerdocio, fiel,

bueno, antes de sentirse un día algo desconcertado por el activismo religioso de un Maximilien que ve en todas partes a la Virgen María y, por lo tanto, no halla dificultades en ningún sitio.

«Preparémonos», dice Kolbe a su hermano, «a sufrir y a trabajar. Ya descansaremos después de la muerte». Adjunta a la carta, cada vez menos «ligera, ligera», un documento que se ha hecho histórico: los estatutos de la primera fundación de Kolbe, creada por él en 1917, cuando aún no era sacerdote: la «Milicia de la Inmaculada». El proyecto cabía en una página:

Finalidad: la conversión de los pecadores, es decir, del mundo entero (incluido el Gran Turco).

Condiciones: hacer entrega de sí mismo a la Virgen María y llevar «la medalla milagrosa».

Medios: todos, según las circunstancias de la vida y los imperativos de la conciencia cristiana, la plegaria a María y, una vez más, la difusión de la medalla milagrosa.

Esto parece sencillo. Y lo es. Y, por lo tanto, eficaz: los afiliados llegarán a contarse por centenas de mil. Mientras tanto, confía en que su hermano pequeño traduzca al polaco el folleto redactado en italiano y lo difunda en Polonia. El hermano pequeño no lo hará. No comprende a Maximilien y siempre le costará un penoso esfuerzo seguirle.

Este Bonaparte de la lucha espiritual emplea como artillería la «Medalla Milagrosa», de la que ahora hablaremos; es la misma de la aparición de la Virgen María a Catalina Labouré, una joven religiosa francesa de la rue du Bac, cuyo relato del acontecimiento he extraído de un texto de Jean Guitton².

«El 27 de noviembre de 1830, que resultó ser el sábado anterior al primer domingo de Adviento, a las cinco y media de la tarde, cuando acabó la meditación y en medio de un gran silencio, me pareció escuchar un ruido procedente del coro, junto al cuadro de San José; algo así como el fru-fru de un vestido de seda. Al mirar en aquella dirección pude ver a la Virgen Santísima cerca del cuadro. Estaba en pie,

² JEAN GUITTON, *Rue du Bac*, 1973.

vestida de blanco, con un vestido de seda blanco radiante de los llamados 'a la Virgen', mangas lisas y con un velo blanco que le llegaba hasta los pies. Los cabellos, cubiertos por el velo, iban recogidos a ambos lados: encima llevaba un encaje, de unos tres centímetros de altura, sin fruncir, es decir, apoyado ligeramente sobre ellos; el rostro descubierto, los pies sobre una bola; mejor dicho, me pareció la mitad de una bola. Y además tenía otra en las manos (...).

»Su rostro era tan hermoso que me siento incapaz de describirlo... De repente vi los anillos en los dedos, cubiertos de piedras a cual más hermosa, unas grandes, otras pequeñas, que despedían rayos de diferente belleza. Los rayos más largos salían de las piedras mayores y se iban ensanchando; los más pequeños de las pequeñas, también ampliándose, cubriendo toda la base; y no podía verle los pies... Oí una voz que me decía: 'Esta bola representa al mundo entero, especialmente a Francia... y a cada persona en particular (...)'

»No soy capaz de expresar lo que sentí y lo que vi: su belleza, el resplandor, los hermosos rayos...

»(...) Alrededor de la Virgen había un cuadro ligeramente ovalado en cuya parte superior aparecían estas palabras, escritas con letras de oro: 'Oh, María, sin pecado concebida, rogad por nosotros, que recurrimos a Vos'. Entonces oí una voz que me decía: 'Haz, haz grabar una medalla con este modelo; todo el que la lleve al cuello recibirá grandes gracias y los que lo hagan con confianza recibirán gracias abundantes (...)'

Y a veces los otros, porque Alfonso Ratisbonne la llevaba en el momento de su conversión; o, mejor dicho, se vio convertido en Santi Andrea delle Fratte, donde su busto, aunque, sin que se sepamos muy bien por qué, no esté canonizado, hace juego justamente con el de Maximilien Kolbe.

El lenguaje de los místicos no es el nuestro. En 1830 Francia se regala una nueva revolución. Surgen barricadas por todo París al grito de abstracciones como Libertad e Igualdad, la Fraternidad queda al criterio de los fusiles, un rey huye en carroza con su bandera blanca y llega otro envuelto en los pliegues de la tricolor para dar a los republicanos la sorpresa de una monarquía. Entretanto, una joven campesina borgoñona hojea su libro de estampas tras los

NO OLVIDÉIS EL AMOR

muros de un convento. Se hablará ritualmente de alucinaciones, como en el caso de Kolbe. Pero, si vuelvo a leer el texto de Catalina, no veo en él más que una enorme limpieza de corazón, mucho sentido común y esa conmovedora aplicación que, ante lo inefable, obliga a los niños a sacar la punta de la lengua y fruncir el entrecejo mientras intentan realizar un dibujo especialmente difícil. El campo de la alucinación no es la mística, sino la política, que pronuncia discursos exaltados sobre un mundo inexistente. La alucinada no fue Catalina; lo fue Stalin, que veía bajo su lecho ratas viscosas o víboras lascivas como yo os veo a vosotros; o Hitler, que se representa... ¿qué digo?: que palpa ya la gran Alemania de sus sueños, asentada para mil años sobre las costillas machacadas de las razas inferiores.

Oraciones, medallas. El armamento puede parecernos ligero en un mundo desde hace tiempo enfrentado con el cielo y que aún no ha salido de una Guerra Mundial absurda, que la pura lógica es incapaz de explicar sin la ayuda del lo irracional. Sí, ¿qué pueden las oraciones y las medallas ante las fuerzas del materialismo y las del ansia de poder que, en cuanto firma la paz, se vuelve a poner en marcha? Sin embargo, Kolbe, con su intrépida fe, sabe que las armas espirituales, muy poco ruidosas, pueden ser extraordinariamente eficaces cuando el que se propone emplearlas pone con ellas su vida en juego. Está dispuesto a usarlas. En 1918, el día de su primera Misa en Sant Andrea delle Fratte, en la capilla de la visión de Ratisbonne, se acerca al altar con ochenta y tres «intenciones» enumeradas en un cuadernito aparecido en un cajón y relacionadas con su familia, sus hermanos en religión, su Orden, los enfermos, el inevitable Gran Turco, una israelita probablemente convertida en secreto, la Iglesia, el mundo, su patria... Y ésta, en latín, que resume a la vez su moral y su acción, su existencia y sus pensamientos: «*Pro amore, usque ad victimam*»: por el amor hasta el sacrificio de la vida».

Tal es, en el fondo, la auténtica definición de la cruz.

7.

LA CASA KOLBE

Al pie del Palatino, donde la historia, que arrastra con ella todo lo que hace, ha olvidado algunas ruinas, los horrendos edificios de la «Casa Kolbe» se enfrentan a los hierbajos de un escenario de glorias desaparecidas: es el antiguo Colegio Seráfico, construido alrededor de un enorme espacio que no es el patio de recreo de nuestros colegios, con los castaños enraizados en el asfalto, sino más bien un jardín con avenidas, macizos de setos bajos y de palmeras cuyo penacho despeinado se balancea a la altura de los tejados. Como ya hemos visto, aquí vivió Kolbe desde 1912 a 1919; ya no es un colegio: los franciscanos han fundado en él un hostel, reservando un salón y algunas estancias como museo.

La celda de Kolbe, en el primer piso, está transformada en oratorio y lo que la piedad encuentra en ella se ha perdido en recuerdos. Algunos de éstos se guardan en una vitrina situada en un ángulo junto a la ventana: el original de los estatutos de la «milicia» mariana, colocados en un marco con pie como el menú a la puerta de los restaurantes; un hábito negro de religioso conventual colgado en una percha; y un pequeño relicario.

La «milicia» de María se fundó en este mismo cuarto en 1917. Kolbe lo explicó en un texto publicado por primera vez por María Winowska³, redactándolo a petición de un supe-

³ MARÍA WINOWSKA, *Le secret de Maximilien Kolbe*, 1983.

rior y el único donde aparece, ya que la mirada que dirige hacia sí mismo es siempre la de un examen de conciencia y nunca la de un autor contemplando su propia obra:

«Ha corrido mucha agua desde entonces, cerca de dieciocho años. Casi he olvidado los detalles. De todos modos, ya que el Padre Superior me ordena relatar los comienzos de la milicia, escribiré todo lo que recuerde aún.

»Recuerdo, pues, que hablaba frecuentemente con los hermanos de la decadencia de la Orden y de su futuro. Entonces, en mi mente se grabó esta frase: 'o reconstruir o derribar'.

»Yo sentía compasión por todos aquellos jóvenes que llegan aquí con su mejor intención y que a menudo pierden su ideal de santidad en el convento. Y pensaba: ¿qué podemos hacer?

»Me remontaré aún más: recuerdo que, cuando era muy pequeño, me compré una estatuita de la Virgen por unas pocas monedas. En el internado de Lwow, durante la Santa Misa, me postré en el coro y prometí a la Virgen, que lo presidía como Reina encima del altar, que iba a luchar por Ella. Entonces no sabía cómo, aunque pensaba en una contienda con armas materiales.

»A pesar de que tenía una fuerte tendencia al orgullo, la Inmaculada me atraía aún más. Encima del reclinatorio de mi celda tenía siempre una imagen de algún santo al que se le hubiera aparecido la Santísima Virgen y lo invocaba con frecuencia (...).

El abogado del diablo no siempre se equivoca. Tiene razón al constatar que en Kolbe el patriotismo y la fe se confundían con su devoción a la Virgen María; aunque no tanta cuando ve huellas de vocación militar en su idea de fundar una «milicia», ya que al tomar el hábito había renunciado a las «armas materiales». Además, si todavía pensaba en otro uniforme, su salud le hubiera hecho renunciar.

«Mientras tanto», cuenta, «nos fuimos de vacaciones a La Viña, una casa de campo a media hora del colegio. Un día, cuando estábamos jugando al fútbol, sentí que tenía sangre en la boca. Me fui al césped y me acosté. El hermano Biasi

NO OLVIDÉIS EL AMOR

se ocupó de mí. Escupí sangre durante mucho rato. ¡Me sentía feliz creyendo que quizá había llegado mi fin!

»Enseguida fui al médico. Me mandó volver en un coche y meterme en la cama inmediatamente. Los remedios no lograban detener las continuas hemorragias.

»Dos semanas más tarde el médico me permitió salir por primera vez. En compañía del hermano Osanna me dirigí, penosamente, a nuestra casa de campo. Cuando llegué mis compañeros dieron gritos de alegría y me llevaron higos frescos, pan y vino. Yo no me encontraba mal; habían cesado los dolores y los vómitos de sangre. Fue entonces cuando por primera vez confié mi propósito de fundar una asociación al hermano Biasi y al padre Joseph Pal, que, aunque se ordenó antes que yo, había hecho conmigo el curso de teología. Les puse como condición que obtuvieran el permiso de su director espiritual para que estuviéramos seguros de cumplir la voluntad de Dios (...).

» (...) De este modo, con permiso del Padre Rector, el 17 de octubre de 1917 tuvo lugar la primera reunión de los siete primeros miembros.

»Esta reunión se celebró en una celda, de noche, en secreto y a puerta cerrada. Frente a nosotros, una estatuita de la Inmaculada entre dos velas encendidas.

»Un año después la 'milicia' no avanzaba y surgieron tantos obstáculos en su camino que los mismos componentes no se atrevían a hablar de ella; uno de ellos llegó a tratar de convencer a los demás de que todo aquello era inútil. Entonces, con patentes muestras de elección, el hermano Antonio Glowinski y, trece días después, el hermano Antonio Masi, a consecuencia de la gripe se reunieron con la Inmaculada. Yo tuve una grave recaída, tosía mucho y escupía sangre. Como estaba dispensado de asistir a las clases, aprovechaba el tiempo libre haciendo una copia del programa de la 'milicia' para poder remitirlo al Padre General y pedirle su bendición por escrito.

»'Si fueseis doce por lo menos...', me contestó. Me envió la bendición y expresó su deseo de que la milicia se extendiera entre la juventud.

»Desde aquel día los nuevos miembros comenzaron a llegar incesantemente.

»En esta primera etapa la actuación de la 'milicia' consistió en rezar y en distribuir la medalla milagrosa. El mismo Padre General nos dio el dinero para comprarla».

De los siete primeros, uno dejó enseguida de creer en ella y otros no volvieron a hablar del tema; sin embargo, aquella asociación creada por un enfermo, y que en sus comienzos no mostraba mejor salud, comenzó enseguida a mejorar.

Lo repito: todo en ese texto, el único en el que Kolbe se confía, es digno de recordarse. Su prudencia, por ejemplo, que le impulsa a asegurarse de la aprobación de la autoridad antes de iniciar la empresa, conducta nacida seguramente de la desconfianza que le inspira lo que él confiesa su «fuerte tendencia al orgullo» y que parece ser la secuela de su crisis de escrúpulos. Sobre todo, la extraña alegría que brota en él con la sangre que afluye a su boca y que le da la esperanza de que «quizá es el fin», como si hubiera una especie de elección en morir a los veintitrés años, en mitad del recreo. Y la certeza de que los compañeros, ahora en el Cielo a causa de la enfermedad, están intercediendo por su obra. Para él no existe una línea de demarcación entre el Cielo y la Tierra. Pasa de uno a otra sin la menor dificultad, más fácilmente aún que como cruzaba en otro tiempo la frontera entre la Polonia rusa y la Polonia austríaca.

En la vitrina de la Casa Kolbe un pequeño relicario de plata labrada contiene todo lo que aquí abajo queda de su persona, confundida con las cenizas y humaredas de Auschwitz. En realidad, el guía muestra a los visitantes unas reliquias bastante peculiares, ya que llama cabellos a lo que son pelos de la barba. Antes de marchar al Japón, en los años 30, Kolbe se había dejado crecer la barba: parecía que este atributo tradicional del misionero impresionaba favorablemente a los auditorios exóticos, siempre que fuera lo bastante frondosa como para atestiguar la paciente sabiduría de su propietario. Kolbe lucía una barba en cascada mezclada con algunos hilillos de nieve prematura. Cuando volvió a Polonia, al comienzo de las hostilidades, se la afeitó. Ya no estaba en las misiones, aparte de que, en tiempos de guerra,

NO OLVIDÉIS EL AMOR

la barba parece siempre postiza, sobre todo si la lleva un civil joven todavía. Fue entonces cuando el barbero del convento tuvo la idea que permite hoy a los fieles venerar alguna cosa de este ser desvanecido: conservó algunos pelos.

De esta manera, un barbero se anticipaba a las conclusiones de los teólogos que iban a disertar a lo largo de tres volúmenes sobre las virtudes y los méritos de Kolbe. ¿Había practicado, no había practicado hasta el heroísmo la fe, la esperanza, la caridad? ¿Se le podía inscribir, sin temor a equivocarse, entre el número de los bienaventurados? ¿Era un santo? Cuarenta años antes de que se pusieran de acuerdo, el hombre de la navaja había liquidado la cuestión al mismo tiempo que la barba.

8.

UN SOL

Todo pensamiento tiene su luz. El de Kolbe es María; Ella iluminará su vida, su corazón, su inteligencia y su misma muerte, según podemos deducir por los débiles ecos del bunker del hambre y que nos traen frases de cánticos. Sus superiores encuentran peligrosa para el correcto orden teológico esta devoción no exclusiva, aunque sí permanente, próxima a la obsesión, ilusoria, impregnada de un sentimentalismo inconsistente y ¿por qué no decirlo? exagerada. Preocupaba hasta a su hermano pequeño Joseph, atónito al escuchar a Maximilien felicitarle por rezar con tanta devoción a la Virgen María cuando le veía arrodillado ante el sagrario. El abogado del diablo informará de estos hechos, aunque solamente de las apariencias; sabe muy bien lo difícil que es evitar que los santos exageren, es decir, que sean exageradamente santos. Simeón el Estilita, encaramado en su columna, quien, según la leyenda, se alimentaba exclusivamente de una hoja de col por semana, exageraba la austeridad lo mismo que San Francisco de Asís exageraba la parábola cuando explicaba a sus compañeros que la «alegría perfecta» se experimentaba al no ser recibido en ningún sitio después de un largo viaje y pasar la noche en medio de la nieve y el frío ante una puerta cerrada. Los santos traspasan los límites con enorme facilidad porque no los ven.

El primer testigo de esta devoción devoradora es una estatua coloreada de la capilla de los franciscanos, próxima al

cuartito de las reliquias, una amplia estancia rectangular cuyas ventanas dan al Palatino y que desde ellas parece un terreno baldío o, mejor dicho, una ola de terreno que impulsa sus restos imperiales hacia el cielo, hacia el olvido. Al fondo, a la derecha del altar, detrás de una serie de vigas de madera, una gran pintura que representa la aparición del Santísimo Sacramento a Margarita María, en el estilo retórico del siglo XIX. Kolbe se colocaba con frecuencia ante este cuadro, pero con mayor frecuencia aún a los pies de una estatua de la Virgen situada en aquella época encima del altar. Desplazada por la nueva liturgia, ahora se encuentra sobre un pedestal en la nave de la derecha. Se trata de una Virgen de Lourdes que puede no entrar en la categoría de las obras de arte, pero sí en la mucho más conmovedora de los objetos de piedad: el mármol de las obras de arte es pesado, liso y distante; la escayola de los objetos de piedad, ligera, humilde y atractiva.

Esta Virgen de velo azul aparecida al borde de los Pirineos que lleva en la aureola el famoso mensaje a Bernadette Soubirous: «Soy la Inmaculada Concepción», ha tenido, si puedo decirlo así, unos comienzos difíciles. La autoridad religiosa se mostró reticente, la autoridad civil decididamente hostil; las señoras del gran mundo no podían creer que una dama de la alta sociedad como la Virgen María se hubiera aparecido dieciocho veces seguidas con el mismo traje: el psiquiatra consultado atribuyó la visión de Bernadette a un efecto luminoso en forma de estatua blanca, así como Ernest Renan, en ese mismo siglo positivista, atribuye el fenómeno de Pentecostés a una corriente de aire. Por supuesto, Kolbe ignoraba ese tipo de dudas o de explicaciones. María, sea la de Lourdes, la de la medalla milagrosa o, más simplemente, la del Evangelio, será para él, hasta el final, una persona viva... y un misterio.

El corazón de todo polaco está puesto en María. El polaco que dejara de creer dejaría inmediatamente de ser polaco; en su fe recupera la libertad perdida; además, en el siglo XVIII la insurrección liberadora de Polonia nació en Czeszochowa, algo así como si la liberación de Francia en 1944

se hubiera iniciado en Lourdes. Esta especie de coincidencia reafirma una creencia secular.

Sin embargo, la devoción mariana no es exclusiva de los polacos. Es la piedra de toque y la medida de la sensibilidad espiritual de todo cristiano. Lo que atrae irresistiblemente al alma cristiana es la humildad de María en medio de Su incomparable grandeza; como Madre del Salvador es, sin duda alguna, la más excelsa de las criaturas; su aquiescencia ante el ángel de la Anunciación ha hecho posible el comienzo del Evangelio; sin embargo, después del deslumbrante cántico cristalino del *Magnificat* sólo se la vuelve a ver en una especie de penumbra y como a contraluz, discreta presencia que de vez en cuando deja percibir su suave perfume en las páginas del Evangelio. Los cristianos veneran en ella no a la diosa-madre de las mitologías paganas, sino a la madre que, asustada, huye de las espadas de Herodes con su recién nacido en los brazos; a la madre preocupada que busca durante tres días a su hijo hasta encontrarlo en el templo; a la madre atenta y serena de las bodas de Caná que no pide a Jesús el milagro, pero que lo obtiene como fruto de un comentario banal: «No tienen vino»; a una madre que imaginamos angustiada siguiendo a su hijo por todas partes, aunque siempre a distancia, hasta el viernes fatal, cuando podrá acercarse para verlo morir, deshecha pero erguida al pie de la Cruz, ante aquel cuerpo rígido que parece descolgarse de los clavos que ya le han atravesado el corazón.

Una persona, un misterio: eso es la «Inmaculada» para Kolbe. María tiene, en la historia del judeo-cristianismo, un destino evidentemente único: virgen, da a luz al Mesías, ella que, según la tradición católica, fue «concebida sin pecado», es decir, exenta de la tara original que mancha a la humanidad desde Adán y Eva. La que los católicos llaman «Inmaculada Concepción», y que no se refiere, como se cree vulgarmente, al nacimiento de Jesús, sino al de la Virgen María, se presenta a Bernadette en Lourdes bajo esta misteriosa denominación que aún no ha terminado de aclarar la teología. Ni tampoco Kolbe: «Sabemos lo que quiere decir madre», escribe en una de sus cartas; «pero 'madre de Dios' no

alcanzamos a comprenderlo con la única ayuda de nuestras pobres mentes; sólo Dios lo puede. 'Concebida sin pecado' se entiende algo más, pero la expresión 'Inmaculada Concepción' está llena de consoladores misterios».

Estas cosas no se entienden. Se viven.

Para una mente moderna, desacostumbrada a lo divino, es evidentemente un hecho muy extraño esa especie de efecto fotoeléctrico del misterio sobre el santo que absorbe lo invisible y lo transforma en caridad. Y es que nosotros apenas concedemos a Dios una apariencia de probabilidad. No pensamos en hundir nuestras vidas en los misterios de la fe, esos pozos abandonados que se desbordan en su soledad. El misterio, ese duro misterio de la Inmaculada Concepción que hace rodar fácilmente hacia el éter de las abstracciones a los oradores sagrados, es para Kolbe una fuente formidable de energía. Lo fortifica, ordena su pensamiento, lo libera y le hace contemplar el mundo con la mirada dulcemente soberana del que no se altera por nada, nada teme, del que sabe de dónde viene y a dónde va. En Auschwitz sólo vivirá de ese misterio.

9.

CUATRO FOTOGRAFÍAS

Tiene un rostro cambiante. Digamos más bien que las placas fotográficas no lo reciben del mismo modo ni con la misma afabilidad. Tengo ante mi vista los cuatro retratos que nos muestran cuatro caras en las que el ascetismo y la enfermedad han acabado con la juventud.

En el primero tiene veinticuatro años y es sacerdote. La frente, bajo una especie de talud de cabellos cortos y tiesos, es una muralla que rodea los pensamientos en alerta, fortalecida por la abrazadera de las negras cejas y apuntalada por el sólido contrafuerte de la nariz. Las mejillas aparecen rellenas, fuertes las mandíbulas. La boca, aún infantil, finamente dibujada y señoreada por la expresión tensa y terriblemente severa de la mirada, parece hecha para dejar sus besos en la cara de una mamá —disposición que la madre de Maximilien no ha debido estimular con frecuencia—. Detrás de las gafitas redondas, los ojos, castaños o negros, de una fijeza debida quizá al destello del magnesio, miran más allá del objetivo, del aparato fotográfico y del fotógrafo mismo, hacia algo que no vemos y que exige una atención consolidada por la disciplina. Este rostro cuadrado es el de la resolución y del carácter. En él, el alma, una e indivisible, tiene su guarnición y vigila.

En la segunda fotografía, tomada una docena de años después, el rostro se ha alargado hasta hacerse rectangular y los cabellos, casi al rape y grises ya, crecen más atrás ensanchando la frente. La edad llegó antes de tiempo y la ju-

ventud, batiéndose en retirada, se refugia en la boca cuyos labios conservan su dibujo. La cabeza se inclina ligeramente hacia el hombro derecho, actitud habitual, y en los ojos, que miran a la izquierda, se lee una benevolencia de orden general y circular esparciendo un café solo, sin azúcar. La mirada continúa atravesando el decorado para clavarse en lo invisible. La fisonomía, apacible, es la de una límpida serenidad que jamás ha aceptado el más mínimo trato con la duda o con la tentación.

La tercera foto es de Kolbe a los cuarenta y dos años. Ya no queda nada de Maximilien. La frente parece haberse alargado como consecuencia del adelgazamiento de las mejillas, hundidas entre la espesura de una barba entrecana. Las cejas fruncidas; los ojos persiguen una idea que cruza por el horizonte. Es un hombre viejo, de rostro demacrado quizá por las privaciones, ciertamente por la fiebre, consumido por un incendio interior que su energía y su voluntad no cesan de alimentar. No es de extrañar que en cierta ocasión haya escrito en su cuaderno: «La única felicidad de este mundo consiste en ser crucificado por el amor del Crucificado».

La cuarta y última imagen es la de una de esas fotos de carnet en la que el objetivo no favorece al cliente. Kolbe tiene cuarenta y cinco años. La desaparición de la barba ha rejuvenecido ligeramente la parte inferior del rostro y la boca, tan presta a la sonrisa, mantiene ahora la seriedad apropiada a un documento administrativo. La frente es atormentada y los profundos surcos en la unión de las arcadas superciliares sugieren un alto grado de concentración o de miopía. La mirada negra, brillante, atraviesa y continúa su camino por detrás de ti. Con ligeros matices, los ojos muestran en todas las fotos la misma intensa expresión: son hogueras de fuego espiritual.

10.

LOS AÑOS LOCOS

Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, Kolbe deja el Colegio de Roma para pasar de la teoría a la acción, en un momento en que Europa entra en los «años locos», una especie de válvula de escape que dura desde el toque de trompeta del armisticio a la crisis de 1929, cuando las fábricas expiran tras el sonido del silbato que da fin al recreo. La palabra que mejor caracteriza este período es una palabra de construcción y uso recientes: la «desestabilización». Desestabilización política, social, espiritual, moral, estética y literaria.

En cuanto termina el conflicto, la diplomacia desestabiliza Europa. Tomando como pretexto el fracaso de los Hohenzollern, castigó a los Habsburgo, redujo la casa de Austria a las dimensiones de un kiosko de música, cortó las alas a la gloriosa águila bicéfala, le arrancó una cabeza y la convirtió en un peatón inválido. Una vez eliminado este elemento moderador, diseñó Checoslovaquia situando detrás de su frontera más frágil una población que no era ni checa ni eslovaca, sino alemana, y dispuesta al irredentismo. Resucitó a Polonia injertando un tubo faríngeo que cruza Prusia para dejarle respirar el aire del Báltico. Devolver Polonia al mundo era un acto piadoso: «el pasillo de Dantzig» sólo podía ser, para Alemania, el pasillo de la tentación.

Una vez culminada su obra de arte, la diplomacia firmó orgullosamente al pie. El cuadro de la Segunda Guerra Mundial estaba preparado. Mientras tanto, la inconsciencia era

casi general y nadie se interesaba por las lúgubres predicciones; los europeos paseaban frívolamente en medio de sus ruinas, creían en la edad de oro y contemplaban con arrobo sus ilusiones, salpicadas por el rocío de los discursos.

La sociedad que salió de la guerra no era la que había entrado en ella. La moral había resistido, pero en cuanto se firmó el armisticio esta moral, al límite de sus fuerzas, se tomó unas vacaciones que acabaron en despido. Ahora se vive en un universo decorativo de vidrio y metal, lo que indica un patente descenso en la temperatura de las relaciones humanas; quizá para entrar en calor se baile el charleston, una especie de gimnasia de esqueleto colgado de una cuerda. La música sincopada expresa con bastante exactitud las intermitencias del estado de vigilia en las conciencias y la trompeta taponada hará oír sus notas destempladas.

Esta danza sintomática que se ejecuta en régimen de separación de cuerpos expresa a su vez la desestabilización del individuo privado de puntos de referencia y que sólo puede escapar a la caída por medio de la velocidad, primera lección de la rueda de la bicicleta. El hombre acelera; la historia también.

La prueba de 1914 había obligado a la Iglesia a abandonar la fortaleza dogmática desde donde, a finales del siglo anterior, amenazaba con excomulgar a todos los que hablaban de salir de ella calificándolos de «modernistas». Durante la guerra curas y maestros habían vivido juntos, medio enterrados en el barro de las trincheras; habían soportado las mismas penalidades y habían hablado el mismo lenguaje sencillo y breve de la supervivencia. Tras escapar de la tormenta de plomo fundido que había descargado sobre ellos durante más de cuatro años, ya no se miraban con la insuperable aversión de antaño. Clericalismo y anticlericalismo tenían aún sus activistas, pero el anticlericalismo había perdido virulencia y el clericalismo prejuicios. La Iglesia, que había tenido que confraternizar con el mundo, no podía recuperar su fortaleza, así como tampoco las mentes que durante ese tiempo descubrieron el aditamento del subconsciente, donde el bien y el mal

NO OLVIDÉIS EL AMOR

estaban abolidos. No quedó desestabilizada, sino descentrada, arrojada a la periferia de la sociedad, lo que explica las numerosas exhortaciones a «adentrarse en el mundo» que dirigirá más tarde. A lo largo de los siglos había definido la ley moral y los mismos que rehusaban el papel adoptaron el texto, excepto en sus referencias divinas. Los tiempos eran otros. La Iglesia estaba satelizada en las afueras de las ciudades... y de los cerebros. Mientras los gobiernos democráticos se obstinaban en orientar aquellos «años locos» como unos buenos padres de familia, el capital de energía moral acumulado por el cristianismo a lo largo de su prolongada historia comenzaba a desaparecer; el Occidente se comía la herencia, falsificaba los valores y dilapidaba su pensamiento en una especie de relativismo generalizado que trepaba por la duda y culminaba en el escepticismo. Polonia tampoco fue una excepción. En medio de la euforia de la resurrección nacional, la tensión espiritual de los días de opresión cedió bruscamente. Por supuesto, la juventud no había olvidado a la Iglesia, pero ahora ponía al día sus acciones de gracias.

Entonces Kolbe volvió al país.

11.

SALIDA EN FALSO

Cinco días de viaje, cuatro de ellos en un tren de la Cruz Roja, lo devuelven en 1919 a su Polonia liberada, aunque exangüe, que emite gran número de medallas conmemorativas de su resurrección y más monedas aún para paliar su déficit. Es un tren confortable, donde los viajeros comen bien y duermen en cama. Pero hace frecuentes y largas paradas en casi todas las estaciones, excepto en las fronteras, que cruza sin controles. Según se deduce de las cartas de Kolbe a su hermano pequeño, no ha pasado mucho tiempo mirando por la ventanilla del vagón. No habla ni una palabra del paisaje ni de sus impresiones al encontrarse en un país que abandonó austríaco y recupera polaco. Sólo le interesan los seres humanos y su salvación eterna, y esto le tiene en continua tensión. Entre Roma y Bolonia intenta convencer a un judío, comerciante de tejidos, de que ha llegado el Mesías, que se llama Jesucristo, «que la Bienaventurada María es Virgen, que existe otra vida». Continúa con el resto del catecismo, incrementándolo con la medalla milagrosa que el beneficiario promete llevar. En Bolonia se baja todo el mundo. El judío, que no continúa (por lo menos en tren), se va por su lado, tan bien instruido que pide su conversión a la Virgen si Ella es tal y como Kolbe la ha descrito. Maximilien se lo confía a la Inmaculada, opina que las Milicias Marianas lo deben encomendar en sus oraciones, se sube al tren de la Cruz Roja y se encuentra con un descreído que niega abiertamente la existencia del infierno ante un audi-

torio sobrecogido por su temeridad. Para Kolbe negar el infierno es negar el diablo; negar el diablo es negar al tentador del Jardín del Edén, el pecado original, el Antiguo Testamento, la redención y el Evangelio: es demasiado.

Entonces toma la palabra y, «ante la evidencia de sus argumentos», apoyada discretamente «por una continua invocación a la Virgen María», el impenitente reconoce ante el público la inconsistencia de su tesis y se vuelve a su departamento con la medalla al cuello, como el judío y como todos los que pasan cerca del inagotable distribuidor.

En Cracovia Kolbe se reúne con su madre, a la que no ha visto hace años: «Te puedes imaginar su alegría», cuenta a su hermano, «cuando llegué de improviso al convento de las hermanas felicianas. Me ha dicho que le parecía estar soñando». Había educado a sus hijos con la severidad de una mujer que carga con toda la responsabilidad de una familia pobre y la ayuda de uno de esos maridos devotos y poco eficaces que parecen de servicios auxiliares; pero los quería. Admiraba a Maximilien, que la asustaba un poco. Cuando se enteró de su muerte en 1944, murmura: «Lo sabía; sabía que moriría como un mártir». Probablemente nunca había dejado de pensar en ello.

Era dulce y bondadoso: lo ridiculizaron. Era una mente superior: lo ignoraron. Estaba enfermo y le confiaron sucesivamente dos tareas que su estado de salud le impedía llevar a cabo. Le encargaron en primer lugar enseñar Historia de la Iglesia en el Colegio de Cracovia, donde había estudiado él; pero le faltaba el aliento y tosía durante toda la clase. Tuvo que buscar otro trabajo. Le nombraron predicador, pero carecía de voz tanto como de aliento y no disponía de uno de esos micrófonos que invaden hoy el menor local público con su chirriar de cigarras desacompañadas. Es realmente asombrosa la poca compasión de sus hermanos hacia aquel joven a quien en aquella época daban apenas unos meses de vida, con sus jaquecas, su fiebre y el mal que lo devoraba en silencio. Le llaman «hermano Mermelada», sin que sepamos si aludían con ello al meticuloso desorden que reinaba en su cuarto, lo que sería cariñoso; a los gestos lentos y delicados con los que decía la Misa para controlar su or-

ganismo, lo que sería más grave; o a la dulzura de su devoción mariana, de la que, todo hay que decirlo, estaba siempre dispuesto a servirles unas generosas tostadas. Bromeaban sobre sus ambiciones misioneras, desmesuradas; sobre su piedad hacia la Inmaculada, que les parecía exagerada y carente de base teológica. Un soñador, un quimérico algo simplón: esta es la idea que se hacían de aquella bomba espiritual cuya mecha comenzaba a arder.

Y es que la mayoría de los cristianos hace tiempo que han dividido su religión en dos partes: en una están la tierra, sus leyes, sus usos y convencionalismos que, junto a algunos principios de moral cristiana ampliamente edulcorados de indulgencia, forman la base de un concepto razonable de la existencia; en la otra parte, el cielo, lo que se llama gustosamente «el más allá» para mejor hacer comprender que no está aquí y que, aunque se crea y se piense en él, es objeto de un continuo aplazamiento. Esta separación de cielo y tierra, que viven cada uno su vida en su propio universo y que no se suelen encontrar más que los días de fiesta, es una antigua catástrofe metafísica completamente inadvertida por los historiadores y que nos ayuda a entender la razón de que la cristiandad no haya conseguido llegar a ser realmente cristiana. Kolbe no practicaba ese género de dicotomía; sin embargo, la visión unitiva de este hombre que, como acabamos de ver, rezaba al tiempo que exponía sus argumentos, resultaba extravagante para los que no sentían la misma atracción por lo divino. Los «peregrinos de lo absoluto» son tan raros como el cometa Halley; y a los que los observan cuando cruzan por nuestra atmósfera no se les ocurre la idea de seguirlos.

No puede enseñar ni predicar. Ese será el único fracaso de su vida. Y, una vez más, es la consecuencia de un error de los superiores a los que, cumpliendo su deber, obedece ciegamente, sobre todo, dice el abogado del diablo, cuando consigue que acepten sus puntos de vista. Y no solamente en estos casos. En una extensa carta a su hermano hace un cántico a la obediencia basándolo en un tema de extraordinaria sencillez: la gloria de Dios, dice, es la salvación de las almas; nadie desea esa salvación más fervientemente que Él

y nadie sabe mejor que Él cómo asegurarla. Tal es Su voluntad, a la que es necesario adherirse por el bien de todos y el nuestro propio. ¿Cómo la conoceremos? A través de sus representantes en la tierra. Ciertamente, «puede ocurrir que se equivoquen, pero nosotros no nos equivocamos jamás obedeciendo», ya que la obediencia nos da acceso a una sabiduría superior que no podríamos alcanzar por nuestros propios medios. Sin embargo, bien por efecto de su capacidad de persuasión, o por cualquier otra causa indefinible, las cosas empiezan a girar en el sentido que a Kolbe le conviene.

Así pues, descargado de clases y homilias, puede consagrarse a su misión mariana y a la ampliación de esa «mili-cia» que lleva en lo más profundo de su corazón, con la aprobación de sus superiores y del obispo de la diócesis. Y triunfa. Los que se burlaban callan, sin duda por cansancio, y por todas partes le llegan adhesiones: de las filas de sus hermanos, de la universidad, de la ciudad o de los campos. Como no todo el mundo dispone de tiempo, instituye tres grados de dificultad creciente. En el primer grupo, los simpatizantes y los que rezan; en el segundo, los que actúan; en el tercero, los que aplican o, mejor dicho, se aplican íntegramente, en todo su breve rigor, los estatutos redactados un día de inspiración en el Colegio de Roma, es decir, los que viven un definitivo abandono de ellos mismos a través del acto de consagración siguiente:

«¡Oh, Inmaculada, Reina del Cielo y de la Tierra, refugio de pecadores y Madre amadísima, a quien Dios ha confiado la economía de Su misericordia!; yo, X., miserable pecador, me postro a tus pies suplicándote humildemente que me aceptes por completo como cosa de tu propiedad y que hagas lo que quieras de mi persona, de mi vida, de mi muerte y de mi eternidad. Dispón de mí sin reservas (...) a fin de que, entre tus manos inmaculadas y misericordiosísimas, yo llegue a ser un instrumento apto para promover y acrecentar tu gloria y para extender de este modo, en la mayor medida posible, el reino bendito del Sacratísimo Corazón de Jesús. Porque la gracia de la conversión y de la santificación de Ti procede, ya que toda la gracia de Cristo pasa por tus manos».

NO OLVIDÉIS EL AMOR

Evidentemente, es difícil calibrar en cifras el triunfo de la «milicia» mariana, pero los afiliados fueron desde el comienzo lo bastante numerosos como para que el éxito se transparente en los breves diarios de Kolbe, que proseguía su camino sin preocuparse de las críticas. Sin embargo, también progresaba la tuberculosis, sometiendo al enfermo a violentos accesos de fiebre acompañados de vómitos de sangre, hechos de los que ni por un instante piensa en quejarse. En ninguna de sus cartas aparece la menor huella de amargura, la menor alusión a la injusticia de la suerte que le debilita cuando todas sus fuerzas no bastarían para comenzar a llevar a cabo sus inmensos proyectos. Al contrario, recibe el sufrimiento como una gracia suplementaria y un medio de acción más poderoso que todos los demás. Y no lo busca por el dolor en sí; esto sólo significaría un gozo aún mayor. Decir que la sufre sin protestar es poco decir: la acepta con agradecimiento porque sabe, con la certidumbre que hace santos, que en esta tierra existe una connivencia secreta entre el dolor y el amor. «Cuando la gracia inflama nuestros corazones, suscita en ellos un afán de sufrir», dice, «de sufrir sin límites, de ser despreciado, humillado, de testimoniar nuestro amor por medio de ese sufrimiento. Porque sólo él nos enseña a amar».

Es un gran místico; por lo tanto, un incendiario que incendia toda la leña, desde las pesadas cruces de la enfermedad hasta las ramitas de las contrariedades cotidianas. Y cuando en Auschwitz, en su desprendimiento total, no le quede nada que quemar al alcance de la mano, arrojará sin vacilar los restos de su propia persona a la lenta combustión del hambre y de la sed.

12.

INTERMEDIO

Le enviaron en primer lugar al hospital y luego a Zakopane, estación de montaña donde las personas vivían acostadas en las terrazas como frágiles plantas de invernadero. El viaje, que no parece haberle proporcionado ocasión de controversia o de ejercicio apologético, le habrá resultado monótono. Se limita a rasgar un anuncio pegado a un cristal del vagón por los misioneros de una secta americana que habían tenido la original idea de tentar a los polacos insultando al Papa. La primera carta va dirigida a su madre: «He llegado a mi destino (...). Y ahora, que se cumpla la voluntad de Dios, que la enfermedad continúe, retroceda o desaparezca».

Es más explícito con su amigo el padre Pal, que vive en Rumanía: «Estoy en la montaña para recuperar la salud. Es lo mismo de Roma: un catarro pulmonar. Tengo que pasear un poco, lentamente, pasar mucho tiempo al aire puro y vivir unos meses exilado, fuera del convento». Le preocupan sus compañeros de la «milicia» y solamente pide para él la música y la letra de la canción francesa *Iré a verla un día*; recuerda además a su corresponsal el compromiso común de rezar diariamente durante la Misa para obtener «la gracia del martirio», citándose con sus amigos en el paraíso después de haber manifestado de todos modos el temor de llegar allí dejando infructuosas demasiadas gracias. Éste es el tono de todas sus cartas, cuya filosofía es de las más sencillas: «Lo mejor es lo que Dios quiere».

Como no dispone apenas más que de un pulmón que, además, no se encuentra en muy buen estado, el Provincial le ordena dejarlo todo para no ocuparse más que de su salud. Obedece, pero ¿cómo decirlo?, no muestra una obediencia sistemática; o quizá tiene de la salud un concepto distinto del de sus superiores. De hecho, cuando los religiosos de un sanatorio le dicen que uno de sus enfermos está a punto de morir, olvida que «tiene que pasear un poco, lentamente». De día, de noche, cruza los campos nevados cara al viento para, chorreando de lluvia y con las manos heladas, llegar a tiempo de administrar al moribundo los últimos sacramentos. La «salud», para él, era el bien de los demás.

En consecuencia, se sentía incapaz de dejar pasar por su lado a tantas almas que, en aquella ciudad al borde de las sombras, erraban en el vacío del escepticismo o se hundían en las aguas estancadas de la desesperación. Está continuamente en actitud de centinela, como una especie de bombero de las catástrofes espirituales que se presenta con su material dialéctico y una sonrisa que resulta encantadora en los lugares donde el peligro parece más inminente. Convierte a librepensadores; se ocupa de un judío que solicita y obtiene sin dificultad el bautismo; reintegra a la Iglesia o, al menos, acerca extraordinariamente a ella, a un director del sanatorio que se mantenía extraordinariamente alejado; asedia el establecimiento de ayuda universitaria, ocupada por jóvenes incrédulos, una especie rara en Polonia, y termina por tomar la plaza. Coloca en ella una guarnición de medallas milagrosas, refuerza la posición con pilas de evangelios; todo ello sin esquivar, excepto en caso de urgencia, las muchas horas de hamaca que dedica a la santa obediencia.

Aunque se cuida poco de su salud, mejora algo. En la primavera de 1921 los médicos le aconsejan pasar esa hermosa estación en el campo y sus superiores lo envían al convento de Nieszawa. Esta vez el tren que lo conduce no es el sombrío convoy de Zakopane, donde no encontró más que una pegatina que arañar, sino un auténtico tren de Jauja; y su vagón, una carroza encantada: «De camino a Nieszawa», escribe a sus compañeros de la milicia mariana de Cracovia, «tuve ocasión de hablar con distintas personas: un judío (sin

tirabuzones), una muchacha judía (elegantemente vestida), un católico del Cáucaso y algunas otras. Llevé la conversación al tema religioso, sin cansarme demasiado, dejándoles discutir entre ellos y limitándome a intervenir cuando convenía aclarar algún punto. La Inmaculada me concedió un poco de claridad de mente y todo acabó muy bien». Cuando se acercan a la estación, toma la palabra, resume la conversación, termina con una «corta exposición», que discurre desde la ley natural y la elección de Israel hasta el protestantismo y el catolicismo. La oración, concluye, es el mejor modo de encontrar la verdad. Todo el mundo está contento: los judíos por haber sido elegidos; el protestante por no verse reprobado; y , cuando bajan del vagón, el católico del Cáucaso le comunica la satisfacción general en nombre de la reducida asamblea. Éste es su método y su modo de concebir los viajes.

Para empezar, en Nieszawa tiene que resistir una gran tentación: muy cerca del convento hay una escuela donde viven cuatrocientos niños en un completo abandono espiritual, aunque la «santa obediencia», que de vez en cuando le recuerda su existencia, le impide ocuparse de ellos. Ése es uno de aquellos encargos permanentes que sus superiores le prohíben aceptar mientras no esté curado. Tiene, pues, que sufrir el suplicio de Tántalo, de un ogro bondadoso que pasa todos los días ante una reserva de innumerables Pulgarcitos. Quizá para consolarse, pone sitio a un pastor protestante, al que hostiga con preguntas capciosas sobre las Escrituras, especialmente en relación con los textos referentes a la primacía de Pedro, el Papa dicho de otro modo; y lo hace con tal insistencia que el otro cierra la puerta principal, sólo para verlo entrar por la puerta de servicio. No ha destruido todavía las primeras defensas del pastor cuando, de repente, se entera de que él, Kolbe, está muerto. Efectivamente: la noticia de su fallecimiento ha llegado a Roma sin que se sepa cómo, con gran consternación por parte del rector Ignudi, un hombre excelente que fue sin duda el primero en adivinar la clase de pato que el viejo Colegio internacional había empollado bajo sus seráficas alas. Encarga que se diga una Misa por el eterno descanso del difunto y escribe en su

ANDRÉ FROSSARD

registro: «14 de junio — Hoy se ha celebrado una Misa cantada de requiem por el alma del padre Maximilien Raymond Kolbe, de la provincia de Polonia, alumno de este colegio, muerto de tisis el... Fue un pequeño ángel, un joven santo, lleno de fervor y de celo, uno de los mejores alumnos que hayan pasado nunca por este colegio (...)).».

En el espacio en blanco que debía ocupar la fecha desconocida del fallecimiento se lee, escrita con tinta algo más reciente, esta exclamación, que expresa todo el disgusto y toda la alegría del buen rector: «¡Noticia falsa! ¡No ha muerto!».».

13.

EL DESPEGUE

No sólo no ha muerto, sino que está mejor, gracias al aire puro y a un pneumotórax del que no dice ni una palabra. Se esmera en el acorralamiento de su pastor, escribe a Roma para dar cuenta de su existencia y a su hermano, quien le confía ingenuamente que se encuentra muy cerca del ideal sacerdotal cuando habla de ello, pero muy lejos cuando lee sus cartas. Hay que reconocer que no están hechas para halagar las ilusiones de un amable frailecito. Cuanto más se avanza hacia el infinito, más camino queda por recorrer: ésta es la primera reflexión que debe hacerse el aspirante a la santidad, si no quiere creer que ha llegado a la meta antes de salir. «¡Ojalá», le escribe Maximilien con motivo de su cumpleaños, «alcances la altura espiritual de tu patrono y hasta le superes, si Dios quiere, ya que el progreso siempre es posible! ¿Debo desearte sufrimientos como los suyos? Sin ese fuego el alma no se inflama, no brilla, se hunde en la mediocridad del anonimato». Las cartas de Maximilien producen en Joseph el efecto de una ducha fría. «Basta que me escribas», le contesta, «para que me vuelva a encontrar en el primer peldaño de la escala». Se percibe la decepción del niño que jugaba ya al aro con su aureola y que se ve devuelto al primer banco. Pero no se desalienta. Es un joven excelente. Quizá habrían podido hacer de él un santo si las miradas de los superiores no hubieran quedado deslumbradas por el fulgor del fenómeno de su familia.

Poco antes de la Navidad de 1921 Kolbe, curado o no, obtiene el permiso para regresar a Cracovia. Vuelve al redil franciscano con un proyecto que suscita en la Orden un entusiasmo inigualable. No le bastan el puerta -a- puerta apostólico, ni los coloquios ferroviarios; quiere llegar al gran público y lanzar un periódico como el que lanza una red. No empezará siendo una gran traína, sino una pequeña red de modesto tamaño; en resumen: una revista cuya maqueta tiene ya in mente. Constará de pocas páginas, papel del más barato, los gastos de composición reducidos y los de redacción, nulos. El romanticismo del título desanimaría a los agentes de publicidad: *El Caballero de la Inmaculada* tendrá, entre otras misiones, el papel de oficial de enlace entre los diferentes centros de la «milicia mariana». *El Caballero* no hablará de política; estas lides no son para él: escasea en ellas el desprendimiento y la generosidad; son el campo de la pseudo-filosofía, del razonamiento inacabado, de la mentira en el peor de los casos o, en el mejor, del malentendido generalizado.

El Caballero, más que chapotear en la ciénaga de la actualidad, pretende acercar a sus lectores a la imagen de Dios que llevan en sí mismos: unos sin distinguirla con claridad y otros ignorándola. Para las inteligencias oscurecidas por los esfuerzos conjuntos del materialismo y de la ideología no hay más salvación que la fe. *El Caballero* se lo dice empleando el lenguaje tradicional de la caballería, que es el de la oración y el honor. El estilo de redacción irá desprovisto de vanas complicaciones. Las instrucciones de Kolbe a sus colaboradores son cortas y concretas: «No escribáis nada», les dice en una ocasión, con su formidable candor, «que no pudiera firmar la Virgen María».

Encontrará dificultades. En el ambiente religioso la prensa estaba considerada como un medio de comunicación impuro. Transigían con el hecho de escribir libros, aunque se trate de una actividad sospechosa que la prudencia invita a practicar bajo el asesamiento de la jerarquía. Pero ¿un periódico, esa palabra que tizna, ese panfleto volante que crea tanto material de deshecho haciendo del continente un sinónimo del contenido? ¿Ese vehículo del libre pensamiento,

ese almanaque del diablo, ese breviario de la frivolidad? ¿Era admisible que un honesto franciscano derrochara su energía en una de esas fábricas de manipulación? Los más ancianos hacían observar que San Francisco de Asís no tenía periódico, pero Kolbe, a su vez, debía pensar que tampoco tenía bicicleta; y que seguramente no habría rechazado ningún medio que le permitiera hacer oír lo más lejos posible su música espiritual. Los superiores temían sobre todo que la Orden se viera obligada a pagar las deudas que Kolbe terminaría por contraer. Así pues, le previnieron de que ni financiaban ni avalaban su proyecto y le dejaron emprenderlo.

Kolbe hizo colectas, redactó doce de las dieciséis páginas del primer número y consiguió imprimir cinco mil ejemplares que repartió por las calles. El texto era una alabanza a María y aparecía más como un ex-voto que como una revista de metafísica y de moral. Ni una sola vez a lo largo de toda su vida se planteó Kolbe la pregunta que inquieta a los misioneros estériles: «¿Cuál es el lenguaje que se debe emplear para hacerse entender por los hombres de hoy?». Él no sufría esas perplejidades. Repetía lo que le decía su corazón y los corazones lo entendían. Los lectores escribieron, enseguida enviaron donativos convertidos inmediatamente en abonos gratuitos para los insolventes, aumentó la tirada y la caja se vació de acuerdo con las previsiones del escepticismo. Kolbe tenía una sola respuesta para estos casos. Después de la Misa permaneció largo tiempo en oración y luego, alzando la vista, encontró una bolsa en el altar con una carta encima: «Para mi querida mamá, la Inmaculada». Era el dinero de sus facturas: el mensaje resultaba lo suficientemente claro como para concederle la autorización de quedarse con él. Yo creo que, después de este suceso, tomó la decisión excesivamente práctica, según su punto de vista, de pegar en el fondo de la vieja caja de cartón que le servía de tesorería una imagen del beato Joseph Cottolengo con el encargo de que se dejara ver lo menos posible. Cottolengo, fundador de una obra de caridad dedicada a los deficientes, había prohibido las cuentas bancarias: sus asilados tenían que vivir al día y nadie de su casa debía preocuparse por el fu-

turo. Era el hombre indicado para llevar la caja de cartón de Kolbe.

Estos métodos, decorados con *fioretti*, complacen sólo en parte al abogado del diablo. Deplora que hayamos conocido la anécdota del sobre por boca del mismo interesado, al que habría querido más discreto en relación con las subvenciones de la Virgen María, tras lamentar que lo haya sido tanto en lo que se refiere a las apariciones. Tampoco le gusta el modo en que administra su empresa, que considera de lo más aleatorio. El abogado del diablo es exigente: es su deber. Dice frecuentemente: «Tengo el encargo de depurar a ángeles».

Sin embargo, cuando le veo depurar, pienso en Aquel que en Caná cambiaba en vino el agua de seis enormes tinajas después de que la boda hubiera agotado la bodega, clara infracción de la templanza; o que proponía a sus discípulos como ejemplo los lirios del valle que «ni hilan ni trabajan», imprudencia manifiesta. Y me pregunto si hoy, ante el austero tribunal en que se debaten las causas de los santos se conseguiría canonizar a Jesucristo.

A pesar de los esfuerzos del nuevo cajero, Kolbe no hubiera podido continuar pagando por más tiempo a los impresores si un sacerdote americano, seducido por sus ideas, que consideraba excelentes, no le hubiera enviado un cheque de cien dólares con los que pudo comprar a las hermanas de la Caridad una vieja rotativa de brazo que exigía varias vueltas de manivela por página y que ellas no tienen fuerzas para manejar. En cualquier caso, Kolbe se convierte en un estorbo a causa de su pesada maquinaria, capaz de agotar a los hermanos rotativistas más robustos; a lo que se añade pronto una máquina de componer que cae del cielo el día de la Inmaculada Concepción, como debe ser; a causa también de sus bombonas de tinta, su almacén de papel, las idas y venidas de sus ayudantes, distribuidores, carteros y lectores, además de sus libros, sus manuales y diversos papeorios.

NO OLVIDÉIS EL AMOR

Lo envían a Grodno, un rincón de Polonia con el que la naturaleza no se ha mostrado excesivamente generosa, a un convento que amenaza ruina. Marcha sin protestar con dos compañeros, uno de los cuales, experto en el manejo de la rotativa, no sabe escribir ni leer: no conoce nada más que la caridad. Dos días después de su llegada, escribe a María y le cuenta que, cuando trataba de leer el breviario a la luz de los apliques de la estación, un judío le ofreció una vela: el Antiguo Testamento iluminando al Nuevo, una alegoría que espera su pintor. Demostrará su gratitud al judío prometiéndole encomendarlo en la Misa.

Kolbe tranquiliza a su madre, siempre inquieta por su salud: el convento de Grodno tiene la ventaja del aire puro del campo y su cuarto da al mediodía, al pleno sol que luce algunas veces en la región. Kolbe demuestra siempre un afán por convencer a los suyos de que tiene la mejor de las suertes y que está perfectamente en el lugar donde se encuentra. Si le hubieran enviado al Polo, habría cantado las excelencias del igloo y lo gratificante que es predicar a los pingüinos. «Aquí», dice Kolbe en la carta a su madre, «la gente es buena». De todos modos, el convento despoblado de Grodno le ofrece un amplio espacio para su imprenta, sus rollos de papel, su persona y sus ayudantes. Faltaba saber si *El Cabellero*, que había hecho sus primeras armas en las calles de Cracovia, apreciaría también el aire puro de los campos. No se desplaza un periódico a seiscientos kilómetros sin perder lectores por el camino.

Pero ocurrió todo lo contrario. La tirada aumentó. En cuatro años pasa de cinco mil a sesenta mil ejemplares. A continuación, cuando el convento de Grodno resulte demasiado pequeño, se elevará a centenares de miles, sin contar las publicaciones anejas. Todo ello al precio de grandes privaciones. Al comienzo, el reducido equipo disponía solamente de un abrigo y un par de zapatos para los tres: los que no tenían que salir andaban descalzos por el convento, donde, por otra parte, tenían que pagar una pensión por la estancia y la comida. Además, Kolbe y sus rotativistas debían cumplir sus deberes conventuales y tomar parte en el ministerio de la parroquia a cargo de los franciscanos. Es inexplicable

que el frágil Kolbe haya podido resistir ese régimen de vida; y no nos vamos a enterar por sus cartas de cómo lo logró. Contesta a su hermano, preocupado por su salud antes de reunirse con él, en los párrafos tercero y último que, aunque a veces tenga la cabeza a punto de explotar por la fiebre, no hay tiempo de detenerse en esas cosas. Lo que le interesa, día y noche, con cabeza o sin ella, es *El Caballero*, que sigue librando una batalla tras otra; las máquinas, el material tipográfico, el motor Diesel con el que da luz al convento (gloria a la Inmaculada), los suscriptores, que pagan o no pagan, no importa; el beato Cottolengo, cubierto de dinero que se esfuma; el marco polaco que se devalúa en la caja a simple vista; y sus postulantes, cada vez más numerosos, llamando a su puerta para compartir lo que sólo él puede ofrecerles, es decir: nada y Dios.

La austeridad, que agrava hasta la indigencia las restricciones impuestas en toda Polonia, no engendraba amargura ni tristeza. Los hombres que tienen la valentía de desembarazarse de toda ambición social o material y que gozan del suficiente sentido práctico de lo divino para considerarse capaces del desprendimiento requerido, disfrutaban de una variedad gozosa de libertad, desconocida para el mundo. Cuando el trapense, expropiado de sí mismo, mal alimentado de verduras cocidas, alza su capucha al pasar a nuestro lado, entre el trabajo y el servicio divino, lo hace mostrando una sonrisa. En Kolbe no aparecía ese humor sombrío que se atribuye con frecuencia a los buscadores de lo infinito. Solía contar a sus compañeros anécdotas de Varsovia, donde los polacos se divertían con los chistes de los fracasos de su historia. En las noches estrelladas del buen tiempo les describía la bóveda celeste o los fascinaba con cualquier relato científico surgido de su infatigable imaginación; les decía, por ejemplo, que en el universo existían unos recuerdos que, gracias a la creciente exactitud de nuestros instrumentos de investigación, llegaríamos un día a poder hojear como un libro de historia; de este modo conseguiríamos ver a Cristo tal y como fue a Su paso por la tierra.

Pero lo que atraía a la juventud no eran sus dotes de novelista de ciencia-ficción: era su fe, el espacio ilimitado en el

que se desenvolvía su inteligencia, ese aire que sólo se respira en la oración y en el estilo directo de su apostolado. Y es que no se parecía en nada a esos teólogos nuevos que periódicamente hacen ofrenda de sus dudas doctrinales a los cristianos. La religión es la respuesta a la triple pregunta del cuadro de Gauguin: «¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?». Kolbe, con la Iglesia, respondía que somos hijos de Dios, que hemos estado a punto de perder su amor creador por culpa del pecado y que volvemos a Él a través de Cristo y de María. Los jóvenes frailes de Cracovia no se privaban de burlarse de su compañero, más o menos cariñosamente. Lo consideraban de una ingenuidad absurda, sus obras insignificantes y su *Caballero* demasiado cercano a Don Quijote para ocupar un lugar en los grandes debates del mundo moderno, que giran en torno a la nada como esos poderosos embudos del cielo llamados «agujeros negros». Tenían la vista fija en la *intelligentsia*, inaccesible por definición, encerrada a cal y canto en la torre de sus negativas; negativas a admirar, a creer, a adorar, tras las barbacanas de la duda, al abrigo de los tonsurados. ¿Cómo conmover a unas mentes siempre dispuestas a negar la razón cuando ésta se muestra demasiado apremiante y necesitadas de negarse a sí mismas para sustraerse a su propia lógica? Mientras los jóvenes frailes de Cracovia pensaban en el pensamiento, Kolbe pensaba en las almas que el inmenso reflujo del cristianismo condenaba a la aridez y al abandono. Se lanzaba hacia ellas como el que se tira al agua para salvar a su prójimo sin preocuparse por brillar.

Parece ser que fue mejor comprendido en Grodno que en Cracovia. En todo caso, no sufre las burlas ajenas y cuenta con el apoyo del superior durante el poco tiempo que le queda de vida. Sin embargo, algunos frailes mayores no valoran su actividad apostólica y se preguntan, más o menos audiblemente, si es oportuno albergar a un tuberculoso. Pero su enfermedad sólo es peligrosa para él. En 1926 sufre una recaída que preocupa a todo el mundo, excepto a Kolbe, y el provincial de los franciscanos lo devuelve a Zakopane. Allí se dirige, en un acto de pura obediencia, «avergonzado de marcharse a descansar», dice, «mientras los otros

corren desafortadamente». En las cartas a su hermano Joseph, designado por el provincial para sustituirle en Grodno —y que ha tenido que vencer su timidez para aceptar un puesto que, injustificadamente, cree por encima de sus posibilidades —, habla de la milicia, de su *Caballero*, de plegadoras automáticas, de tipografía. Y también de los frailes que querrían detener el desarrollo de su empresa so pretexto de rentabilidad, lo que provoca en él una especie de cólera santa: ¿por qué preocuparse de la rentabilidad cuando el mundo se ahoga? Habla de su hermano Francesco, que no está a gusto en el convento, que no está a gusto fuera de él y de quien espera una buena confesión, que no llegará; de San Antonio de Padua, que envía unos zlotys al beato Cotolengo; de otras mil cosas. Pero de su salud sólo unas breves alusiones: «La fiebre me impide escribirte más extensamente» o «He engordado, tengo un buen color sonrosado, aunque continúa la fiebre (...»); o también: «La Inmaculada hará lo que quiera; yo, mi salud, mi enfermedad, todo es suyo, está a su entera disposición». En cuarenta o cincuenta cartas, una única mención del clima. El sol de Zakopane no se comporta con ejemplar asiduidad y la altura sólo permite ver las nubes más cerca.

Después de un año de tratamiento a razón de cinco horas diarias de «terraza», es decir, de exposición a las nubes, está curado, o considerado como tal, y vuelve a Grodno vía Czestochowa.

El abogado del diablo no encuentra, en esta etapa de la vida de Kolbe, nada aprovechable en los testimonios, todos favorables, ni en los informes de la encuesta, que apenas aportan datos.

14.

LA ESTATUITA

Como consecuencia de las sucesivas anexiones, semejantes a veces a golpes de mano, el convento se quedó pequeño para el equipo de Kolbe. Había que comprar unos locales, lo que no entraba en las posibilidades del beato Cottolengo, o un terreno para barracones, preferentemente en una zona más adecuada para la difusión del periódico. La oportunidad surgió en los alrededores de Varsovia, junto a la finca del conde Lubecki. María Winowska, en la obra citada, nos cuenta las delicadas peripecias de la adquisición. Kolbe acudió al lugar con una estatuita de la Virgen María entre los brazos. Juzgándolo apropiado, colocó allí la estatua, invitando mentalmente a la interesada a tomar posesión. Después se dirigió a casa del administrador, quien fijó un precio. Demasiado elevado para la caja de cartón. Desgraciadamente, también lo era para la Orden, que no se encontraba en fondos. El provincial se lo hizo saber a Kolbe, quien, sin mostrar la menor decepción, ya que todas las cosas son fruto de la voluntad divina, solicitó al día siguiente o al otro una entrevista con el conde para manifestarle su pesar por no poder resolver el asunto que había iniciado con su administrador.

Fue entonces cuando, al despedir a su visitante, el conde Lubecki, movido por una inspiración fatal, formuló una imprudente pregunta:

—¿Qué hago con la estatua?

—Déjala donde está —dijo Kolbe.

Era lo que en el bridge se llama «squeeze» o en el ajedrez «zugzwang»: una de esas situaciones de las que no se sale sin perder inmediatamente la partida. En efecto, expulsar a la Virgen es una idea intolerable para el corazón de un polaco. Pero ¿cómo dejarla en su sitio, según pidió Kolbe, sin recordar al pasar ante ella que un día se había negado a alojarla? Era tanto como condenarse a no volver a rezar el Ave-maría en toda su vida. El conde Lubecki tomó la decisión que le dictaban al unísono su piedad, su razón y su generosidad: cedió el terreno por una suma insignificante.

El lugar llevará desde entonces el nombre de Niepokalanow, la «Ciudad de María». En él no crecían más que algunas zanahorias. Se las comieron mientras montaban unos barracones ligeros («las construcciones pesadas destruyen la inspiración», decía Kolbe), uno para la maquinaria y los otros para la redacción, la administración, la vida conventual y la estatua que había comprado el solar. Los campesinos de los alrededores ayudaban voluntariamente a aquellos trabajadores, cuyo valor y frugalidad les asombraban, y, en la medida de sus escasos medios, suavizaban un poco la penuria de la comunidad, reducida frecuentemente al pan y al agua.

No existen cartas de Kolbe que relaten los comienzos de la «Ciudad de María». No escribe apenas más que a los postulantes para darles determinadas indicaciones sobre su equipamiento y sobre la situación del convento, a cierta distancia de la estación, cerca de la casa natal de Chopin y sin un campanario que sirva de referencia. La carta más interesante es la dirigida al provincial de Lwow, en la que Kolbe explica el fracaso de dos candidatos a la vida religiosa: «aquel que tiene tan buena letra» y «el que sabe bordar», que llegaron a Niepokalanow deseosos de vivir una vida conventual normal y que no han sido capaces de entender que en las cabañas de planchas tendrían que llevar una existencia «algo heroica, aunque sea poco»; donde no se trata de vivir como buenos frailes, sino de conquistar para la Inmaculada «un alma tras otra, un puesto avanzado tras otro, de enarbolar su estandarte por encima de los diarios, de las revistas, de las agencias de prensa, las antenas radiofónicas, las

NO OLVIDÉIS EL AMOR

instituciones, teatros, cines, parlamentos, senados; en resumen, sobre toda la tierra, cuidando además de que no nos lo arrebate una mano ajena». Entonces se da cuenta del efecto que sus argumentos pueden ejercer sobre un provincial que no tiene «toda la tierra» a su disposición: «Quizá estoy exagerando un poco», dice. Aunque inmediatamente añade que hay que exagerar si no se quiere caer en la mediocridad. Nos parece leer, antes de tiempo, el slogan de mayo del 68: «Sed realistas, pedid lo imposible».

Estos barracones recubiertos de cartón asfaltado son, en su ola de terreno, como una flotilla de arcas de Noé en las que embarcan precipitadamente, en lugar de especies, valores morales amenazados por las aguas conjuntas de un triple diluvio ideológico, racista y totalitario. La tripulación de Niepokalonow soltará sobre el cielo polaco, como si se tratara de palomas, miles y miles de pájaros de papel, los innumerables ejemplares de sus publicaciones, recogidos al paso y vueltos a poner en circulación por los doscientos mil afiliados a esta «milicia mariana» en la que nadie creyó, ni siquiera, excepto Kolbe, sus fundadores. Las instalaciones se modernizan, los barracones se amplían, la capilla se agranda. En 1930 un centenar de religiosos o de candidatos a la vida religiosa lleva esa existencia «algo heroica, aunque sea poco» de la que Kolbe hablaba a su provincial. Algunos perseveran; otros se marchan o huyen; pero, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, son más de setecientos. No sé si la abadía de Cluny en su esplendor medieval llegó a contar con igual número de monjes. Todo ello fue emprendido sin medios; sin esos «estudios de mercado» que hoy se emplean para cualquier cosa, comprendida la religión; sin colectas previas. Un solo bagage: la fe. No se preguntaba sobre el mundo, no se molestaba en asombrarle con alguna novedad doctrinal envuelta en uno de esos discursos pomposos que, bajo pretexto de llegar al fondo, hunden en él al lector. Por otra parte, hubiera tenido grandes dificultades para hacerlo: los testigos del proceso nos dieron a entender que carecía de elocuencia y que se desconcertaba con facilidad ante un público reticente o ávido de frases bellas, que nunca lle-

ANDRÉ FROSSARD

gaban. Pero, cuando por fin podía hablar del tema que le interesaba, es decir, de María y del Amor que la había elegido aun antes de que Ella viniera para alumbrar el Evangelio, entonces sus intrigados oyentes sufrían una extraña influencia y poco a poco escuchaban menos sus palabras y contemplaban más su rostro resplandeciente.

15.

EL PERIPLO

La «Ciudad de María» crecía por momentos y Kolbe, que ya se había provisto de una antena de radio, pensaba en dotarla con un aeropuerto. Sin embargo, no perdía de vista este mundo donde tenía que hincar los estandartes de su fe; el Oriente le atraía, como a muchos de los grandes espíritus fascinados por esas tierras y esas poblaciones desconocidas antes de ser irreconocibles y que parecen oponer al cristianismo el rechazo liso y redondeado de la porcelana. O simplemente quizá porque en un tren había coincidido con cuatro estudiantes japoneses que, a cambio de sus inevitables medallas milagrosas, le habían regalado cuatro elefantes de la suerte cuyas enormes orejas le parecieron sin duda ávidas de escuchar el mensaje cristiano. En todo caso, dio motivo a un diálogo, que no puede ser más kolbiano, con el provincial de la Orden:

—¿Habla usted japonés?

—No.

—¿Tiene dinero?

—No.

—¿Qué piensa hacer?

—Me dirigiré a mis protectores habituales.

Se trataba, por supuesto, además de la Inmaculada, de los santos acostumbrados de la caja y de la casa: el beato Cottolengo y Teresa del Niño Jesús.

Los artificieros de la NASA, cuando apuntan a la Luna, disparan en sentido contrario. Lo mismo que el polaco que,

apuntando al Japón y no pudiendo atravesar Rusia, tenía que llegar al Este cruzando el Oeste. A partir de enero de 1930 Kolbe viaja mucho y envía a la comunidad de Niepokalanow gran cantidad de detalles sobre sus desplazamientos. «Charlo, charlo», les dice. Es un modo de hacer acto de presencia entre los suyos. En Varsovia hace la ronda de los consulados. Antes de la guerra de 1914 se podía circular por toda Europa, excepto Rusia, con una simple tarjeta de visita; pero, después de la guerra, comenzaron a exigir pasaportes y visados en todas partes, como si los países rectificadas o inventados por la diplomacia quisieran asegurar de ese modo sus fronteras, mientras los demás insistían en señalar la perennidad de las propias. Según dice, su conocimiento del idioma le supuso una acogida idílica en el consulado de Italia. El checo es nuevo, como toda Checoslovaquia, y el visado se compra en una ventanilla con la misma facilidad que un sello. El consulado de Francia, ¡vaya por Dios!, es tan suntuoso como descuidado, con columnas de mármol y cortinas deshilachadas, las arañas sin brazos y el visado más caro de Europa, mientras que resulta casi gratuito en los de Alemania y Austria. En las notas que emborriona en trenes y estaciones se reprocha lo que llama sus cacareos, que le hacen aparecer bajo el aspecto, poco visible hasta ahora, de una persona vivaracha, alegre, completamente liberada tras la donación de sí mismo y que a los treinta y cinco años, en medio de pruebas y de humillaciones —esta palabra aparece con frecuencia en sus cartas —continúa siendo el mismo niño maravillado de la capilla de la aparición.

En el tren de Cracovia se encuentra con un noble polaco que se levanta, saluda, recibe al momento un ejemplar de *El Caballero* y vuelve a sentarse para leer otra cosa. Llegan dos estudiantes con los que Kolbe entabla inmediatamente una discusión metafísica. El noble escucha con atención, pero cuando oye decir que algunos no buscan la verdad por miedo a que, al encontrarla, ésta les cree obligaciones, carga con su maleta y se cambia de compartimento.

Después de Cracovia, donde un padre franciscano le abraza conmovido al enterarse de que piensa publicar *El Caballero* en Oriente, Kolbe, admirado, visita en Viena la casa de los frailes del Verbo, que tienen máquinas tipográficas,

máquinas de offset, máquinas plegadoras, máquinas de lavar, máquinas para amasar el pan, máquinas por todas partes excepto en la iglesia. Toma nota de esta espléndida maquinaria en el tren que lo conduce a Roma vía Orvieto. Debe hacer una serie de gestiones para obtener los permisos y bendiciones necesarios para su misión oriental. En las oficinas romanas de la «Propagación de la fe» unos eficientes jóvenes procedentes de la India, China y Japón le informan sobre sus lejanos países y se ponen de inmediato a traducir *El Caballero* al hindú y al chino. Se propone editarlo camino de Nagasaki, cuyo obispo, nacido japonés, pondría menos trabas a su actividad que cualquier otro obispo de la zona, nacido jesuita. Encuentra demasiado alto el precio del viaje y se marcha a Francia, donde espera conseguirlo en mejores condiciones. Primera etapa: Asís; desde la ciudad de San Francisco dirige a un hermano de Friburgo una carta cuya postdata asombra a todo el que conoce el final de su historia: «Dime si aún perseveras en tu propósito de dedicarte a la Inmaculada, si deseas realmente consagrarle tu vida, consumirte y estar dispuesto a acabar tu propia existencia *por el hambre*, exponiéndote por Ella a las privaciones y al riesgo de una muerte prematura...».

El itinerario de Kolbe obedece a una lógica insensible a las ventajas de la línea recta. En Marsella negocia hábilmente su pasaje en el *Angers*: comerá en tercera clase y dormirá en segunda. Como el barco no zarpa todavía, se va a Lourdes. La basílica le parece graciosa, pero, como obra de la mano del hombre, la considera menos hermosa que la gruta, «donde la oración no se interrumpe jamás». Y, además, una gruta siempre tiene algo de Belén. Comienza a dejarse crecer la barba para crear una buena impresión en Oriente. En Lisieux, que (según él) está a dos pasos, visita los Buissonnets, la casa de Teresa del Niño Jesús. Entre los objetos personales de la joven descubre un ajedrez: ahora se reprocha menos su afición a este juego. Desde Lisieux vuelve a Roma, vía París, Alemania, Niepokalanow y Viena; es de suponer que en aquella época la línea recta pasaba por allí. Después de conseguir los visados chinos, dice Misa «en la iglesia donde la Virgen María se apareció a Ratisbonne»; re-

cibe cien dólares de manos del Reverendísimo Padre General de los Franciscanos, que lamenta no poder entregarle un millón, y se vuelve a Marsella. Por fin, el 6 de marzo de 1930, sube al *Angers* en compañía de cuatro hermanos de la Orden y escribe a su madre anunciándole su partida. La amable naviera que le aloja en segunda con billete de tercera manda abrir por las mañanas el salón de música de primera para que diga Misa. Ha terminado la lucha de clases: el barco es suyo.

Va sembrando de tarjetas postales las escalas, como Pulgarcito los guijarros.

Al Padre Provincial: «Algo mareado, pero todo va bien. Comemos cuatro veces al día».

De nuevo: «He hablado de *El Caballero* con el obispo de Port-Saïd. Me ha rogado que a la vuelta me detenga aquí».

A su hermano Joseph, tímido alcalde interino de Niepokalanow: «Los hermanos (que lo acompañan) escriben tanto que me ahorran tener que darte más detalles».

A su madre: «Aún faltan treinta días de viaje. Pide por mí».

A la comunidad de Niepokalanow: «Desde el navío *Angers*, mar Rojo, cerca de Djibuti: recordadnos en la Misa».

Al provincial: «El obispo de Singapur pide veinte ejemplares de *El Caballero* en chino. Yo echaré esta carta al correo en Hong Kong; de allí, cruzará Siberia. El obispo de Saigón no se opone a que nos establezcamos en su diócesis». Al mismo: «Mañana Hong Kong. Debe haber piratas en alta mar, porque viajan con nosotros soldados franceses». Postdata: «Salimos de la zona tórrida y comenzamos a respirar con mayor libertad que en el trópico, donde lo único que se hace es beber y sudar». A Joseph: «Podremos distribuir *El Caballero* en Hong Kong, pero no imprimirlo». Al provincial: «Shangai: surgen dificultades para la edición china de *El Caballero*. Todo está a punto, únicamente a falta del permiso, lo que confirma lo que yo presentía en Niepokalanow, es decir, que la mayoría de los problemas procederían de los misioneros europeos». Al Reverendo Padre General de la Orden: «Shangai. Como me figuraba, hay grandes dificultades relacionadas con el periódico; no por parte de los 'pa-

ganos', sino de los misioneros europeos, cuyas órdenes y congregaciones han dividido China en territorios donde sólo tienen derecho a ejercer unos u otros. Nos queda el Shensi, pero carece de posibilidades de transporte fluvial o por ferrocarril».

Estudia el procedimiento de imprimir *El Caballero* chino en el Japón para enviarlo a China: «El obispo de Shangai nos permite gustoso que abramos una 'sucursal' (una simple oficina), pero exige que siempre haya allí un sacerdote». Kolbe se queja por tercera o cuarta vez de las fortalezas feudales misioneras en sus pequeñas murallas chinas y, tras dejar a dos frailes en Shangai, reembarca con los otros dos rumbo al Japón.

16.

«MARÍA SIN PECADO»

Lo primero que despierta su atención en Nagasaki es una estatua de la Inmaculada Concepción frente a la catedral. El obispo nacido japonés había insinuado que recibiría encantado los refuerzos para apacentar su rebaño cristiano entre los cerezos en flor, pero está ausente y el vicario general acoge con frialdad al recién llegado. Los franciscanos periodistas no parecen interesarle. Cambia de actitud cuando se entera de que su interlocutor ha estudiado en el Colegio Seráfico de Roma y que allí mismo dio clases de filosofía. Monseñor, que buscaba desesperadamente un profesor para enseñar esta materia en el seminario diocesano, se sentirá dichoso de haberlo encontrado. Kolbe no tanto, pero la Inmaculada lo ha dispuesto así. Enseguida comprende todo el partido que puede sacar de la situación. Él dará las clases y Monseñor le concederá todas las facilidades para su instalación; una «nueva Niepokalanow» para *El Caballero*, la distribución de la revista en China. Es tal el interés que siente Monseñor por la filosofía que Kolbe, en efecto, obtiene todo ello.

Sin embargo, los comienzos son aún más duros que en Polonia. El deteriorado local cedido a Kolbe y a sus dos compañeros —después se les unirán otros— opone sólo una resistencia parcial a la intemperie. Duermen en el suelo; la lluvia cae en la cacerola; comen sentados en bancos o en cajas una comida que no resiste el estómago de Kolbe («En el oficio de misionero», dirá, «la comida es un problema»); y, esperando conquistar el mundo, los invaden los mosquitos («Por las no-

ches a uno sólo le queda protegerse tapándose con las sábanas, pero te puedes morir de calor»). El pobre padre está enfermo. Al dolor de cabeza y a la fiebre habitual se añaden ahora unos abscesos que brotan en todo su cuerpo. Camina con dificultad, dice la Misa apoyado en sus hermanos y sobre un solo pie y en una ocasión lo recogen, exánime, en la carretera. Ni una alusión en sus cartas a todos estos sufrimientos y contrariedades. Sólo piensa en el minúsculo rebaño de cristianos del Japón, 50.000 en Nagasaki, menos de 100.000 en un total de 80.000.000 de habitantes que viven con el recuerdo de los miles de mártires crucificados en su país en el siglo XVII. Deja volar la imaginación: ve a su *Caballero*, equipado en Nagasaki, saltar sobre el mar, atravesar China, conquistar la India, aparecer en Oriente Medio hablando unas veces en árabe, otras en hebreo, hasta llegar finalmente a miles de millones de lectores, de amigos, de simpatizantes. La mitad de la población del planeta.

En sólo un mes, día tras día, los misioneros, que no conocen la lengua japonesa, sacan el primer número de la revista en el idioma del país. Con una diferencia: la palabra Inmaculada es, al parecer, intraducible al japonés, de modo que *El Caballero de la Inmaculada* será ahora *El Caballero de María sin pecado*.

El 24 de mayo de 1930 envía la siguiente exultación telegráfica a la comunidad de Niepokalanow: «Hoy publicamos *El Caballero japonés*. Tenemos una imprenta. Gloria a la Inmaculada».

Tal es la potencia mágica de esta raza de fundadores. Abandonadlos en el desierto solamente con su ropa, sin mapa, sin brújula, sin herramientas, y veréis a la arena ponerse en movimiento para construir una catedral a su alrededor.

Distribuyen por las calles los diez mil primeros ejemplares de *El Caballero japonés*, respetando la costumbre local, que exige obtener la aquiescencia del viandante por medio de una inclinación de noventa grados antes de entregarle el folleto. Los textos, redactados en latín o en italiano, han sido traducidos por los empleados de Monseñor con la ayuda de un metodista de buena voluntad que María sin pecado terminará por atraer a su causa. La máquina oxidada da tanto queha-

cer a los hermanos impresores como la de Grodno y expende los mismos artículos que en Polonia, con las mínimas variaciones (como la del título). La fórmula es invariable; el éxito idéntico. Cuando se toca una fibra íntima de la naturaleza humana, la vibración es la misma en todas partes.

Las manifestaciones de incompreensión o de hostilidad, que se habían atenuado durante el exilio de Grodno, reaparecen con mayor dureza. Llueven los reproches a Kolbe por la escasa calidad intelectual y literaria de la revista. Se dice que ignora la cultura japonesa; él no cree que la cultura vaya tan lejos o penetre en los corazones tan profundamente como la religión y se inspira constantemente en la frase de Cristo: «Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y las has revelado a los pequeños y a los humildes». Denuncian una vez más el «sentimentalismo» de su devoción mariana y el hecho de que se dirija cariñosamente a la Virgen con el apelativo de «mamaíta»; uno de sus más íntimos y antiguos compañeros se burla de esta costumbre en un artículo salvajemente titulado: «¿Dios Padre, papi? ¿La Virgen María, mami?». Kolbe sufre a causa de esta crueldad.

Durante el proceso el abogado del diablo endurece la acusación con cargos teológicos. El inculpado habló en una ocasión del dogma de María medianera y no era un dogma, por lo menos en aquella época; al escribir «La vida a cada instante, la muerte dónde, cuándo y cómo, mi eternidad, todo es tuyo, oh Virgen Inmaculada, haz de mí lo que quieras» redacta un programa Mario-céntrico más que Cristo-céntrico. En cualquier caso, no es un programa egocéntrico.

Si en el temperamento de Kolbe entra el sentimiento, porque no podemos imaginar un amor en donde éste falte, no lo hay en su mente, que navega a años luz de sus detractores. El dogma de la Inmaculada Concepción, que parece implicar una extraña anterioridad de la Virgen María a sí misma, se sitúa en pleno centro de la Santísima Trinidad. Es un misterio deslumbrante que ejerce un efecto sideral sobre la inteligencia que osa afrontarlo y Kolbe es lo bastante osado para ello. Es una devoción fuerte como la misma María. La jovencísima persona que canta el *Magnificat* en su visita a su prima Isabel: «Mi alma glorifica al Señor, mi espíritu se alegra en Dios

mi Salvador (...). Ha contemplado la humildad de su esclava y ha hecho en Mí obras grandes», es evidentemente una potencia de la tierra y de los cielos; todos los que se acercan a ella reciben parte de su luz. Los demás los observan y, como no ven más que las estatuas ante las que rezan los devotos, los consideran unos espíritus pobres.

Sin embargo, para Kolbe no eran estas escaramuzas lo más grave, sino las minucias administrativas de un nuncio apostólico que siempre exigía un nuevo sello para reconocer la validez de un documento, o las recriminaciones de los franciscanos canadienses, irritados por el asentamiento de los nuevos misioneros en su zona; la obra de Kolbe peligraba y en las altas esferas se hablaba de acabar con ella. Repite el viaje en sentido contrario para defender su causa ante el Capítulo General de la Orden. Esta vez Siberia entreabre sus puertas para dejarle pasar y llega a Polonia a primeros de julio de 1930. En el Capítulo General celebrado en Lwow se encuentra entre amigos, pero defiende su causa con una elocuencia desacostumbrada, empezando por recordarles que los franceses han tenido mártires en Japón y que deben continuar su apostolado; que la comunidad cristiana de Nagasaki es la más numerosa de todo el país; que cuenta con el apoyo del obispo Monseñor Hayasaka; que *El Caballero de la Virgen sin pecado* ha sido recibido con simpatía; que la tirada aumenta de un número al siguiente; que lo indicado es no sólo continuar con la publicación, sino fundar una Niepokalanow japonesa en honor de la Inmaculada y para la conversión de los «paganos». Después guarda silencio y, mientras se discute el caso en su presencia, con mayor o menor benevolencia, va desgranando discretamente las cuentas de un rosario tras otro. Y triunfa su argumentación, a menos que lo hagan las Avemarías. Le confirman en su misión con las bendiciones jurídicas requeridas.

Durante este episodio escribe muy poco. Un telegrama a su hermano, el «guardián» de Niepokalanow: «El Japón está en peligro — Rezas». A su madre, para que no espere verlo de momento. Una carta al provincial en la que indica, como incidentalmente, que la casa religiosa para cuya fundación ha pedido el permiso ya existe virtualmente: es un terreno «que incluye hasta un huerto», cuya adquisición le ha desaconseja-

do todo el mundo. Pero es tan poco interesante que resulta barato. A pesar de los consejos en contra, termina por comprarlo. Con motivo del bombardeo de Nagasaki en 1945, la onda de choque, de llamas y de terror de la bomba atómica se extinguirá ante las puertas del convento, que se abren a los huérfanos de la ciudad.

Con estos refuerzos se vuelve al Japón por el mismo camino, cruzando Siberia y Corea. Llevan consigo algunas provisiones y en las estaciones se preparan té. Kolbe salió de Niepokalanow de noche, precipitadamente —la ocasión de un tren o un tren de ocasión— y, cuando entró a despedirse de su hermano, Joseph estaba dormido: «No quise despertarte», le escribe en la primera parada, «porque me daba pena hacerlo; pero te contemplé a gusto (...)». No volverá a verlo. Poco tiempo después de su retorno a Nagasaki, recibe, como un escopetazo, este telegrama: «Joseph ha muerto como un santo. Todo sigue su ritmo». Dejó a su hermano en perfectas condiciones y ahora le dicen, sin transición, que ya no existe. El telegrama no explica que Joseph ha muerto en dos días a causa de un ataque agudo de apendicitis, diagnosticado demasiado tarde; la única prueba de consideración que le manifiestan es, paradójicamente, ese «todo sigue su ritmo», un insólito consuelo destinado a tranquilizar a Kolbe sobre su obra. Ese dulce hermano pequeño, que tanto dudó en lanzarse tras los pasos de su terrible hermano mayor hacia los abismos celestiales de la cosmogonía mariana, había terminado a su vez por dejarse conquistar y arrastrar y había muerto en mitad de una novena a la Inmaculada Concepción. Kolbe recibió la noticia en la víspera de esta gran fiesta: a pesar del funeral, dice la Misa por Joseph revestido de ornamentos blancos. «He recibido el telegrama», escribe en respuesta. «Sin embargo, después de la primera impresión, me he sentido consolado, porque ese telegrama salió la víspera de la Inmaculada Concepción (...). ¿Llegasteis a celebrar el funeral el mismo día de la fiesta? Entonces, ¿por qué entristecerse? Es evidente que la Inmaculada lo llamó a su lado (...). La noticia me llegó el 7, después de la Misa. A la mañana siguiente, 8 de diciembre, el día de la fiesta, celebré, pues, por el alma de Joseph, revestido de blanco; no podía ser de otro modo». La carta se prolonga has-

ta tal punto que en dos ocasiones Kolbe se acusa a sí mismo de hablar «a tontas y a locas». Es la volubilidad que sigue a las grandes conmociones tras el primer momento de estupor. Herido por un rayo, Kolbe gira como una peonza, roza todos los temas de sus preocupaciones habituales, recuerda que «la santa pobreza, caja sin fondo de la Divina Providencia» hace al franciscano más rico que todo el poderío financiero, aunque de todos modos pide un balance de las cuentas de Niepokalanow y toca una vez más el clarín de conquista de almas antes de volver sobre su hermano: «Deseo ardientemente conocer los detalles... ¿Me los enviaréis?». Escribe a su madre una semana después, a no ser que se haya perdido una carta, lo que no parece el caso. «Y así es (...). La Inmaculada se ha llevado a Joseph a su lado (...). Gloria a Ella por todo. Me imagino que los funerales se celebraron el mismo día de la Inmaculada Concepción. Sigo esperando los detalles; hasta ahora sólo he recibido un telegrama...».

En la correspondencia posterior vuelve a hablar de un viaje transiberiano que no le ha dejado más que recuerdos prácticos: en la zona «bolchevique» hay que viajar en grupos de cuatro, porque los compartimentos son de esas plazas. Si sólo van tres puede ocurrir que en cualquier momento del día o de la noche entre uno más y moleste a los otros. Con dos, o con uno solo, es aún peor: durante el viaje a Polonia el comportamiento de unos recién casados, dice, le obligó a salirse al pasillo, donde permaneció hasta llegar a su destino. Cuando viajan los cuatro pueden cerrar la puerta, rezar, meditar, llevar durante los ocho días de la travesía (la estepa) la vida de una pequeña comunidad religiosa sobre ruedas: es lo ideal. Envía al padre provincial de Lwow noticias de los «paganos» (los japoneses; según la Biblia, «gentiles»), que acogen amablemente su diario, del cual han hablado en un artículo de cuatro páginas con grandes elogios y pequeños caracteres; recibe una carta de la «fortaleza budista» de la isla de Sikok con un majestuoso encabezamiento solicitando suscribirse a su revista.

El profesor japonés y protestante, que traduce del italiano los números de *El Caballero de María sin pecado*, a fuerza de traducir, se traduce a sí mismo a católico. Un médico, profe-

sor en la Universidad de Nagasaki, visita a Kolbe «para mantener una conversación en alemán». La conversación gira en torno al catecismo; el médico se encuentra a gusto: hacía tiempo que lamentaba su falta de información sobre el catolicismo. Dos jóvenes «paganos», ayudantes de los frailes en la imprenta, reciben instrucción doctrinal y piden el bautismo: sólo ha sido fruto de la plegaria, dice Kolbe.

Vuelve a referirse a su hermano Joseph: «Allí hará más y mejor que en la tierra para extender la devoción a la Inmaculada». Gloria a Ella. Es la fe.

Místico y, por lo tanto, hipersensible, atraviesa por momentos muy duros. En un tono que le es propio, hace suya la queja de San Pablo: «No hago el bien que amo, sino el mal que no amo». No hace ningún mal, pero a sus ojos el bien que sí hace no es puro y se reprocha amargamente el atribuirse por orgullo lo que solamente es obra de la Inmaculada. Hay que hacer constar que el orgullo brota en los místicos en cuanto pierden la clara conciencia de su nada, interrumpiéndose en ellos el canto de Catalina de Siena: «Tú eres la sabiduría, yo la locura; Tú eres la belleza, yo sólo soy una sórdida criatura; Tú eres la vida, yo soy la muerte; Tú eres El que es, yo soy la que no es». Igual que, como acabamos de ver, «la pobreza es la caja sin fondo de la Divina Providencia», la nada de los místicos es su inagotable riqueza, el reino sin límites de la generosidad de Dios, donde para ellos, como para el cura de aldea de Bernanos, la gracia lo es todo: el orgullo radica en olvidarlo, aunque sólo sea un momento. Pero la debilidad humana acude algunas veces en ayuda de la humildad: «¡Cuántas veces», exclama Kolbe en una carta a su provincial, «me ha parecido que no me quedaba fe, ni esperanza, ni tampoco amor! (...). Entonces siento aversión ante las preocupaciones, las dificultades, el dolor, y aspiro a una tranquilidad perezosa e inactiva», que, por supuesto, no conocerá jamás.

En algunas ocasiones las brumas de la depresión enturbian su cielo. Llega a llorar cuando sus intenciones son mal interpretadas o cuando ve su obra amenazada, como ocurrió en el último Capítulo General de la Orden. El abogado del diablo considera esas lágrimas incompatibles con el ejercicio gozoso de las virtudes heroicas. Tras apuntar que Kolbe se ha-

bía mostrado «triste y desanimado» en algunas circunstancias, especialmente cuando se pretendía poner fin a su misión, manifiesta: «Cuando sus superiores no comparten sus puntos de vista, el siervo de Dios se desmorona, prueba de su fragilidad en la práctica de las virtudes de fortaleza y de esperanza». Prueba también de que los santos se hacen con hombres.

Místico y, por lo tanto, realista, presta suma atención a los detalles de la vida cotidiana. Cuando los padres (los religiosos que dicen Misa) y los hermanos (los que no la dicen) se disponen a salir de Polonia para reunirse con él en Nagasaki, redacta un pequeño manual del viajero transiberiano, explicándoles que deben proveerse de «una tetera grande para el agua caliente, que se puede conseguir gratis en casi todas las estaciones de un grifo situado en el exterior bajo este rótulo (en caracteres rusos): *kipiatok*, de una tetera pequeña para preparar el té; y de un paquete, que dure nueve días, y abierto para no pagar aduanas; azúcar, tazas y cucharas a fin evitar el vagón restaurante, donde hay que pagar grandes sumas para calentarse el estómago». En Manchuria el revisor se encarga del *kipiatok*; cobra al final del viaje. En Japón, nada de agua fría; hay que pedir leche a los jóvenes camareros que gritan «*giuniu*» (leche) en el andén. Se vuelve a encontrar agua en el barco del archipiélago japonés. «Es conveniente coger sitio en un banco del puente, porque dentro, en tercera clase, no se puede resistir (el calor)». Llevar una manta para acostarse encima, lo que evita el costoso alquiler de una litera, y un abrigo para taparse por la noche, «según es costumbre de los misioneros». Al salir de Varsovia, cambiar el hábito religioso por ropa civil; y en el recorrido del Transiberiano evitar darse a conocer, aunque «delante de cualquier autoridad deben presentarse como 'misioneros en tránsito hacia el Japón' (...). Si surgen dificultades, el santo y seña es 'tránsito', que desarma a los aduaneros, quienes ponen el sello en los equipajes e incluso en los eventuales paquetes con ornamentos sacerdotales; así no les abren ni los unos ni los otros durante la travesía por territorio soviético; de todos modos, como se han declarado 'misioneros', pueden conservar en un maletín sin sellar su sotana, un rosario, un crucifijo y un libro de oraciones».

Todo ello acompañado de planos y de croquis de una estación, de un compartimento cuyos asientos se levantan como la tapa de un baúl de equipajes, de la piececita de hierro que conviene retirar de la puerta para no ser molestados por la noche. Kolbe lleva la minuciosidad hasta recomendar a sus hermanos que se levanten antes que los demás pasajeros para no tener que aguantarse delante de los lavabos. Los místicos tienen los pies en la tierra.

Hay que advertir que, en aquella época, hacia 1930, Rusia no se había convertido aún en un secreto; aún no había caído la cortina de hierro sobre su interminable frontera. Se podía entrar y salir sin demasiadas complicaciones. Es poco probable que hoy la palabra «tránsito» surta el mismo efecto mágico sobre los aduaneros y que renuncien a investigar el interior de una maleta que se les presente para sellar.

En Nagasaki el número de padres, hermanos y seminaristas asciende enseguida a setenta y ocho y el periódico de María sin pecado llegará a ser, con una tirada de sesenta y cinco mil ejemplares, el primer periódico católico en un país que no lo es. Durante ese tiempo los hermanos de Kiepokalanow han construido lo que llaman con cierto énfasis unos «rascacielos», destinando el más reciente a albergar la enorme rotativa que un día tirará un millón de ejemplares de *El Caballero*, además de otras diez publicaciones. Sacerdotes y obreros, no sacerdotes-obreros, se fotografían en las plataformas de su monstruo industrial, con la aceitera en la mano, como pájaros posados en un andamio de hierro. Estas imágenes insólitas provocarán, a raíz de su publicación, un ligero malestar en la Orden, ya que algunos no están acostumbrados a las técnicas modernas de comunicación y desconfían de los pájaros que se posan. El contenido de *El Caballero* continúa siendo el mismo: meditaciones (marianas), noticias de las «milicias» locales, crónicas menos atentas a los acontecimientos que a las fiestas del calendario litúrgico, testimonios de gratitud a la Virgen incluidos en un suplemento de pequeño formato en el que se habla al mundo no del mundo, sino del cielo, de la salvación, del dolor y de la esperanza; en resumen, de todo aquello que la prensa no nombra, si lo ha nombrado alguna vez, lo que le hace original a fuer de convencional. Su creciente audiencia pro-

cede justamente de que no trata de extenderse por medio de lo insólito, el escándalo o lo sensacional, sino por la constante connivencia con aquello que forma el fondo poco investigado de la naturaleza humana: la necesidad de creer, de amar y de esperar.

Kolbe sigue dirigiendo Niepokalanow desde el Japón. Escribe extensas cartas a los hermanos; les habla de máquinas, de terrenos, de dinero; les recuerda el principio fundamental de su contabilidad («la Inmaculada, lógicamente, correrá con los gastos de lo que desea»); o les descubre los beneficios de la obediencia sobrenatural y la felicidad del desprendimiento: «Las almas que verdaderamente aman a Dios no pueden vivir sin renunciar de continuo a ellas mismas, a sus deseos, a su inteligencia, a su voluntad, para abrazarse cada vez más al fuego del verdadero amor, que no busca sensaciones dulces, pero que quiere, con la voluntad siempre dispuesta, en todo y para todo cumplir sólo, única y exclusivamente la voluntad de Dios, que descubre con la mirada de la fe y que ama más que a la propia vida». Y de nuevo: «Quien no vigila, quien descuida la lucha hasta en las cosas pequeñas en medio de una oración incesante, pierde poco a poco el resplandor de la luz de la fe; quien no percibe la voluntad de Dios por medio de una obediencia ciega (...) sólo verá en los superiores lo que puedan ver los mismos paganos: hombres más o menos sabios, más o menos despiertos». Vuelve incesantemente sobre el mismo tema. Y, como teme no haber sido lo bastante convincente, termina una de sus exhortaciones con una onomatopeya de pánico: «Si alguno llega a creer (aunque prefiero no pensar en ello) que mis llamadas a la santa obediencia son exageradas... Pero más vale no suponer tal cosa. Brrrr».

Todos estos cantos a la sumisión no impiden que el acusador público reproche a Kolbe su carácter «independiente»: es cierto que la renuncia, llevada a ese punto, crea una especie de autonomía que puede parecer contraria a la regla... sin contar con que muchos de los superiores, más preocupados que halagados por saberse considerados como los únicos intérpretes cualificados del Eterno, pueden sentir la tentación de guardar silencio y de dejar obrar al adepto a la «santa obediencia» que no encuentra a quién obedecer. Y, en medio de

una de esas extensas cartas, aparece por segunda vez, como un solo de violoncello aislado en una composición repentinamente silenciosa, la frase, la corta frase reveladora que ya hemos oído en otra ocasión: la consagración a María debe excluir cualquier reserva, «en una palabra: ser ilimitada; aunque por amor a la Inmaculada hubiera que llegar a morir de hambre y de miseria en una cuneta».

Continúa siendo el joven pudoroso de sus años de seminario, de la época en que las romanas le producían terror. «¡Ah!, otra cosa: en las dos medallas adjuntas, que proceden, según creo, de Polonia, se nota de forma exagerada una pierna a través del vestido. ¡Es una vergüenza! Creo que hay razones para protestar, con objeto de que no se vuelvan a fabricar tales medallas».

No todo el mundo le sigue con el mismo entusiasmo y Kolbe tiene motivos para quejarse de su más próximo colaborador, el padre Metodio, quien, a pesar de ser «un hombre de bien y piadoso», es incapaz de elevarse sobre la rutina conventual. A decir verdad, el padre Metodio ni siquiera intenta poner en su vida esa semilla de heroísmo que es el pan cotidiano de sus hermanos. Se cuida la hermosa barba blanca y manda que pasen a su celda uno de los sillones de mimbre reservados a los huéspedes. Se sienta allí, apoyado en un cojín, mientras que los otros frailes «solamente disponen de unos malos banquillos de madera». Este relativo sibaritismo sorprende, más que indigna, a Kolbe. Al cielo no se llega en sillón; por otra parte, no lo prohíben ni la regla ni las constituciones, y vemos a Kolbe desarmado ante la placidez de ese religioso, poco dispuesto a embarcarse tras un hombre que firma algunas de sus cartas como «el medio-loco de María». Además, ha oído decir que el espíritu franciscano se vivía en todo su rigor entre los capuchinos y entre los frailes menores, las otras dos ramas de la Orden, y no entre los conventuales, con quienes se encuentra él precisamente. Terminan por separarse.

17.

LA INDIA

La empresa Kolbe se encuentra bien; en todo caso, mejor que su fundador. Los médicos japoneses se sienten horrorizados al ver las radiografías de su pulmón. Sufre frecuentes accesos de fiebre, acompañados de unos temblores que agitan todo su cuerpo y por las noches suele escuchar a lo lejos el sordo galope de la jaqueca que se acerca. En un testimonio escrito en japonés y traducido al latín —una de las tres lenguas oficiales de las canonizaciones, con el italiano y el francés—, el primer médico que le examinó en Nagasaki lo describe como una persona dotada de gran sensibilidad, capacidad de reacción y de nervio vivo, aunque controlado. Le aconseja ingresar en un sanatorio, pero él se niega; sabe, según dice, que no tiene cura y prefiere emplear en su trabajo el tiempo que le quede. Sin embargo, escribe a los hermanos de Niepokalanow: «Me asusta el sufrimiento (...). Pero también Jesús tuvo miedo en Getsemaní: este pensamiento me consuela».

A veces se ahoga por la noche, el corazón le late más débilmente y tiene la impresión de que va a terminar en su jergón, asido a la mano de uno de los hermanos y lejos de su Polonia. Cuando el sol de un día nuevo lo despierta y reanima, dice simplemente: «María no me ha llamado aún».

Sin embargo, no le abandona el espíritu de conquista: cualquier medio es bueno para enardecer los corazones: «la letra impresa o transmitida por las ondas de la radio, por la televisión radiofónica (estamos en 1931 y la televisión no es

todavía más que un bebé con pijama de rayas centelleantes), por el cine, etc.», porque «en todas las naciones del mundo tiene que surgir una Niepokalanow que permita a María actuar por cualquier medio, incluidos los más modernos, obligándonos a poner prioritariamente a Su servicio todo tipo de invento técnico». Y como la enfermedad le concede mejorías de un mes o dos, las aprovecha para llevar a cabo su programa. Sale otra vez de viaje.

«Es un sábado del mes de mayo. 'Kyuko', un tren directo, me traslada a la ciudad de Kobe, donde llegaré mañana. ¿Con qué objeto? Conseguir un visado y un billete para... la India. ¿Y para qué voy allí? (...). Hay posibilidades de fundar otra Niepokalanow (...). ¡Qué serenidad produce el nombre de María! Repitémoslo sin cesar desde el fondo de nuestra alma, para que se convierta en la respiración de nuestro corazón». Si lo consigue, tendrá tres Niepokalanow: la primera en Polonia, la segunda en Japón, la tercera en la India. Sin olvidar la cuarta, la del Paraíso, dice, donde están los hermanos difuntos.

Durante la travesía hacia Hong Kong escribe mucho, fechando algunas cartas poéticamente: «en alta mar, tal día»; «a la vista de las montañas chinas de plomo, en medio de las olas del océano». Como siempre, atrae a alguien: «No consigo ordenar mis pensamientos porque un joven pagano que se me unió al comienzo del viaje se ha sentado junto a mí, esperando que acabe de escribir». En Kolbe se da esta constante combinación de proyectos planetarios y de extremada atención al prójimo, sobre todo si es humilde, si es desvalido. El afectuoso joven pagano es un alma que hay que bautizar. Y no falta el agua salada. Para Kolbe el océano no es probablemente más que una inmensa pila de agua bendita.

En la escala de Hong Kong, la sequía. Los habitantes hacen cola ante las fuentes que, a horas imprevistas, dejan caer el agua parsimoniosamente. Kolbe, que también tiene sed, va, con el pecho ardiendo, a decir la Misa en la ciudad y a pedir la lluvia, que cae por fin. Un polaco que pasaba por allí le da unos caramelos que él reparte a los niños. Por la noche sube a una barca china para volver al navío abrasador, donde la lluvia se transforma en vapor de agua. Le han

impresionado las multitudes chinas. «Pedid», dice, «para que no me vuelva un pagano entre tantos paganos». El riesgo no es grande.

Entre Hong Kong y Singapur la preocupación de los pasajeros se reduce a encontrar una corriente de aire. Los niños, ruidosos y traviesos, ocupan el entrepuente con su alboroto y, cuando finalmente caen rendidos, duermen en el suelo unos junto a otros. Cuando Kolbe, levantado como de costumbre antes que nadie, atraviesa esa oscura zona para ir a decir su Misa cotidiana en el salón, tiene que caminar con cuidado, evitando poner el pie encima de una mano o de un rostro. Al amanecer contempla las serpientes de mar, cuyos colores le entusiasman, y un remonte de peces voladores que dejan tras ellos una fila de huevecitos blancos en el puente del navío. Sueña en la Niepokalanow polaca, en la japonesa; y desearía «desgarrar el velo del futuro» para saber cuál será el de la hindú, mientras pasa de la esperanza a la duda y del temor a la confianza, antes de resolver todas estas contradicciones en la fe. No se trata, como he podido leer, de un hombre de «voluntad férrea» y «nervios de acero». Esta metalurgia no forma parte de su composición. Es emotivo, espontáneo, proclive a la angustia. Envía dos cartas a las dos Niepokalanow, la de Polonia y la del Japón, que parecen escritas con papel de calco; tal es su semejanza hasta en el detalle de los términos que emplea. Ambas giran en torno a este cruel pensamiento: «¿Y si se derrumba Niepokalanow?». Esto le conduce a su razonamiento habitual, imparables como un fatalismo, pero un fatalismo apasionado, que no culmina en la indiferencia. Si nuestra obra se hunde, dice, es que María ha decidido terminar con ella y todos nuestros esfuerzos resultarán inútiles; si, por el contrario, desea que nuestra empresa siga adelante, no temamos nada: ni a obstáculos, ni a trabas, «ni a nuestras propias imperfecciones». Su plan triunfará.

En Singapur se concede, por una vez, un rato de turismo y de entretenimiento relajado: «Parece ser que aún hay tigres por aquí; no en la ciudad, evidentemente. Ayer mis bondadosos anfitriones me han llevado a dar una vuelta por

los alrededores; a pesar de todo, no hemos visto a ninguno de esos feroces animales entre las palmeras o los árboles de caucho, ni en la espesura de la vegetación, aquí siempre pujante. Únicamente nos han saludado al pasar los monitos del zoológico».

Constata una vez más que algunos misioneros de la zona se aferran de tal modo a sus dominios que ven llegar molestos a los refuerzos que podrían obligarles a compartirlos. Supone que pasan más tiempo buscando los dólares que necesitan que a las almas que los necesitan a ellos. Y leva anclas.

De nuevo en el mar; flotan sus pensamientos. A lo largo de Malaca, «de la que vislumbra en el horizonte bien las sombras montañas, bien las franjas de terreno al ras del oleaje», escribe a su provincial preguntándose la razón: «¿Por qué este charloteo desprovisto de sentido y de conclusiones? (...). Ni sé lo que me espera, ni cómo voy a hacer lo que tengo que hacer; a veces me gustaría poderlo adivinar». Pero el provincial le ha insistido en «emborronar sin temor» y emborrona en espera de desembarcar en Ernakulam, costa occidental de la India. Se queda cinco días y al sexto envía a sus hermanos polacos el siguiente telegrama: «Informad al padre provincial: Amalam, la Niepokalanow hindú, está fundada. Gloria a la Inmaculada. Maximilien».

¿Cómo pudo, en menos de una semana, crear o, en todo caso, obtener los medios para montar una casa religiosa a miles de kilómetros de sus bases y en un país desconocido? Lo cuenta, durante el viaje de regreso, en una extensa carta al provincial, que aprecia sus emborronamientos.

Antes de llegar a la India conoció en el barco a un joven sacerdote de rito católico sirio; éste, al desembarcar, lo condujo hasta su arzobispo, quien ofrece a Kolbe una generosa hospitalidad, pero no le anima en sus proyectos: ya hay un grupo de sacerdotes seculares que tienen imprenta y publican sus revistas. Kolbe se pasa el primer día estudiando sus métodos y el campo de batalla. Se entera de que el arzobispo no es autóctono, sino español, lo que le retrae un poco, y carmelita, lo que decide el resto: un arzobispo de origen ex-

tranjero tendría que comprender mejor a un extranjero; no es seguro que un carmelita español entienda a un fraile polaco formado en Roma.

Al día siguiente, los colaboradores del arzobispo, a quienes Kolbe consulta acerca de las posibilidades que tiene de convencer a Monseñor, se muestran evasivos y le dicen que siempre puede intentarlo. Por la tarde, el coche del obispado (sirio) lo conduce al borde un ancho río que se cruza en un transbordador. El arzobispo (latino) tiene que pasar por allí. Llega, efectivamente; recibe a Kolbe con simpatía; y en el trayecto hasta el desembarcadero le relata con todo detalle la historia de su diócesis durante los tres últimos siglos; se despide invitándole a almorzar. Aparentemente, Kolbe no ha podido decir ni una palabra. En este momento está, según la traducción italiana, en el *buio pesto*, «la noche negra»; o, según los franceses, «en el betún».

Al día siguiente, mientras espera en el pasillo del obispado (sirio) que le conduzcan al arzobispado (latino), contempla una imagen de Santa Teresa del Niño Jesús situada en una consola y adornada con flores «parecidas a las rosas». Le confía sus afanes en virtud del pacto que en otra época firmara con ella y que estipulaba que la religiosa se ocuparía de la misión de Kolbe a cambio de una oración diaria por su canonización. «Ya veremos», dice desde el fondo de su *buio*, «si te acuerdas». En ese preciso instante, cuenta, «cayó una flor encima de la consola. Tengo que confesar que aquel hecho me produjo cierta impresión y pensé: Pronto sabremos si tiene algún significado».

Debía tenerlo, porque el arzobispo latino carmelita español, que la víspera había hablado continuamente de historia para evitar las historias de un misionero inesperado e inquieto, cambia su actitud de un modo radical. Le ofrece un terreno, una casa, una iglesia y, cuando su interlocutor, estupefacto, se interesa por las condiciones, Monseñor le contesta: «Es un regalo». Hay que saber rezar.

FIN DE LA MISIÓN

Teresa de Lisieux, muerta en 1897 a los veinte años, es indudablemente la santa más popular en todo el mundo. Al contrario de lo que podrían sugerirnos la multitud de sus azucaradas imágenes, esta jovencita era un gran genio místico y sus escritos tienen la categoría que crea la diferencia entre estilo y talento. Kolbe, ya lo hemos visto, era muy devoto de ella mucho antes de que fuera proclamada «patrona de las misiones». Esos dos espíritus tenían que coincidir: poseían en común el deseo ardiente de convertir la tierra, no tratando de imponer una doctrina a los hombres, sino intentando ganárselos con amor para el Amor. Y es que Kolbe no era el fanático obtuso que pretende doblegar a los demás ante sus opiniones. Creía —lo ha escrito— que en todo pensamiento extraño al catolicismo existe una parte de verdad que hay que descubrir a cualquier precio para poder entablar el diálogo; buscaba esta parte de verdad hasta en el marxismo, a pesar de ser absolutamente opuesto a su credo. La joven carmelita de Lisieux ansiaba con toda su alma que el mundo se dirigiera o retornara hacia Cristo y trataba de conseguir, por medio de la lenta crucifixión de su vida contemplativa, lo que Kolbe intentaba lograr gracias al despliegue de su imaginación creadora, que lo transportaba incandescentemente en el espacio y en el tiempo, por encima de su pobre cuerpo abrasado.

En la travesía de regreso al Japón recordaba los signos que le había prodigado la hermanita del Nuevo Jesús, la igle-

sia dedicada a ella, atendida además por uno de sus parientes lejanos y que había visitado la víspera de su salida de Kobe; las imágenes y estatuas de la santa a las que se «aferra» se convierten en su tema durante el viaje, así como el episodio de la rosa y la transformación sufrida por el arzobispo de Ernakulam, carmelita como ella. Todo ello le parece un augurio excelente para la futura Kiepokalanow hindú. Desgraciadamente, los contratiempos, los sucesos imprevistos, la enfermedad también, le impiden volver a la India y la rosa, o «flor parecida a una rosa», se marchita en la consola del arzobispado en espera del día, ¿cuándo?, en que vengán a reanimarla otros franciscanos. Y ocurrirá, sin duda; varios proyectos de Kolbe, como la fundación americana o la francesa, fueron realizados en un plazo más o menos largo después de su muerte.

Sin embargo, el clima del Japón le perjudica. Todo el mundo lo advierte menos él. «Acabo de enterarme», escribe al padre provincial de Lwow, «que el padre Constancio le ha comunicado que no me encuentro bien de salud. Pero le aseguro que ahora me siento mejor que cuando salí hacia la India. A decir verdad, a la vuelta, como había dormido en una tumbona sobre el puente, me concedí varias noches de sueño y, de vez en cuando, una ligera sobrealimentación a media mañana. Cojeé unos días a causa de la hinchazón de un pie, pero se me ha curado sin necesidad de médicos. Trabajo normalmente en una mesa del refectorio. ¿Qué más quiero? (...). Esas preocupaciones sobre mi salud son fruto únicamente de la neurastenia del padre Constancio», que no entiende el ideal de Niepokalanow y que se imagina que «la causa de la Inmaculada Concepción se establece en el momento de la definición, del dogma, y que desde entonces basta honrarla con una celebración de primera clase y algunos cánticos». Como todos los soldados de vanguardia, Kolbe soporta mal la mentalidad de retaguardia, que provoca una reacción muy poco frecuente en él: la ironía.

Si «el bueno del padre Constancio» se sitúa en claro retraso con respecto al ideal de Niepokalanow, hay otros que creen poder alcanzarlo por un atajo. «Acabo de enterarme»,

escribe Kolbe, «de las dificultades que atraviesan los colegios católicos que no toman parte en los ritos paganos (los japoneses de aquella época rendían al emperador un culto semi-divino, al que los católicos en modo alguno podían asociarse) y comienza a extenderse el rumor de una posible persecución. Al saberlo, los hermanos han manifestado tal entusiasmo que he tenido que calmarlos diciendo: '¡No os alegréis con demasiada anticipación!'. Ya se veían sufriendo el martirio». No siempre ocurre lo peor. Por fin los japoneses se contentan con una sencilla declaración de respeto hacia la persona y la función imperiales para reconocer oficialmente el catolicismo (en 1941). Cuando desaparece la ocasión de un testimonio supremo, queda el testimonio cotidiano, no tan fácil de rendir. Uno se ve marchando a buen paso hacia «el ideal de Niepokalanow», con un pie hinchado que avanza más deprisa que el otro, y de repente se da cuenta de que no está tan desprendido de sí mismo como querría:

«Muy queridos hijos (...): Escribiéndoos en japonés y demostrándoos que soy capaz de expresarme en esta lengua, me he dejado llevar por un gesto de vanidad. Enseguida he sentido que se aflojaba mi lazo con la Inmaculada y al sentarme delante de su estatua he creído que me miraba con reproche ¡y hasta con cólera!

»Hijos míos muy amados: no deis jamás paso a ese sentimiento. Cuando os sintáis culpables, aunque sea de un pecado grave, plenamente consciente y repetido, no os dejéis arrastrar por el desaliento. Confíaos a María, contadle vuestra falta, sin examinarla, sin analizarla (...).

»Toda falta, aunque sea grave y repetida, sólo debe suponer para nosotros un nuevo escalón hacia una perfección mayor. Efectivamente, la Inmaculada nos permite caer para curarnos del amor propio, del orgullo, para dirigirnos hacia la humildad, que nos hace más dóciles a la gracia divina. En tales circunstancias, el diablo, por el contrario, busca que se insinúe en nosotros la falta de confianza y el desaliento, que no son otra cosa que una nueva manifestación de orgullo. Si fuéramos plenamente conscientes de nuestra miseria, no nos asombrarían nuestras faltas, sino el hecho de no haber caído aún más bajo y con mayor frecuencia... por lo que daríamos gracias a Dios. Sin la gracia divina y la misericordia-

sa ayuda de María, no existe pecado que no seamos capaces de cometer.

»Dicho esto, no deseemos sentir continuamente la dulzura de la devoción a María; eso sería glotonería espiritual».

Pone la vista en todo; también la pluma. Templa el celo de los aspirantes al martirio con una frase en la que se observa una doble vertiente, disuasiva en primer lugar, estimulante en segundo («¡No os alegréis con demasiada anticipación!») y recorta la propensión al énfasis de los redactores de *El Caballero*: «En vuestros agradecimientos no empleéis continuamente la palabra 'milagro' o 'milagroso': los hechos hablan por sí mismos». Aconseja a un joven fraile, que cree sin duda imitar al «medio-loco de la Inmaculada» firmando como «el perro de María», que busque otra metáfora. No tiene nada de fanático, porque el fanático rechaza a los otros y a sus diferencias; y precisamente estas diferencias son las que a él le interesan. No tiene nada de exaltado, porque, como todos los verdaderos místicos, desconfía de esos momentos de sublimación descontrolada en los que las ausencias se confunden con una presencia y los delirios con éxtasis. Se sabe imperfecto; sus cartas se asemejan con bastante frecuencia a confesiones en las que se acusa siempre con cierta moderación, sin caer en el retorcimiento de aquel santo de otros tiempos que se daba ruidosos golpes de pecho manifestando ser «el mayor pecador del mundo», hasta que su ángel custodio, dándole unos amistosos golpecitos en la espalda, tuvo que llamarlo a la modestia. Pero ama; y ese amor le inspira a veces unas líneas en las que olvida que carece de elocuencia: «Hijos míos queridos: os deseo que os alimentéis con la leche de los favores y de la ternura de María, que seáis educados por Ella como educó a Jesucristo, nuestro hermano mayor, de modo que Él reconozca en nosotros, cada vez con más claridad, los rasgos del rostro que le dio Su madre».

En 1933 vuelve a pasar unos días en Polonia, donde se celebra el Capítulo General. Esta solemne reunión ocupa escaso lugar en su correspondencia. Por el contrario, se muestra muy locuaz sobre una conversión inesperada: la de un

ministro plenipotenciario japonés destinado en Varsovia. Parece que Kolbe sólo ha abandonado Japón para ir a bautizar, in articulo mortis, a ese hijo del Sol Naciente, cuya esposa ya es católica.

«El día previsto un automóvil que ocupábamos la mujer del ministro, su madre y yo nos condujo rápidamente a Otwock (donde se cuidaba a los enfermos de pulmón). Durante el camino me enteré de que el ministro era pagano, pero que sin embargo había aceptado el bautismo de sus hijos, mantenía buenas relaciones con los padres jesuitas y se mostraba bien dispuesto hacia la religión.

»Así que fui a visitarlo y tuvimos una ligera conversación sobre el tema religioso. Ha comprendido fácilmente que la verdad es única y, como consecuencia, que la verdadera religión también debe serlo. Admite la existencia de un solo Dios, pero cuando hemos llegado al misterio de la Santísima Trinidad me ha indicado que los chinos tienen una creencia semejante. Yo he reconocido de buen grado que muchas verdades, más o menos deformadas u oscurecidas, pueden aparecer en las religiones más disparatadas del mundo.

»Su mujer le envió una de las medallas de la Inmaculada que yo le había dado tiempo atrás para toda la familia. La aceptó y la dejó encima de la mesilla de noche.

»A continuación me enseñó un libro en francés titulado *Jesucristo*, diciéndome que no le había convencido, lo mismo que una breve estancia en Lourdes.

»La enfermedad progresaba visiblemente, llevándolo hacia la tumba: el rostro demacrado, las manos transparentes lo indicaban con toda claridad.

»Durante el viaje de vuelta fijamos el día de la Asunción para el bautizo de una sirvienta que, aunque deseaba recibirlo, necesitaba instrucción.

»Sin embargo, hubo que aplazar la ceremonia. En efecto, la víspera de la Asunción el estado de salud del ministro se agravó de tal modo que tuvimos que acudir rápidamente junto a su lecho. Salimos de la legación el encargado de asuntos exteriores, el médico japonés Misawa, recién llegado de Berlín, el doctor Rudzki de Varsovia y yo. Pedí al doctor Rudzki que me explicara francamente la situación del enfermo, porque estaba en juego su bautismo.

»La respuesta del doctor Rudzki en Otwock fue la siguiente: 'Lo que tenga que hacer, padre, hágalo enseguida: el enfermo morirá hoy mismo'.

»Mientras tanto, avisamos al nuncio apostólico. Éste se sintió impulsado a volver de vacaciones antes de la Asunción y no después, como tenía pensado. Conseguí comunicar con él por teléfono y me prometió llegar lo más pronto posible. Decidimos esperarle. En cuanto apareció en el pasillo, le puse al tanto de la situación y entró junto al enfermo. Le recordó su antigua amistad y le expuso las verdades fundamentales de la fe. Mientras tanto, al otro lado de la puerta, la mujer del ministro, su hermana, dos sacerdotes secretarios del nuncio y yo mismo rezábamos por el enfermo, en silencio, cada uno por nuestra parte.

»Y la gracia de la fe descendió al noble corazón del ministro. Después de algunas aclaraciones, respondió a una explícita pregunta del nuncio:

»—Creo, creo.

»—¿Deseas recibir el bautismo?

»—Lo deseo.

»El nuncio vertió el agua sobre su cabeza diciendo: 'Francisco, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo'.

»Tras el bautismo, y como pudieron comprobar todos los asistentes, una gran alegría invadió el corazón del ministro. A las pocas horas aquel alma, pura como la de un ángel, fue recibida en el Paraíso por la Inmaculada; era la víspera de la Asunción».

Los parientes del ministro y los criados que aún no estaban bautizados lo fueron tres semanas después. He citado esta carta entera por la sencilla razón de que es más larga que las demás y que demuestra hasta qué punto Kolbe vivía pendiente de las personas, mucho más importantes a sus ojos que los acontecimientos. Se podría replicar que en aquella ocasión se trataba de un «ministro plenipotenciario», una personalidad lo bastante importante como para que se desplazaran un nuncio apostólico, dos médicos y tres sacerdotes; pero quien interesaba a Maximilien Kolbe no era el diplomático, sino el japonés.

De vuelta a Nagasaki escribe cariñosamente a su madre: «El viaje transcurrió sin novedad. No nos hemos ahogado, contrariamente a lo que creyeron los hermanos de Niepokalanow al enterarse del naufragio de un navío japonés». Tranquiliza a su madre, pero Kolbe no lo está tanto con respecto a ella. Ignoramos la clase de deseo que manifestó con ocasión de un cambio de felicitaciones para que su hijo crea necesario advertirle: «No es tan fácil morir de verdad». A pesar de su innegable vocación religiosa, quizá soportaba mal la lejanía de Maximilien tras la muerte de Joseph y la desaparición de Francesco, del que no había noticias; quizá expresó de un modo preocupante su cansancio de verse separada con tanta frecuencia y crueldad de todos los que amaba. Kolbe confía en devolverle un poco de valor añadiendo a continuación de su comentario sobre la dificultad de morir: «Dentro de dos años hay un nuevo Capítulo General; llamaré de nuevo a la puerta de la calle Smolensko», donde se encuentra el convento de María Kolbe. Así pues, considera razonable el lapso de dos años entre dos visitas de orden privado que no incidan directamente en la conversión del planeta.

No se ahogó, pero el trabajo estaba a punto de hundirle. Como periodista, nada en tinta y llena sin cansancio el papel de las publicaciones que salen unas de otras como las muñecas rusas; como director espiritual, instruye a los novicios, forma seminaristas, aconseja a los hermanos que a veces no saben nada y a los padres que no lo saben todo; como fundador, define la estrategia y la táctica de la misión, siempre vigilando de reojo a los misioneros de otras Órdenes establecidas en el Japón que le consideran un competidor más que un aliado, y al obispo del lugar, cuya buena voluntad hay que cultivar con algunas demostraciones de cortesía; exhorta, anima, vigila a distancia la Niepokalanow polaca, da cuentas a sus superiores con la misma puntualidad con que predica habitualmente toda una teología de la obediencia... y que algunos de ellos han pensado, como recordaremos, en enviar al destierro. Y reza, con esa oración ascendente que se convierte en luz y que en él tiende a condensarse cada vez con mayor intensidad en una sola palabra: «María», que

florece en todas sus cartas y que resume su ideal. María, «tan cercana a la Santísima Trinidad», ese «misterio profundo» que únicamente «un cerebro presuntuoso y, aún más, necio» podría sentir la tentación de explicar. Hay cosas, dice, «que sólo se aprenden de rodillas». O también: la adhesión a María «no es un asunto de la inteligencia o del sentimiento, sino de la voluntad».

Existen, de todos modos, eso que se llaman gracias: unas revelaciones personales de las que el abogado del diablo desconfía tanto como de las apariciones. Cree advertir en el «siervo de Dios» (Kolbe, el acusado) cierta tendencia a dejarse guiar por revelaciones privadas más que a permanecer «sólidamente anclado en las verdades que enseña la Iglesia». La frase es de la acusación: «De este modo, estaba seguro de su salvación eterna por una supuesta promesa de la Santísima Virgen». En efecto, un día afirma solemnemente delante de los hermanos: «Tengo asegurado el Paraíso y lo digo con absoluta certeza». Ahora bien, como solamente podemos saber por revelación divina que nuestros pecados están perdonados, es importante conocer el modo en que se realizó tal promesa. El expediente no lo dice con claridad. Por el contrario, los hechos se relatan de una manera que induce a pensar que Kolbe ha soñado. En efecto, el padre Florian Kocura manifiesta: «He oído contar a otros padres que cuando el siervo de Dios estaba en Japón, y *durante una grave enfermedad*, tuvo una aparición de la Virgen María, quien le aseguró que se iba a salvar». El abogado del diablo subraya las palabras «durante una grave enfermedad»: la fiebre puede llevar al delirio.

Tiene mala salud, aunque lo disimula con una sonrisa. «Hay algunos que ya me ven con un pie en el otro mundo, pero no la mano derecha, que os está escribiendo, ni la izquierda, que sujeta el papel». La Orden le impone, sin que él ofrezca la menor resistencia, un superior encargado de liberarlo de alguna de sus innumerables obligaciones y de dulcificar el régimen «algo heroico, aunque sea poco» de la fundación donde el cordón franciscano es de los más ceñidos. Disfrutarán de un descanso a mediodía, un recreo por la tar-

de y (recuerdo exquisito) comen jamón a la polaca, lo que revitaliza a la tropa, Kolbe incluido. Éste aprovecha para crearse una nueva preocupación: el lanzamiento de un diario en Polonia, el *Maly Dziennik*, «El pequeño diario», que emprende el mismo camino hacia el éxito de las otras publicaciones, obligando a que el grupo se reúna de nuevo.

«Sé muy bien», dice Kolbe a su provincial, «que lloverán las críticas por parte de un millar de teóricos; pero cuando la tirada supere la de los otros diarios, hasta llegar a los cien mil ejemplares, esas objeciones perderán su fuerza, si no desaparecen de inmediato; en este mundo todo tiene un 'pero' (...)». Desde la lejanía, y a través de Siberia, envía las directrices: comenzar por un periódico de formato reducido, modesto en todos los sentidos, solamente durante un mes de prueba. Si la experiencia es satisfactoria, seguir adelante. Suscribirán el periódico a alguna agencia de prensa en espera de conseguir la propia y, como hay franciscanos en todas partes, no faltarán corresponsales. Así que dará las últimas noticias y, puesto que se trata de introducir a María en el mayor número de hogares posible, el precio será muy bajo, algo así como el equivalente al de un periódico de antes de la guerra. ¿La distribución? Voceadores, que en las grandes ciudades pueden ser miembros de la «milicia» con una comisión sobre las ventas; es importante «que los chicos que recorran las ciudades a lo largo y a lo ancho puedan vivir de su trabajo y quizá instruirse al mismo tiempo». Será, pues, otro *Caballero*, con noticias del día más unas reflexiones morales y espirituales. Como la redacción es gratuita, la distribución no supone gran cosa y las máquinas fueron amortizadas por *El Caballero*, los gastos se limitan a la tinta y al papel: se puede afrontar la competencia.

El número cero, una especie de maqueta del futuro periódico, le llega procedente de la Niepokalanow polaca en diciembre de 1934, con el ruego de manifestar sus críticas. Y lo hace inmediatamente.

El precio de venta debe ser algo más caro de lo previsto, pongamos veinticinco céntimos en lugar de diez. De acuerdo con los veinticinco céntimos, aunque hay que tener en cuenta que no existen muchas de esas moneditas en circulación.

Sobre el título: «Cae» bien (es una expresión tipográfica). Sobre la composición: muestra una excesiva precipitación. Hay líneas, y a veces columnas, con aspecto de descuido.

Sobre la portada, que expone las intenciones de la redacción en términos grandilocuentes bajo el título «Lo que pretendemos», que recuerda el «Por qué luchamos» de la propaganda americana durante la Segunda Guerra Mundial. «Con objeto de que nuestro diario pueda combatir dignamente por el honor católico», escribe el futuro redactor jefe, el padre Mariano, debe tener un contenido rico y variado, una presentación tipográfica espléndida y artística, digna en todo momento de su sublime contenido. Las «presentaciones» no suelen distinguirse por su humildad. Kolbe no comparte el punto de vista de M., el redactor jefe. «No veo la necesidad de preocuparse por transformar la presentación y el contenido para hacerlos 'dignos de un diario católico'; es mejor dejarlo en su modestia, a un precio que favorezca una amplia difusión popular». «Con el tiempo», añade, ironizando suavemente, «llegaremos a alcanzar las cotas en la que se sitúa 'la dignidad de los órganos católicos'».

Sobre el fondo, y siempre aludiendo al artículo de presentación: «Insiste demasiado en el hecho de que la incredulidad se extiende desde las personas ilustradas hasta las que carecen de cultura y podría inducir a pensar que la ciencia aleja de la fe, lo que no está de acuerdo con la verdad».

Sobre los judíos, puesto que, según parece, el redactor manifiesta un asomo de antisemitismo: el problema no se resuelve apartando a los judíos del comercio, «sino contribuyendo al desarrollo de las empresas polacas». Además, Kolbe ya ha explicado cientos de veces a sus compañeros que ante todo los judíos son almas que ganar, como todas, por el amor. Algunos de ellos han sufrido en mayor o menor grado la influencia de una opinión pública que les reprochaba con frecuencia ser diferentes, después de haberlos obligado a ello; círculo vicioso de los menores de adopción retrasada. Kolbe no participaba en aquel tipo de círculos.

Por lo demás, está de acuerdo. Sobre todo, y por supuesto, con la mención de origen: «Ediciones de la Inmaculada». Es muy hermoso, dice, y además exacto, puesto que la empresa es suya. O debía serlo: no siempre estará de acuerdo,

como veremos más adelante, con el espíritu de «El pequeño diario», que se publica desde el 27 de mayo de 1935 al 4 de septiembre de 1939, fecha inicial de la rápida supresión de Polonia, tras la operación convergente de los ejércitos alemán y soviético. La tirada del último número alcanza el millón de ejemplares.

No sólo se preocupa por sus periódicos y su apostolado; también le inquieta la salud de sus compañeros: el hermano Alexis, que sufre la misma crisis aguda de escrúpulos que él padeció a su edad y que, por lo tanto, comprende mejor que nadie; el padre Yves, abrumado por unos dolores que no le impiden sonreír y bromear y cuyo valor admira. Pero, mientras pone a sus enfermos en observación, el nuevo superior de Nagasaki le observa a él y comunica sus temores a la comunidad de la Niepokalanow polaca: «El padre Maximilien está enfermo: tose, habla con fatiga. Acaba de volver del médico. Me asusta (...). La Inmaculada sabe con cuántas dificultades podríamos encontrarnos en la escuela, el seminario, con *El Caballero* (...). ¡Rezad! Que por lo menos podamos llegar a la ordenación sacerdotal de los seminaristas (...). Desde el verano pasado el padre Maximilien se debilita cada vez más».

Por otra parte, y a pesar de la indiferencia que manifiesta hacia sí mismo, él sabe a qué atenerse: «Reverendísimo Padre Procurador General», escribe en mayo de 1935, «¿me quiere hacer un favor? Me siento relativamente agotado y no sé cuándo terminará mi peregrinaje terreno (...). Antes de cerrar los ojos, me haría muy feliz asistir —si es voluntad de María— al acto oficial de la consagración de la ‘milicia’ a la Inmaculada (...)». Desearía además que toda la orden franciscana fuera consagrada a María por medio de un voto suplementario. La sugerencia es bien acogida, pero tiene que pasar por la jerarquía, los teólogos y los juristas, lo que complica extraordinariamente tan sencilla idea.

En una extensa carta de 12 de julio de 1935 a un padre de Niepokalanow habla indirectamente de sus males, que para él se sitúan en el orden lógico del combate espiritual. «No hay nacimiento sin dolor. Además ¿existe algún sacrificio demasiado grande cuando se trata de María? Estamos

consagrados a Ella no sólo en teoría, sino realmente en la práctica. Si no nos cansamos de luchar para conquistarle el mundo, los sufrimientos no cesarán de abatirse sobre nosotros y, cuanto más valerosamente combatamos, más numerosos y pesados serán. Pero sólo hasta la muerte. Después llegará la resurrección. Y aun en el caso (un hecho imposible) de que María no nos recompensara nunca, lucharíamos con idéntico fervor, porque la amamos a Ella, no a la recompensa».

Su deterioro físico no hace más que afinar su espíritu, que se vuelve más fraternal que nunca. Aunque le suponga un esfuerzo tomar la pluma, suministra diez páginas de teología mística a un buen fraile que no sabe cómo dividir el corazón entre sus distintas devociones; o diez páginas de prudencia práctica a los hermanos de Niepokalanow, que parecen sufrir la fiebre de la construcción: vuestros proyectos de edificación definitiva me preocupan, les dice. ¿Vais a dejar llegar a Niepokalanow a la mediocridad de las situaciones establecidas? Los edificios que sustituirían a vuestros barracones se adaptarían con dificultad a nuevas necesidades, sin contar con que, en el caso de un cambio político, podrían ser incautados. Vais a gastar en construcciones lo que sería mejor reservar para la propagación de la fe... «¿Ya os habéis olvidado de que nuestro primer contable fue el beato Cottolengo, pegado en la caja de cartón donde depositábamos las primeras monedas para la causa que tanto amamos? Os envió su estampa». Nunca se sabe. Sólo se queja de una cosa: la falta de tiempo que le impide corresponder como querría a la confianza de los «paganos», que cada vez recurren a él en mayor número y cuya «proverbial dureza» comienza a ablandarse.

Hoy el Japón es una de las grandes potencias capaz, al parecer, de oponer victoriosamente su cohesión y su voluntad al desafío de la historia. Pero la bomba atómica no sólo destruyó dos de sus ciudades; la alcanzó también en sus antiguas creencias y se puede percibir en el país una imperceptible grieta que la expone a una ruptura brutal, colectiva, repentina como un terremoto. En caso de que ocurra,

quizá recuerde al franciscano de espesa barba que amaba al «pueblo de ojos almendrados» y cuyo humilde convento de Nagasaki se abrió a los primeros huérfanos de la era nuclear. Un pueblo no puede vivir sin fe durante mucho tiempo.

Mientras tanto, las patas de cerdo no bastaban y era necesario sacar a Kolbe de aquel clima, que le estaba matando. Tenía que volver a Polonia. El superior, que lo cuida amablemente, encuentra la excusa en el nuevo Capítulo General, y no la deja escapar. En marzo de 1936 Kolbe anuncia el viaje a su madre: «Si no se desencadena la tempestad de la guerra, saldré hacia Polonia los primeros días de junio en el caso de que vaya por mar o los últimos si tengo que cruzar Siberia». Se adelantará.

«Mientras el barco me alejaba cada vez más de la costa», escribe el 21 de mayo a sus hermanos de Nagasaki, «se me ocurrió esta idea: ¿Y si fuera la última vez que veo esta tierra? Y... algo me ha humedecido los ojos».

Y era realmente la última vez.

LOS MONSTRUOS

La ausencia de ley eterna conduce a la barbarie. La Revolución francesa lo comprendió así al promulgar su Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano «en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo», preámbulo olvidado. No hablaba de Dios porque eso recordaba al Antiguo Régimen, pero sabía que sin una sanción divina, sin un «Ser Supremo» que sacralizara los principios del derecho, no había freno para el poder ni ley que imponer a las conciencias, sirviendo al mismo tiempo como regla y protección para el individuo. Nadie está obligado a admitir esta verdad, nadie está obligado a creer en ella; pero sí se está obligado a vivirla. La Europa de la razón, tan orgullosa de haber vencido a la Europa de la fe y que ya no honra al «Ser Supremo» ni siquiera con una referencia cortés, sufrirá la experiencia cuando la suave locura de los años 20 se transforme, a lo largo de los 30, en demencia furiosa. Los derechos del hombre quedarán abolidos por la camada totalitaria. Odio de clase, odio racial, odio al judío, odio a la «democracia burguesa»; por primera vez en la historia de la humanidad el odio se convierte en el fundamento de las sociedades humanas: he aquí la gran novedad de este siglo.

En el Este el sistema engendrado por el odio político prohíbe a los hombres cualquier objetivo distinto de él y, en consecuencia, cierra y echa el candado al cerco de su purgatorio. El partido se constituye en un ídolo —lo adecuado aquí no es hablar de ideología, sino de idolología—, exige la sumi-

sión, castiga el escepticismo y, a partir de 1933 y de las grandes purgas de Moscú, comienza a colgar o a fusilar a sus mismos servidores: toda religión necesita un Judas y los Judas se encuentran entre los discípulos. En Italia el fascismo adopta el negro, color de la anarquía y de la viudedad, para indicar la extinción de cualquier ley en beneficio de lo arbitrario, poniendo a los recalitrantes bajo la amenaza de un luto inmediato. En Alemania una voz ronca, semejante al sonido del corno, hace surgir del bosque germano una mitología de la raza y de la sangre, del pueblo ario elegido por la naturaleza, que lo ha creado hermoso, rubio, musculoso, predestinado a la victoria y al poderío, opuesto físicamente a su jefe (esas cosas ocurren), bajito, moreno, algo grueso, con andares de pato mareado: Hitler. El pueblo elegido de la naturaleza tiene como primer enemigo al pueblo elegido de Dios, cuya característica esencial, causa fundamental de las persecuciones que sufre desde hace siglos, es la de ser un pueblo sin ídolos. Este nuevo paganismo acabará por exigir sacrificios humanos. El ario típico, idólatra de sí mismo y que no existe más que en sus sueños, no soporta la vista del judío, testigo de la realidad divina, y tiene que matarlo.

En 1936, cuando Kolbe regresa a Polonia, España está ensangrentada por un laborioso golpe de estado militar. El ejército rebelde considera su guerra civil como una especie de cruzada interior en contra del infiel. Los republicanos pelean hasta con el vocabulario de su resistencia, llamando «esperanza» a lo que es su desesperación; tienen la ley de su parte, algunos fusiles y la atemorizada simpatía de las democracias occidentales, que mirarán púdicamente hacia otro lado en el momento de las condenas a muerte. Inglaterra, semienvuelta en sus nieblas, paladea los últimos frutos de su imperio y busca acuerdos con el diablo: va a firmar con Hitler un tratado naval que le asegure el dominio de los mares, arriesgándose a perder el de su destino. En espera de que llegue el día en que quede sola y sublime, se dispone a entregar el poder a uno de sus hijos más distinguidos, Neville Chamberlain, que daría su nombre a un paraguas, que a su vez dará el suyo a una política. En Francia el Frente Popular se esfuerza por recuperar un retraso increíble en el «país de la libertad», donde no existían más que dos leyes socia-

les: una de 1848, prohibiendo emplear en las minas a niños menores de doce años; la otra de 1793, prohibiendo las «coaliciones», es decir, los sindicatos. Desgraciadamente, llevó a cabo esta tarea necesaria a la sombra de una metafísica simplificada, según la cual la guerra es cosa de capitalistas y de fabricantes de cañones, de modo que, si se excluye del poder a los capitalistas y a los fabricantes de cañones, no habrá guerras. Este optimismo obtuso vuelve duro de oído al gobierno y algo sordo al ruido de las botas que hacen retumbar el suelo al otro lado de la frontera. El 7 de marzo de 1936, sin embargo, el ario rubio, a las órdenes del moreno bajito, había ocupado militarmente la orilla izquierda del Rin sin disparar un solo tiro. Francia toleró esta violación de los tratados sin excesiva emoción: tiene toda su confianza puesta en el hormigón de la línea Maginot, que solamente será capaz de detener al ejército francés.

Presas entre dos totalitarismos que se ponen en contacto pasando por encima de su cuerpo, Polonia confía, entre sudores fríos, en sus alianzas con los vencedores de la Primera Guerra Mundial. Pero sabe muy bien que el dispositivo del próximo apocalipsis se sitúa a su alrededor. Al llegar, Maximilien Kolbe se encuentra su patria amenazada, con los instintos y automatismos de la clandestinidad de su juventud, de los tiempos en que cruzaba discretamente con su padre las fronteras interiores de su Polonia martirizada y ocupada por los prusianos, los rusos y los austríacos. Sus periódicos no aluden a los acontecimientos por este motivo y por otro que expuso en una carta desde Nagasaki a la comunidad polaca de Niepokalanow: «Exige a los redactores y a los colaboradores que escriban según el espíritu de la milicia mariana, que es la conquista del mundo para la Inmaculada, la salvación y la santificación de las almas, evitando, cuando no sea estrictamente necesario, toda crítica a los hombres, a los partidos y a las demás naciones». Son las directrices de una mente puramente religiosa para la cual el mal debe destruirse a sí mismo ante la evidencia del bien. Es también, en una patria martirizada con tanta frecuencia, la imagen del oprimido que se apoya en la línea de resistencia más segura: la que pasa por la clandestinidad de lo absoluto.

20.

EL REGRESO

En cuanto vuelve del Japón, el Capítulo Provincial de la Orden elige a Kolbe como superior de la gran Niepokalanow. Quizá es un modo de retenerle en un clima más beneficioso para su salud. Quizá su presencia sea necesaria en una empresa que comienza a adquirir proporciones monumentales. Y es que, en la ausencia vigilante de su fundador, la obra continuó creciendo. En aquel terreno, regalo de un conde polaco temeroso de disgustar a la Virgen María, los edificios —de materiales ligeros— se han agrandado o se han duplicado; el «convento editorial» se ha convertido en una empresa industrial, en una ciudad organizada. Los doce departamentos, auténticos ministerios (de producción, de economía, de formación profesional, de asuntos exteriores, etc.), comercios de víveres y de ropa, el hospital, los dentistas, la estación de radio, la fundición y sus obreros, los talleres de almacenado mecánico, las treinta y tres rotativas ultramodernas que trabajan a pleno rendimiento y los centenares de religiosos que rezan, trabajan o inventan (por ejemplo, un «direccionágnofa» resumido) han hecho de Niepokalanow una potencia industrial. En 1937 se celebra el décimo aniversario de su fundación y Kolbe solicita la bendición del Papa Pío IX, adjuntando un informe sobre su actividad:

«La milicia mariana cuenta hasta el día de hoy con cerca de un millón de afiliados. El centro nacional de esta milicia se estableció inicialmente en Cracovia, después en Grodno y en 1937 se trasladó a un nuevo convento llamado

Niepokalanow, donde actualmente viven seiscientos religiosos más ciento veintisiete seminaristas.

»Este convento publica: 1) la revista mensual del movimiento, dirigida a los adultos, *El Caballero de la Inmaculada*, tirada de 780.000 ejemplares; 2) una segunda revista para jóvenes, *El Joven Caballero*, 180.000 ejemplares; 3) un diario, *El pequeño diario*, 130.000 ejemplares», a los cuales se añaden cuatro periódicos más. Esta carta se conserva cuidadosamente en los archivos de la Orden, pero no figura en los del Vaticano, lo que nos hace preguntarnos si fue enviada alguna vez. En todo caso, la bendición no llegará nunca.

Como toda potencia, Niepokalanow tiene sus detractores. Cierta prensa anti-religiosa organiza una campaña en contra de ese peculiar convento en el que las técnicas de puntuación y de ascetismo se alían para inundar el país de publicaciones baratas que hablan de lo sobrenatural con una naturalidad exasperante. En la Iglesia misma Niepokalanow no sólo tiene amigos. De vez en cuando aparece en la correspondencia de Kolbe un misterioso «Don N. N.», al que no se nombra de otro modo, que deja tras de él una huella azufrada. Ese personaje, bien situado para perjudicar y que no se priva de intentarlo, parece haberse propuesto destruir la obra de Kolbe por medio de la intriga, la infiltración y todas las maniobras que las altas relaciones y la experiencia del mundo pueden poner al servicio de la malevolencia. Cuando ese enemigo desaparezca del mundo, surgirán otros con gabardina y sombrero blando, la mirada vacía de todo sentimiento, en parejas como gemelos desaparejados: la Gestapo. Pero no han llegado aún.

Con la alegría de volver a ver a Kolbe y ante el temor de que su debilidad soportara peor las nieves de Polonia que el húmedo sol del Japón, los sastres de Niepokalanow le regalan un abrigo de piel. Rechazado. Entonces le preparan un hábito acolchado que sólo consiente en vestir cuando comprueba que también lo usan los enfermos del convento. Jamás admite un trato distinto al de los demás frailes: un superior sólo se distingue por el sobrepeso de las cargas y el excedente de responsabilidades.

A sus preocupaciones se añade un sufrimiento secreto: la desorientación de su hermano Francesco. Éste, empleado en la alcaldía de Grodno, vive con una mujer que no es la suya. Sería fácil reunirse con él, dice Kolbe en una carta a su madre, pero «en cuanto trate de hacerlo, se eclipsará una vez más, temiendo que intente hacerle volver con su esposa». El «pobre Francesco» es un pez que pica en todos los cebos. Pero, si resiste mal la tentación, resistirá bien ante el ocupante nazi; sin embargo, Maximilien, que le ha visto salir de la Orden, no tendrá la suerte de verle salir del desorden. Puede sufrir en su interior, pero no en su serenidad. La entrega de sí mismo no le pone a cubierto de lo que la religión de otros tiempos llamaba «cruces», pero le ayuda a recibir las como una especie de dones inmerecidos: «Dios entra en nosotros por nuestras heridas», ha dicho un gran místico. Es alegre: un religioso triste le parece una anomalía. ¿Cómo puede hacer presa entre nosotros la melancolía, si lo hemos dado todo? Para él, muchos sufrimientos psicológicos nacen de un compromiso imperfecto. Piensa, como muchos autores espirituales, que hay en nosotros algo de la ofrenda de nuestra persona que inconscientemente nos hemos reservado y que nos crea esas pequeñas actitudes de rechazo que son en el alma lo que los «cálculos» en el cuerpo. Esta idea se repite a menudo en sus cartas. Él mismo no ha reservado ninguno de sus dones para uso propio. Según San Pablo, «Todo contribuye al bien de los que aman a Dios». Apoyándose en esta certeza, sonrío invariablemente. Va hacia el cielo. Y muchos días sus hermanos, asombrados, tienen la impresión de que vuelve de él.

Durante esta última etapa de su corta vida, Kolbe escribe más cartas que artículos. Colabora relativamente poco en el diario fundado en su ausencia, porque le parece demasiado comprometido en la batalla política. Según una de sus directrices, «luchar contra el mal según el espíritu de la milicia mariana es luchar con amor por todos los hombres, incluidos los menos buenos. Es destacar el bien de modo que resulte atractivo, mejor que propagar el mal describiéndolo. Cuando surja la ocasión de llamar la atención de la sociedad o de la autoridad sobre algún error, hay que hacerlo con

caridad y delicadeza hacia la persona que lo comete. Y, si no es necesario, no exagerar, no entrar en detalles para ponerle remedio». Nos volveremos a encontrar esta misma actitud en Juan Pablo II, cincuenta años después. A un familiar que en la mesa le comentaba, sin nombrar a los autores, las extravagancias de algunos teólogos a la moda (de la desorientación), le contestó con su placidez habitual: «No se preocupe; el error se destruye a sí mismo».

En sus artículos, que no muestran la infinita variedad de sus cartas, Kolbe toca a menudo los mismos temas. El primero y principal, el ateísmo, que le parece consecuencia de un deterioro de la lógica. Según él, la razón puede demostrar la existencia de Dios y parece dispuesto a mantener que, de hecho, jamás ha logrado demostrar otra cosa. La misma fe «es un acto de la razón que, con la ayuda de la voluntad y de la gracia divina, acepta una verdad revelada». Ante la complejidad del Universo, exclama con Voltaire, quien, por otra parte, no es uno de sus amigos, «no quiero creer que exista este reloj y que no haya un relojero». Esta demostración simplificada le resultará siempre suficiente; y, en realidad, los más orgullosos metafísicos no van más allá: el mundo es un reloj o no lo es.

A pesar de ser un gran periodista, publica poco: unos cuarenta artículos entre 1936 y 1940, muchos de los cuales son breves comunicados, pétalos de buenos pensamientos: «Todo renace en primavera. Igualmente se reaviva nuestra consagración a María (...)»; «Esforcémonos en que los demás la amen como nosotros y aun más que nosotros». El primero de esta última serie de artículos define una vez más el ideal de Niepokalanow, de la «milicia» y de *El pequeño diario*, al que apenas envía copias. Yo creo que prefiere *El Caballero*, cuyo rosario es la respuesta a todo y que no se deja arrastrar, como el otro, por el torbellino de la actualidad. *El pequeño diario* parece no responder al ideal que se había forjado al nacer *El Caballero*, bajo cuyo titular se podría escribir «Redactora-jefe: María», ya que, si le siguen y le obedecen a menudo, no todas las veces le comprenden. Esto ocurre con frecuencia. Los aristócratas del espíritu están siempre solos. Los seres que pertenecen a esa categoría excepcional, a los que Carlyle calificaba de héroes, tienen tal

capacidad de concentrar su mente sobre una idea, o sobre un misterio si son religiosos, que llegan a aislarse de sus propios compañeros; éstos los admiran sin ver lo que ellos ven: son masas que se les entregan, a pesar de no asimilar sus ideas; y se aíslan también del incierto círculo de intelectuales que, al no alcanzar nunca el punto de incandescencia del espíritu que encuentra una verdad viva y eterna, supone que tal punto no existe y considera soñadores o enfermos a los que se muestran deslumbrados por él. La soledad es el lote de los conquistadores, de los aventureros del pensamiento y de los grandes místicos. Napoleón recorría solo Europa en busca de una unidad trascendental e inaccesible, con trescientos mil hombres que ignoraban su destino. Sócrates buscaba la verdad tan lejos de sus contemporáneos que éstos le hicieron morir para, por fin, poder tenerlo a sus pies. El místico tiene la propiedad de decirlo todo con una palabra, que es un nombre: el nombre de la persona que condensa en sí misma todos los pensamientos posibles, con una cohesión literalmente nuclear que la hace a la vez inescrutable y fascinante. Para Santa Teresa de Ávila, ese nombre que lo dice todo es el de Jesús, al que siempre acompaña con un signo de admiración, símbolo gráfico del éxtasis. En sus *Elecciones* Santa Catalina de Siena repite indefinidamente: «Dios, Dios, oh Dios Santo...»; y no se trata, como suponen los incrédulos, del comodín que emplean los cristianos cuando les falta una carta, sino del fuego de verdad que ilumina todo con una luz nueva. Para Kolbe esa palabra inagotable y reveladora es el nombre de María y lo pronuncia al comienzo, en medio y al final de todas sus cartas y de todos sus artículos; y es que cada vez tiene la impresión de encender un cirio, una lámpara o una estrella y no se cansa de hacer con ellas guirnaldas o vías lácteas. Los corazones sencillos le escuchan, porque la santidad los encuentra siempre disponibles. Los otros, en su ceguera, le acusan de machacón.

A pesar de sus millones de lectores y su ejército de frailes, da la impresión de estar solo, siempre en vanguardia de una etapa, guiado por un astro de insólito desplazamiento, como una especie de Rey Mago que hubiera dejado su sé-

quito demasiado lejos para llegar antes a la entrada de una gruta que le inspira unas deliciosas plegarias:

«¿Cuáles eran tus pensamientos, oh, Inmaculada, cuando dejaste por primera vez al Niño Divino en su lecho de paja? ¿Qué sentimientos inundaban tu corazón mientras lo envolvías en pañales, lo estrechabas junto a tu corazón y lo alimentabas con tu pecho?

»Sabías muy bien Quién era ese Niño, porque los profetas habían hablado de Él y tú los entendías mejor que todos los fariseos y los conocedores de la Sagrada Escritura: el Espíritu Santo te había dotado con infinitas más luces que a todas las demás almas juntas. Además, ¡cuántos misterios sobre Jesús ha revelado sólo y exclusivamente a Tu alma inmaculada el Espíritu divino que vivía y obraba en Ti!

»Ya en el momento de la Anunciación la Santísima Trinidad, por intermedio del ángel, te había presentado en su totalidad su plan redentor y esperó tu respuesta. En ese momento Tú sabías perfectamente a Quién dabas tu consentimiento y de Quién ibas a ser madre.

»Y allí, ante Ti, estaba Él, en su fragilidad de recién nacido.

»¡Qué sentimientos de humildad, de amor y de agradecimiento invadirían tu corazón (...) mientras admirabas la humildad, el amor y la gratitud que el Dios encarnado sentía hacia Ti!

»¡Te suplico que llenes mi corazón de tu humildad, de tu amor y de tu gratitud!».

Estas líneas han sido extraídas de *El Eco de Niepokalanow*. Yo me pregunto si Kolbe tenía un espíritu distinto para publicar pensamientos de este tipo en una Europa en situación de pre-guerra, aturdida por el estrépito de odios volubles y de vanos exorcismos del terror y que se hundía en la noche.

En Niepokalanow la tropa va a paso de marcha, pero no todo el mundo la sigue: los hay lisiados. A uno que ha faltado a dos de sus votos (obediencia y pobreza) y que le confiesa, llorando, que tiene dificultades con el tercero (la castidad), Kolbe le aconseja que se quede en su casa, a la que el desdichado joven ha vuelto a sus expensas y, desde luego, sin permiso; lo hace sin acrimonia, recomendando al débil

muchacho que se «aferre a la Inmaculada», quien sin duda lo acompañará «hasta un final sereno, término de esta vida terrestre». Estas defecciones son escasas: «El nivel de la vida espiritual de los hermanos de Niepokalanow es bueno; yo diría que muy bueno», escribe Kolbe al provincial. «El número de 'accidentes', aunque llegue a cinco en un año, es siempre inferior al uno por ciento; mejor, por lo tanto, que el de los primeros apóstoles, ¡donde el porcentaje ha sido de uno por docel!». Una broma, evidentemente. Kolbe sabía muy bien que las paralelas de su paralelo no se juntarán jamás: los que abandonan no son Judas, no van a ahorcarse. Continuarán fieles al recuerdo de Kolbe, con el profundo remordimiento, por lo menos en algunos de ellos, de no haber podido imponerse los sacrificios que él parece realizar con toda facilidad y sin buscarlos, con el oscuro entusiasmo de los antiguos atletas de la penitencia corporal. «En lo que sé refiere a las mortificaciones», dice a un hermano, «hay que tener la prudencia de no poner en peligro la salud, porque no es nuestra: pertenece a María»; sigue una advertencia afirmando que el religioso no es más que el inquilino de su persona consagrada y que tiene la obligación de conservar el lugar en buen estado.

El abogado del diablo reprueba este punto de vista. Basándose en un texto del Papa Benedicto XIV, que insiste en que es necesaria la comprobación de las mortificaciones corporales para apreciar la santidad de un siervo de Dios, observa que «esta exigencia especial está absolutamente ausente en el caso del padre Kolbe, ocupado por completo en las diversas facetas de su actividad apostólica». El uno no tiene ejemplos de penitencias extraordinarias que citar; los otros se limitan a constatar que el siervo de Dios se comportaba como sus hermanos, «excepto sus temporadas en el campo», y que descansaba una hora al mediodía por orden de los médicos, cuya prescripción obedecía «escrupulosamente».

El abogado del diablo diluye una gota de ironía en ese «escrupulosamente», respira y expone otra objeción: ¿se ha sometido el padre Kolbe, por lo menos, a las penitencias impuestas por las antiguas constituciones de la Orden, tales

como «el santo ejercicio de las disciplinas», que consisten, como es sabido, en flagelar la propia espalda por sí mismo o por los buenos oficios de un hermano? La acusación lo ignora; apunta que, como superior, Kolbe debía haber cuidado de que las penitencias impuestas por la Regla se aplicaran en común durante la Cuaresma.

La defensa, desconcertada, insiste, en medio de su turbación, en que Kolbe, en todo caso, no fumaba ni bebía alcohol y viajaba en tercera. Luego, recuperando ánimos, se apoya en Benedicto XIV para responder a la acusación, recordando que para este Papa «las mortificaciones no eran virtudes» y que había que practicarlas con moderación. ¿Es que Kolbe, con su pulmón destrozado, sus accesos de fiebre y sus jaquecas, no estaba ya suficientemente maltratado como para añadir las disciplinas a todo ello? En cuanto a la penitencia colectiva cuaresmal, la defensa indica que en Niepokalanow estaba sustituida, con todos los permisos requeridos, por el rezo del *Miserere*; Kolbe, dice, prefería el espíritu a la letra, además de que el espectáculo de más de setecientos frailes administrándose correazos unos a otros en la iglesia no hubiera resultado edificante para los novicios.

Estas prácticas especiales, están hoy muy en desuso, relegadas a los tiempos en que los anacoretas sabían la necesidad de mortificar sus cuerpos para dejar más libre el espíritu. No figuran en las últimas constituciones franciscanas.

La religión, como podemos constatar por la experiencia japonesa, penetra en el ser humano mucho más profundamente que cualquier filosofía. Se sumerge hasta un punto en el que se mezclan la angustia y las cuestiones prioritarias a las que las ideologías y los sistemas de pensamiento dan breves respuestas racionales cuando lo que se espera de ellas es la misma vida. Kolbe fijó su morada en esta región del alma y no se dejará desalojar por la algarabía del siglo. Es inútil buscar en sus artículos o en su correspondencia algún comentario directo sobre los acontecimientos: no existe. Mientras el mal se extiende paulatinamente sobre la tierra, él trabaja en la mina de oro de lo espiritual y rehusa salir para enzarzarse, junto con su obra, en los combates de la superficie. No quiere hacer un depósito de municiones de

la iglesia que ha construido: eso no es neutralismo. Él es tan anti-nazi como anti-socialista y se siente más patriota que nunca. Adivina que, una vez más, habrá que buscar esa patria en el fondo de los corazones. Una antigua carta nos habla de la dificultad de ser polaco mejor que cualquier profundo ensayo.

«A bordo del *Angkor*, julio 1932.

»En la oficina de correos de Ernakulam, una ciudad de la India en la costa Malabar, redacto un telegrama en polaco con destino a Niepokalanow. El empleado, un buen católico, se dispone a enviarlo rápidamente, pero me exige tal suma que yo me quedo atónito y protesto.

»Entonces comienza a estudiar el manual con mayor atención:

»¿Lengua polaca? Pero —me pregunta— ¿de qué lengua se trata?

»Yo contesto: De la lengua que hablan treinta y dos millones de personas en Polonia.

»El: Pero Polonia está en Austria, ¿no?

»—Polonia, señor, está en Polonia. Es un estado independiente.

»Hojea una vez más el manual, vuelve a estudiarlo. Por fin, agotado, el pobre hombre consigue encontrar una tarifa aceptable.

»En el tren de Colombo un viajero de aspecto intelectual me pregunta adónde voy y de dónde vengo.

»—Soy polaco —le respondo—. Soy natural de Polonia.

»—Así que —replica mi intelectual— usted es ruso.

»Tuve que convencerle de que Polonia no es Rusia».

En el autobús su compañero de viaje le explica que el restaurante polaco que frecuenta es un restaurante ruso. Otro le enseña que la religión polaca es el judaísmo; lo sabe muy bien porque es judío de origen alemán y, además, funcionario del consulado francés de Shanghai, lo que significa que está bien informado.

Kolbe vacila en desengañar «a tan buena persona». De todos modos, le dice que «la mayoría de la población polaca es católica».

En 1938 Polonia no está en Austria, pero sí Austria en Alemania, donde los dioses paganos de la fuerza y del mito

surgen de los bosques en los que el cristianismo los había confinado. Prometen a uno de los pueblos más ricos en cultura de la tierra hacerlo puro, hermoso y sano como la madre naturaleza y dan a luz una especie de dragón microcefálico cubierto de escamas de acero cuya lengua de fuego va a calcinar Europa. Como todo polaco, Kolbe comprende que ese monstruo mitológico dirige la mirada hacia su país, que no puede esperar ayuda por parte del gigante estaliniano, aparentemente adormilado, pero que, con fría mirada, comienza a tomar posiciones para el descuartizamiento. Dice:

«Hijos míos, se acerca un combate sin piedad. No sé lo que ocurrirá exactamente en Polonia, pero debemos esperar lo peor. La guerra está mucho más próxima de lo que parece y nuestra comunidad será dispersada (...). Cuando esto ocurra, debemos dar gracias a nuestros perseguidores y expresarles nuestra gratitud para lograr la gracia de su conversión por medio de María. Nosotros, por nuestra parte, somos invencibles...».

Además, «no hay un rincón en el mundo donde no aparezca la cruz... No huyamos de ella y, si es necesario, carguémosla sobre los hombros y llevémosla de buen grado por amor a la Inmaculada. ¡Qué dulce será la muerte de los que le pertenecen!».

Dulce... pero, en su lógica, la dulzura nace de una conciencia en paz.

Durante los años previos a la guerra la correspondencia de Kolbe trata de asuntos corrientes: importantes, como la extensión de la milicia mariana, la difusión de la prensa y el espíritu de Niepokalanow; las nuevas fundaciones...: menudos, como las dificultades que crea ese amable hermano que ha vuelto de una cura de algunos meses «tras haber expulsado los bacilos y absorbido tal cantidad de espíritu mundano» que se ha vuelto inservible; o el retrato del portero ideal: «El portero debe ser mayor en edad y en vocación, bien enraizado en el espíritu religioso, ya que es el representante de la comunidad ante los que llaman a la puerta del convento. Los visitantes suelen juzgar a la comunidad según el comportamiento del portero. Debe ser capaz de dominarse a fin

de que su espiritualidad no se resienta por el contacto con el mundo. Tiene que armarse de paciencia, de delicadeza, de afabilidad, aunque a veces deba mostrar firmeza y mantener su sangre fría en cualquier circunstancia, hasta cuando un demente —ya ha ocurrido— saca el revólver. Una sola palabra descortés puede causar grandes perjuicios. En ausencia del titular, el hermano que lo sustituía se comportó demasiado rudamente con una persona; a continuación observó que este individuo iba a la cabeza de un grupo que, inmediatamente, se dio la vuelta». Se preocupa también de la instalación de una emisora de radio, ya que la de Niepokalanow no tiene todavía permiso más que para emitir por las de radioaficionados. Siempre ha mostrado interés, como ya hemos visto, por las modernas técnicas de la comunicación. A los trece años inventó, hasta con dibujos, un sistema para transmitir telegramas extraordinariamente parecido a un télex. Pero sobre «el sonido y la furia» del mundo, ni una palabra. Hay que advertir que, para Kolbe, la desgracia es la caída. Y ante sus ojos tiene la de un compañero que acaba de romper sus votos: «Recemos por su alma (...). Éstas son las auténticas desgracias; a su lado, todos los desastres materiales, la enfermedad y la muerte no son nada...».

Después de todo, el Evangelio, dedicado enteramente a las personas, ignora también los acontecimientos históricos de su periferia y no menciona el nombre de Tiberio, como Kolbe no pronuncia el de Adolf Hitler.

A pesar de todo, en una carta al mariscal Rydz-Smigly, heredero político del mariscal Pilsudsky, da rienda suelta a sus sentimientos patrióticos. La carta es de mayo de 1939. Hitler ya se ha tragado Austria y Checoslovaquia. Las democracias occidentales, que no piensan más que en eludir el enfrentamiento con el temor y el destino, acuden a Munich para asegurar al glotón sus pacíficas disposiciones, sin atreverse a pedirle que demuestre las suyas. En Inglaterra Winston Churchill, la encarnación del heroísmo nacional con cara de niño enfadado metido en un baño demasiado caliente, exclama, refiriéndose a las cobardías que le rodean: «Habéis elegido el deshonor para evitar la guerra; ahora tenéis el des-

honor y tendréis la guerra». Es patente que la próxima víctima de Hitler va a ser Polonia.

«Los seiscientos diecinueve religiosos de Niepokalanow y los ciento veinte seminaristas, conscientes de la necesidad del esfuerzo y los sacrificios que el momento exige de todos los ciudadanos del país, han decidido privarse de azúcar (...). La suma correspondiente será destinada a las necesidades del ejército (...). En estas circunstancias, la Inmaculada recibe *in fine* el nombramiento de «condottiera» de Polonia. Esta privación de azúcar parece poca cosa. Los religiosos, que no poseían nada y vivían con muy poco, no habían encontrado otra cosa que ofrecer.

Las cartas posteriores se refieren a la vida cotidiana, la actividad misionera, los periódicos, las profesiones religiosas y los accidentes del camino, los abandonos siempre lamentados y siempre crueles para el corazón de un hombre que vibra al compás de las almas y que se siente desgarrado ante las notas desafinadas, ante las pequeñas traiciones de aquel personaje azufrado, del que ya tenemos noticias y que ahora vacía con un alambre el buzón del convento; las insistentes llamadas a la espiritualidad mariana o lo que se permite llamar los amables recursos de la piedad, como la invitación hecha a los músicos de Niepokalanow —porque el convento tiene su orquesta— para que imiten a los de Zakopane, que rondan a la Virgen con trompetas, tocando canciones populares con toda la dulzura que permiten esos instrumentos del Juicio Final.

Si no cambia el tono de las cartas, el de las alocuciones a los frailes de Niepokalanow es cada vez más grave y se acerca insensiblemente al Evangelio de los últimos días. La víspera de su prendimiento Jesús decía a sus discípulos:

«Mirad que se acerca la hora y ha llegado ya en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo, aunque Yo no estoy solo porque el Padre está conmigo».

Dice Kolbe:

«Hijitos míos, hoy estoy con vosotros, me amáis y yo os amo. Pero no siempre será así: yo moriré y vosotros viviréis. Sin embargo, antes de marchar tengo que haceros una confidencia». Se trata de una gracia excepcional que recibió en

Japón, donde tuvo el gozo de obtener la seguridad de la salvación de su alma. Desgraciadamente, el religioso que relata estas palabras, de matiz testamentario, es impreciso sobre los detalles de esta experiencia mística. Según algunos testimonios, podría tratarse de una nueva aparición a la cual atribuyen, no sé por qué, más razones de probabilidad que a la primera, la de la infancia. Es un buen ejemplo del «método histórico». Sobre la primera tenemos el testimonio de María Kolbe: es dudoso; el segundo es hipotético: hay mayor inclinación a creer en ello.

«Gracias a lo que os digo», continuaba Kolbe, «y cuando recordéis mi experiencia vuestras almas progresarán incessantemente en la vida religiosa. Así seréis capaces de soportar los sacrificios que Dios va a exigir de vosotros a través de la Inmaculada».

Y ahora, la última carta en tiempos de paz, dirigida el 19 de agosto de 1939 a los frailes de Nagasaki:

«Empecé a contestar a las cartas de Japón en junio, pero hasta hoy no he vuelto a encontrar un poco de tiempo libre para continuar haciéndolo.

«En lo que se refiere a la guerra, aquí permanecemos en calma, pero el estado de alerta aumenta de tensión de día en día. Es muy posible que cuando recibáis esta carta haya ocurrido algo; todo está en manos de la Divina Providencia (...)

Ese algo es la invasión de Polonia y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial el día 1 de septiembre de 1939.

Hace tiempo que Kolbe ha fijado en tres palabras las tres etapas de la vida religiosa: «La formación, el apostolado, la pasión». Su formación ha sido completa; su apostolado, excepcionalmente eficaz. La pasión que siempre supo que tendría que vivir un día está acercándose.

LA CAUSA DE LOS SANTOS

Tiene cuarenta y cinco años. Le quedan dos de vida. Sin embargo, antes de entrar en esta fase final de su vida (tan distinta de la anterior como lo son los últimos días de Cristo de sus comienzos, relativamente tranquilos, dedicados a la enseñanza), podríamos preguntarnos si era ya, al empezar su calvario, lo que la Iglesia llama oficialmente un santo.

La sede romana de la Congregación para la Causa de los Santos ocupa uno de los dos grandes palacios de estilo neoalgo que se encuentran uno frente a otro al final de la avenida que llega a San Pedro, por encima de autocares, taxis y vendedores de helados. En el interior, corredores amplios como calzadas y en las oficinas el mobiliario habitual de los establecimientos religiosos, donde la credencia alterna con el fichero y el terciopelo con el cromado-niquelado.

Allí se hacen los santos, cuya vida transcurre ordenadamente en los cajones de los archivadores, reunida en tres volúmenes forrados de tela roja: *La investigación, Las objeciones, Las respuestas*. Es una biblioteca de la fe y de la caridad vivientes, la escuela de la hermosura de las almas, el recinto de las virtudes y el jardín de los milagros.

En las estanterías se observan numerosos espacios vacíos y disponibles, como si los santos registrados se estrecharan unos junto a otros en un exceso de caridad cristiana para hacer sitio a los recién llegados. ¿Optimismo? No. Napoleón. Los huecos son obra suya, como fruto del saqueo de

los archivos del Vaticano a su paso. Los carruajes se sucedieron durante semanas a las puertas de San Pedro; la memoria de la Iglesia se marchaba en carretas atestadas y sólo escaparon a los transportistas los expedientes del Santo Oficio que el Papa había ordenado quemar: contenían documentos sobre las testas coronadas que se referían al secreto de confesión. Se llevaron el resto y la Iglesia ahora sería amnésica si Francia, después del Imperio, no le hubiera permitido generosamente recuperar sus propios bienes. Aunque sólo lo consiguió en parte.

En los archivos reconstruidos no aparecen ni San Pedro ni San Pablo ni ningún santo de los primeros tiempos. Santo era entonces sinónimo de mártir y los testigos de la fe recibían la veneración de los fieles sin necesidad de procesos. Los cristianos sepultados en las catacumbas eran considerados también como mártires, lo que distaba de ser cierto. Además, dado el anonimato de la mayor parte de los sepulcros, podían producirse errores; y así existen fundadas razones para suponer que la famosa y bienaventurada Filomena ha hecho gran cantidad de milagros con un cuerpo que no es el suyo.

Durante mucho tiempo los obispos tuvieron el privilegio de declarar santos a quienes consideraban como tales y ellos mismos subían a los altares de los lugares que habían construido o fundado; de modo que, en los comienzos del cristianismo, se produjo tal inflación de aureolas que hubo que pensar en regular su distribución. Los obispos fueron adoptando la costumbre de hacer ratificar sus decretos por el Papa con objeto de que los santos de su devoción recibieran el culto de toda la Iglesia, y no sólo de su diócesis. Roma aprovechó la ocasión para dictar unas leyes, por otra parte difíciles de establecer, ya que había terminado la época de las persecuciones y, como consecuencia, el martirio no era, como antaño, un criterio de santidad sencillo y definitivo. Así es como llegó a hablarse de «virtudes heroicas», por analogía con el heroísmo de los mártires, noción bastante más exigente a causa de su relativa imprecisión. Según la frase de un Papa, interesado por el expediente de una monjita relegada durante cuarenta años a las más oscuras faenas, la

heroicidad de las virtudes puede consistir en «hacer las cosas ordinarias de modo extraordinario», es decir, con la paciencia, la abnegación, la fortaleza en la contradicción y la perseverancia en el bien que se observa en muchas religiosas y en un número aún mayor de madres de familia, cuya causa no se estudiará nunca en Roma. En lo que se refiere a Kolbe, podemos decir que más bien llevaba a cabo las cosas extraordinarias como si fueran lo ordinario.

Desde hace mil años, es decir, desde que se fijaron las reglas de la santidad oficial, la Iglesia ha proclamado un millar de canonizaciones, una al año por término medio, y hay novecientos noventa y tres en estudio, de las que la mitad son de italianos: los italianos están más cerca de San Pedro, conocen la casa y no se equivocan de puerta. Saben presentar una causa mejor que aquel arzobispo americano, cuyo afán por ver en los altares a un feligrés de su diócesis le hizo enviar a Roma un telegrama avisando: «Preparen todo para la canonización. Voy para allá».

Una canonización es una obra que exige mucho tiempo. La de Juana de Arco duró quinientos años y la de Charles de Foucauld lleva varios estancada: los trenes rápidos funcionan con poca frecuencia por la vía que conduce a la santidad.

Todo comienza por la *vox populi*: la fama de santidad que suscita la devoción popular. Entonces el arzobispo del lugar comienza una investigación y prepara un expediente, que envía a Roma en el supuesto de que la causa merezca iniciarse. Desde entonces el interesado recibe el apelativo de «siervo de Dios». Si Roma decide que hay posibilidades de continuar la investigación, el «siervo de Dios» se convierte en «venerable» y se emprende el estudio de su vida, sus fundaciones y sus escritos; éstos pueden volverse en contra suya y nunca influyen a su favor de manera decisiva, ya que la Iglesia considera que uno puede escribir muy bien y comportarse como si no se hubiera leído a sí mismo. Así, el benedictino Dom Marmion, que hablaba maravillosamente de las vanidades de este mundo mientras tomaba el té con las duquesas, dejó su aureola en la taza junto al limón.

El procedimiento no es tan fiero como los leones de los primeros siglos, pero sí riguroso, prudente y complejo. Los testigos juran decir la verdad y los que cometieran perjurio quedan sometidos a la pena de excomunión, que solamente puede levantar el Papa. A continuación entran en escena las comisiones, una especie de tribunales; un postulador que presenta la causa con la colaboración de un abogado; y un Promotor General de la Fe, más conocido como Abogado del Diablo, cuya misión consiste en hacer resaltar los puntos débiles del expediente o, por el contrario, rechazar las observaciones poco fundadas de los consultores que declaran por escrito y de los expertos que investigan los milagros. Si su juicio es favorable, «el venerable siervo de Dios» pasa a ser beato. Esto es la beatificación. A continuación llega lo que se llama «el testimonio de Dios», es decir, los milagros. Es necesario uno al menos para pasar de la beatificación a la canonización.

Algunos candidatos son fértiles en prodigios; otros lo son menos. Pío XII, quien, según la opinión general, vivía de modo ejemplar, no hizo milagros; Juan XXIII hace más de los que le piden, anticipándose al reconocimiento oficial de la heroicidad de sus virtudes. Los mártires no necesitan milagros y la autopsia de su personalidad no es tan escrupulosa como la de «los confesores de la fe»; se considera su muerte como un bautismo de sangre, quedando olvidado todo lo que precede a su sacrificio, que se convierte en el día de su auténtico nacimiento. En revancha, las circunstancias de su muerte son examinadas con una minuciosidad exquisita.

Según vimos al comienzo de esta obra, Pablo VI había beatificado como «confesor de la fe» a Maximilian Kolbe y Juan Pablo II lo canonizó como mártir. Hubo de sufrir, por tanto, dos procesos: el primero sobre la heroicidad de sus virtudes y el segundo sobre su sacrificio; por decirlo de algún modo, uno sobre su vida y otro sobre su muerte. Ha llegado el momento de liquidar el primero.

El abogado del diablo pasea un rostro melancólico por los corredores del palacio de los santos: las nuevas reglas de la Congregación le han dejado sin empleo; ahora es el Teólogo, por excelencia desde luego, y sus antiguas atribucio-

nes están repartidas entre los Eminentísimos Informadores. Sin embargo, durante el proceso de Maximilien Kolbe aún ejercía sus funciones de investigador supremo en toda su extensión. Como todos los expedientes del documento pasaban por sus manos, le correspondía decidir la autenticidad de la perfección o la insuficiencia de la vida y obras del presunto santo; expediente que presentaba al juicio del Santo Padre acompañado del alegato de la defensa. Lo hemos visto aparecer con frecuencia en estas páginas, apuntando con dedo acusador lo que creía un fallo o un error; pero, a decir verdad, sus argumentos carecían de consistencia.

Observa, en primer lugar, que los testigos proyectan retrospectivamente la luz deslumbradora de la muerte de Kolbe sobre su vida; esto conduce a una idealización de su persona y el entusiasmo «colectivo e incontrolado» pierde al mismo tiempo ponderación y discernimiento. «Todo gran acontecimiento histórico necesita un héroe», dice, «y así la última contienda mundial ha encontrado el suyo en Kolbe, en pie sobre el fondo y en el marco de Polonia, que ha salido de la guerra más cruelmente maltratada que todas las demás naciones».

El abogado del diablo conserva su ponderación: no pierde el control de sí mismo. Según su punto de vista, Kolbe está incuestionablemente movido por un gran deseo de perfección, pero considera obstaculizado su itinerario por «su individualismo, su carácter obstinado, una naturaleza sentimental y romántica, una peculiar imaginación de ‘caballero andante’ (léase quimérica), su nacionalismo, etc., que han hecho de él una personalidad de las más interesantes, es decir, como se ha declarado, ‘una de las más ricas y fascinantes de nuestro tiempo’, pero lo han alejado de los clásicos esquemas de la santidad (lograda por la renuncia de sí mismo a través del esfuerzo constante por mejorar y superar su propia naturaleza a fin de conseguir el equilibrio de las virtudes en la armonía con un plan superior) para situarle en contradicción con la Regla y las Constituciones de su Orden».

Todo el alegato del abogado del diablo versa sobre este tema. Kolbe era «una personalidad *sui generis*, algo desconcertante», lo que la buena sociedad llama «un original». Tam-

bién lo fue Francisco de Asís cuando se desnudó en la plaza pública, apartándose así, como un proyectil, de «los clásicos esquemas de la santidad».

Hemos señalado de paso las indicaciones de la acusación sobre el modo en que Kolbe vivía las virtudes de la fe, la esperanza, la caridad y las anejas de la prudencia y la humildad. La evidencia de que las ha practicado hasta el heroísmo se impone hasta al mismo abogado del diablo, que es un hombre honesto y que, tras haberlo criticado como un examinador reticente, acaba como un juez conquistado por el reo. Se rinde, pero asegura:

«En el momento de arriar las velas, me encuentro en la obligación de declarar que, al situarme en la orilla opuesta, he tenido que hacer un esfuerzo para sustraerme a la fascinación que ejerce la figura de este 'loco sublime', junto a quien se respira el aire puro de las alturas. Estoy convencido de que el diligente postulador de la causa sabrá encontrar argumentos válidos para disipar las sombras y colocar a Maximilien Kolbe, el ilustre hijo de San Francisco y de la Orden de los hermanos menores conventuales, en la plenitud de su luz».

El primer proceso de Kolbe ha sido tranquilo y la defensa no se ha visto obligada, por decirlo de algún modo, a alzar la voz para obtener una sentencia favorable sobre el tema de las virtudes. El segundo proceso, el del martirio, va a ser más agitado, la oposición más categórica, la defensa más insegura; y es que Maximilien Kolbe, tras salirse de los «clásicos esquemas de la santidad», va a salirse también de los del martirio. Entremos ahora en el primer círculo de su Pasión, que comienza por la de su patria.

NO OLVIDÉIS EL AMOR

El 1 de septiembre de 1939 Hitler cruza la frontera y lanza los tanques contra la caballería polaca, tan heroica y destruida como de costumbre. Los aliados declaran la guerra a Alemania, pero nada más. La marina británica apenas aumenta la presión de sus calderas. El ejército francés, considerado hasta entonces como el más poderoso del mundo, se desparrama por la línea Maginot, derretido vivo. Ingleses y franceses asisten inmóviles al despedazamiento de la víctima, aún caliente, a manos de Hitler y de Stalin, quien avanza para tomar Polonia por la espalda y rematarla. La conciencia universal balbucea su repulsa ante ese crimen contra un pueblo que solamente estaba protegido por los tratados, mientras las cobardes democracias burguesas esperan todavía que el dragón, saciado, se olvide de mirar hacia ellas.

El huracán se acerca; el 5 de septiembre se detienen las máquinas en Niepokalanow. La aviación alemana bombardea Varsovia, dejando caer de paso sobre la ciudad mariana algunas bombas que causan pocos daños y no hieren a nadie. Sin embargo, las autoridades civiles obligan a Kolle a dispersar a la comunidad. Los seiscientos sacerdotes religiosos del mayor convento del mundo van a dispersarse por la naturaleza después de recibir de su superior todos los refuerzos que su fe prodigaba generosamente. el consejo ac-

cesorio de abstenerse de alcohol y tabaco y, ya en el umbral, la última recomendación:

«¡No olvidéis el Amor!».

Unos cuarenta frailes aproximadamente rehusaron marchar y se quedaron apiñados en torno a Kolbe en el convento abandonado, donde únicamente se oía el débil sonido de la oración y de las malas noticias. Mientras las líneas polacas de defensa caían una tras otra, ellos se preguntaban por su suerte, por si serían detenidos, tolerados, fusilados o aplastados por las bombas, que ya habían causado en la vecindad gran número de víctimas, acogidas en la enfermería ampliada por Kolbe. El 12 de septiembre ya no había frente y la marea verde se extendía por el país. Todas las mañanas Kolbe, después de la Misa, preparaba a sus compañeros para lo peor. El 19 unos camiones alemanes se presentaron para detener al resto de desertores del éxodo, excepto a dos de ellos, a quienes autorizaron, como favor, a quedarse con los heridos. Una fotografía, tomada por uno de los numerosos soldados de la Wehrmacht, que no desperdiciaban ocasión de enriquecer sus álbumes con los tristes recuerdos de otros, nos muestra la frágil columna de capuchas o sombreros negros saliendo de Niepokalanow, encabezada por un enfermo apoyado en un bastón: Kolbe, que se dirigía hacia lo desconocido, como si fuera a las misiones y por una vez sin pagar, según decía, los gastos del viaje.

Los camiones se detuvieron en Czestochowa, en la gran avenida que conduce al santuario, lo que fue considerado no sólo como un favor, sino como una promesa del destino. Se unieron a los frailes seiscientos prisioneros civiles y todos entraron a empellones en un tren con dirección a Alemania. Llegaron cinco días después, acompañados de la fama de «arrancadores de ojos» otorgada por la propaganda nazi, ante las tiendas de campaña, las alambradas y las garitas de vigilancia del campo de concentración de Amtitz. La deportación eliminatoria no había alcanzado aún el nivel industrial, pero el régimen del campo, si no era deliberadamente exterminador, sí pasablemente vejatorio. Los prisioneros, hambrientos, chapoteaban en el barro, dormían encima de paja y luchaban contra los piojos, las ideas negras y

la falsa acusación de «arrancadores de ojos» que hacía desconfiar a los guardianes. Kolbe no cesaba de fortalecer su fe, sin imaginarse que algún día la suya iba a ser concienzudamente discutida y, como apenas tenía sueño, por la noche iba tapando a los que dormían, despertándolos a veces con su solicitud y asombrándoles por su delicada humildad. Sin embargo, para él un minuto de vigilia no era un minuto perdido. Únicamente temía dejar pasar una ocasión de ejercitar la caridad, ocasión que no encontraría en el cielo, donde, según decía, ya no se puede sufrir por amor; y ése es el único motivo de aprensión de los santos.

Anunciaba la próxima liberación de todos gracias a la intercesión de la Inmaculada y ellos le escuchaban con los pies en el agua, el vientre vacío y una confianza que aminoraban las primeras heladas del otoño. Después de remontarles la moral, se dirigía a hablar de su alma con los soldados y con el jefe, quien, según parece, no era insensible al lenguaje de la fe. Desde aquel campo los trasladaron a otro más cercano a su patria, situado en la localidad alemana de Schildberg, que luego resultó polaca como consecuencia de uno de esos movimientos laterales a los que está sujeta la geografía de Polonia. Era un convento de salesianos expulsados o, por supuesto, prisioneros. El alojamiento, algo menos precario que en Amtitz; pero el régimen no era mejor y la acogida oficial, poco calurosa.

De todos modos, el comandante, un antiguo pastor, no era un carcelero implacable y de vez en cuando daba permiso a los prisioneros para que, acompañados por dos soldados, fueran a buscar víveres al pueblo. En el fondo, y tal y como se deduce de sus cartas, se sentía muy impresionado por el padre Kolbe. Éste proseguía imperturbable su misión y reiteraba sus profecías optimistas, que terminaron por cumplirse. Una mañana de diciembre el comandante reunió a trescientos de sus internos, entre ellos nuestros franciscanos, para comunicarles que regresaban a sus casas. Luego avanzó hacia Kolbe para ofrecerle ceremoniosamente, como el que condecora a un héroe delante de la tropa, lo mejor que tenía: doscientos gramos de margarina. A cambio de este viático recibió inmediatamente una medalla milagrosa,

ANDRÉ FROSSARD

de la que no se separó jamás, aunque cometió el error de no colgársela al cuello. Desapareció al final de la guerra junto a sus equipajes, volatilizada por un obús americano carente de discernimiento.

El día que los fieles a María vieron abrirse la puerta de la prisión era el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción.

Después de algunos rodeos ferroviarios, Kolbe y sus compañeros regresaron a Niepokalanow. La estatua de María yacía a la entrada en fragmentos diseminados. La iglesia había sido destrozada y los locales saqueados; quedaban algunas máquinas anticuadas y unos muebles desencajados. Los hermanos, consternados, miraban a Kolbe, preguntándose cuál sería su reacción ante aquel desastre. Él, por su parte, preparaba ya los planos de la restauración. Su mejor obra, la que nadie podía destruir, no era su convento: era él mismo.

23.

LA TREGUA

Por supuesto, los deportados provisionales nunca recibieron una explicación sobre su confinamiento. El ocupante que quería ocupar sin dificultades había detenido, al mismo tiempo que a ellos, a miles de sacerdotes en toda Polonia para no tener que preocuparse por aquellos individuos que tenían la propiedad de mantener en sus compatriotas una esperanza contraria a la liquidación completa de la guerra. La liberación de algunos de ellos se debía o bien a que el ejército ya estaba sólidamente asentado en la zona o bien que los servicios de seguridad creían más fáciles de localizar los núcleos de resistencia que suponían iban a formar en su entorno.

La correspondencia de Kolbe, interrumpida por la penosa excursión a las alambradas que crecían como grama en los territorios del Reich, se reanuda en diciembre de 1939 con una carta «al oficial del distrito alemán de Sochaczew», de quien dependía Niepokalanow; solicita de este personaje, que asume todos los poderes, la autorización para continuar con la publicación de *El Caballero*, lo que implica levantar los precintos de las máquinas viejas desdeñadas por los salteadores del convento. Las razones que aduce exponen los profundos motivos de esa especie de neutralidad política, completamente aparente, que va a observar durante el poco tiempo que le queda de vida: «El único objeto de esta revista», escribe (a lápiz, ya que el texto definitivo va traducido al alemán) es la difusión en las almas del amor y la devo-

ción a la Inmaculada. Creemos firmemente que vive en el Paraíso y que ama a todas las almas de esta tierra, aunque no todas conozcan o recuerden su amor tal y como Ella lo merece (...). Deseamos dirigirnos a todas las almas del mundo en todas las lenguas para describir las gracias que derrama en los corazones (...). Hasta ahora *El Caballero* sólo se publica en latín, polaco, italiano y japonés, mientras que las hojas de inscripción a la milicia mariana se imprimen en trece lenguas, es decir, en polaco, inglés, árabe, checo, latín, flamenco, holandés, japonés, francés, lituano, alemán, portugués e italiano; de todos modos, no queríamos omitir, con el tiempo, ninguna de las demás lenguas habladas comúnmente en toda la tierra (...).

»*El Caballero* está exclusivamente al servicio del amor; y, si en algún momento llegara a faltar en el menor detalle a la caridad cristiana, sería ciertamente contrario al espíritu de la 'milicia' y a las intenciones de los superiores de nuestra Orden.

»La política no forma parte de los fines de la 'milicia', como lo demuestran los estatutos que se acompañan; por lo tanto, *El Caballero*, que es su revista oficial, tampoco se ocupará de ella».

Según Kolbe, el amor, que vive de la fe como el odio vive de sí mismo, era lo único que había que salvar en aquel mundo en el que continuamente se veía surgir la espantosa faz de Moloch entre las tinieblas de una nueva barbarie. El amor, que procede de Dios y sobre el que nada terreno tiene poder alguno, debía establecer entre los corazones limpios una red de complicidades semejante a la que unía a los cristianos de las catacumbas. Por este motivo, Kolbe no hizo de Niepokalanow un centro de resistencia política, que habría sido destruido en un cuarto de hora, además de haber obligado, sin duda, a sacrificar alguna vez el Evangelio a la eficacia. La línea de resistencia de aquella Polonia, concentrada de nuevo en su fe como pueda estarlo Cristo en el menor fragmento de la Eucaristía, pasaba por las almas amantes, trascendía el dolor y la opresión de los invasores, a los que Kolbe llamaba irónicamente «nuestros invitados».

Tres meses después renueva la petición al mismo oficial con nuevos argumentos: «Dentro de cien años, de doscien-

tos, no viviremos ni usted ni yo. Entonces se habrán resuelto todos nuestros problemas, incluidos los más importantes, y sólo quedará uno: ¿existiremos aún en ese momento? ¿Y dónde? ¿Seremos felices? Y esto se puede aplicar a todos los hombres. Cada hora que pasa nos acerca más a ese tiempo. Nuestra revista se ocupa de temas de este tipo». A continuación le aclara que «la Santísima Virgen María no es una fábula, sino un ser vivo que nos ama personalmente». Desgraciadamente, Ella y su amor no son bastante conocidos. Él no siente odio, asegura, hacia ninguna persona de esta tierra; y ese sentimiento es absolutamente desconocido en el convento. Si quiere confirmarlo, no tiene más que ir a visitarlos.

El oficial del distrito archiva la carta. La Virgen María no forma parte de sus administrados y no siente curiosidad por saber dónde estará dentro de doscientos años.

El 21 de mayo de 1940 Kolbe escribe a los hermanos dispersos de Niepokalanow: «Queridos hijos (...). Un solo acto de amor perfecto da nueva vida al alma (...). En la práctica no es tan difícil, pues el origen de ese acto es el amor dispuesto al sacrificio: tratemos de complacer a la Inmaculada pagando con nuestra persona, sin preocuparnos del premio o del castigo». A continuación hace un resumen de las nuevas actividades de Niepokalanow.

En espera de la autorización para publicar, que no llega, Kolbe transforma su «convento editorial» en un centro de asistencia y de atención a la población de los alrededores, alojamiento de refugiados, reparaciones mecánicas y producción de alimentos. Diariamente visitan la enfermería sesenta o setenta personas que se surten de medicinas en la pequeña farmacia del convento o ingresan en el hospital montado en el edificio del refectorio. El taller de mecánica repara las máquinas y los instrumentos agrícolas de los campesinos de los alrededores. El de carpintería fabrica mesas, sillas, bancos, banquetas, cajas para huevos, barcas para el departamento de comunicaciones. Los frailes sastres hacen hábitos; los zapateros remiendan los zapatos viejos o los fabrican nuevos. Los hermanos cocineros preparan tres veces al día las comidas de mil quinientos refugiados que se comen el pan de la panadería y ocupan casi todo el convento.

Los hermanos hortelanos plantan coles, tomates, pepinos y patatas en la menor zona de terreno cultivable. Reparar relojes, fabrican queso y, como no se puede olvidar el motivo de la entrada en el convento, y puesto que es imposible obtener ese valioso artículo en ninguna parte, moldean en escayola estatuitas de la Inmaculada, sin la cual no sabrían muy bien lo que están haciendo en este mundo.

A comienzos de 1940 las democracias occidentales han perdido el ejército francés, destruido o prisionero, y solamente Inglaterra se enfrenta a Hitler con la ayuda de algunos voluntarios escapados al desastre militar del continente y reacios a la resignación. La bandera nazi ondea sobre ocho capitales con su insignia negra en forma de engranaje fatal. En Polonia no existe más ley que la del vencedor, quien va poniendo en marcha lentamente su dispositivo de condena a muerte o esclavitud de los vencidos. En Niepokalanow Kolbe —tan incapaz de desanimarse como de permanecer inactivo—, desde su lecho de enfermo, dirige frecuentemente a los cien religiosos de la nueva empresa que ha creado sobre los cimientos de la antigua. Ese menudo franciscano, desconocido durante tanto tiempo, podría tener al ave fénix como emblema. Destruid su obra: al día siguiente renacerá en forma distinta. Reducid el perímetro de su acción: trabajará en profundidad. Cerrad su imprenta: abrirá una cantina. Hacedle callar: sus manos generosas dirán lo que su boca ya no puede decir. Prohibidle manifestar su fe: cultivará la esperanza; y la caridad que expresaban sus escritos se expresará en el hospital.

Durante 1940 el sistema de Kolbe para recuperar el amor en quiebra funciona a pleno rendimiento. Desde diciembre de 1939 acogió a 3.500 expulsados de la región de Poznan. Entre ellos, 1.500 refugiados de religión judía. Mejor era no hablar a los supervivientes al final de la guerra del «antisemitismo» de Kolbe. Niepokalanow fue su último descanso de dulzura y fraternidad en esta tierra. Desde el punto de vista judío, el único error de Kolbe fue dejarse impresionar durante algún tiempo por el falso «Protocolo de los sabios de Sión», un supuesto pacto internacional entre unos imaginarios judíos conjurados para hacerse con el poder. En aquella época muchas personas creyeron en tal su-

perchería, lo que no les impidió recibir a los judíos con los brazos abiertos o perseguirlos para recordarles los deberes y los derechos de su elección. Los de Niepokalanow, en todo caso, dieron testimonio escrito de su gratitud.

El ocupante se sirve del complejo Kolbe como de una institución benéfica, además de como una estación de paso; y le envía a gente —polacos, judíos o católicos— y también a los *Volksdeutschen*, es decir, «a los expatriados de lengua alemana recuperados en los países conquistados, a los que reagrupan antes de devolverlos a Alemania o establecerlos en territorios anexionados». Kolbe aprovecha la ocasión para conseguir bonos de avituallamiento y localizar a los religiosos dispersos. Cuando se agotan los recursos, los frailes recorren el campo pidiendo limosna a los que no tienen gran cosa para los que no tienen nada. Kolbe, en sus cartas, llama por su nombre a cada uno de los refugiados: son deportados, excepto, y no es seguro, los *Volksdeutschen*. La única duda, de momento, es su destino.

Al cabo de unos meses llega por fin la autorización para publicar un número de *El Caballero*. Aparece con motivo de la fiesta mariana del 8 de diciembre, imprimido en las viejas rotativas despreciadas por los saqueadores, y contiene textos de Kolbe. El primero es un editorial definiendo las intenciones de la revista y proponiendo, con resuelto optimismo, unas suscripciones que tienen la particularidad de ser gratuitas para los que no puedan pagarlas. El segundo es un canto a la gloria de María con ocasión de la fiesta de la Inmaculada Concepción, fecha frecuentemente señalada en la vida de Kolbe por un acontecimiento feliz o desgraciado. El tercer texto, titulado «La Verdad», es una especie de mensaje cifrado a través de una redacción transparente. Podría parecer una inocente exposición sobre lo provechoso del principio de identidad («A es A»): yo no puedo afirmar y negar una cosa al mismo tiempo y, aunque aparezcan innumerables detractores para sostener lo contrario, la verdad no resulta afectada, porque la verdad es poderosa, porque es una. Nadie es capaz de cambiarla; sólo se la puede buscar, en-

ANDRÉ FROSSARD

contrar, reconocer y vivir de acuerdo con ella; la felicidad que todo hombre busca en este mundo sólo puede construirse sobre ella; sin ella lo único duradero es la mentira. Y esto se aplica lo mismo a cada individuo que a toda la humanidad. Estas edificantes aseveraciones, de apariencia anodina, atacaban directamente a los principios básicos del régimen nazi, que reposaba, como todo régimen totalitario, sobre la indiferenciación instituida entre el bien y el mal y sobre la permanente convertibilidad del bien y del mal.

El oficial del distrito se arrepintió inmediatamente de haber concedido la autorización. Este artículo será el último que Kolbe escriba en su vida.

24.

EL ARRESTO

Tras unos meses de estancia en Niepokalanow, algunos de los huéspedes, de status confuso, conseguían el permiso para regresar a sus casas; a otros les asignaban residencia en distintas regiones del país; los más desafortunados eran enviados a unos campos que se sabía eran terribles, aunque se ignoraban los motivos concretos. La verdad sobre los campos de concentración nazi era muy mal conocida. El autor de estas líneas, internado por la Gestapo en el «barracón de los judíos» en el fuerte Montluc, de Lyon, y que estaba lo mejor informado posible sobre los métodos nazis, se imaginaba en 1943, como todos sus compañeros de cautiverio, que los campos eran una especie de cárceles al aire libre, con más trabajo y menos ejecuciones. Los judíos deportados pensaban escapar así de las matanzas de rehenes que despoblaban periódicamente el «barracón» y lo abandonaban con las ilusiones del detenido que prefiere la cárcel a la comisaría.

Mientras Kolbe, con la ayuda de los cada vez más numerosos frailes, se esforzaba por consolidar su obra, el ocupante se empeñaba en desnaturalizarla. Convirtió uno de los edificios en almacén de municiones, lo que proporcionó un buen pretexto para aumentar la vigilancia de los demás. La Gestapo, sospechando la falta de agradecimiento de los refugiados hacia el Reich, hacía frecuentes incursiones en el convento, infiltrando en él agentes, rápidamente detectados,

que elaboraban los informes perjudiciales que se esperaba de ellos. Kolbe los encomendaba y les colgaba medallas, igual que a los vigilantes. San Francisco de Asís predicaba a los pájaros; él predicaba a las águilas alemanas con desiguales resultados. Se presentaron unos periodistas del diario alemán de Varsovia, que fueron recibidos cortésmente, comieron sopa, se marcharon y publicaron un artículo en el que denunciaban a Niepokalanow como un nido de resistencia política. Un funcionario del distrito apareció un día con su amante e introdujo a aquella mujer pintarrajeada en el cuarto de Kolbe, como hicieron los parientes de Santo Tomás de Aquino con una avispada profesional para arrancarle de la metafísica e inducirle a participar en las diversiones propias de la gente de su edad. Santo Tomás expulsó a la mujer con un tizón encendido. En esta ocasión, la tentadora quedó libre después de recibir un sermón y el alcahuete una clase de filosofía sobre el celibato eclesiástico.

Hubo otra visita que podía tener más graves consecuencias, y quizá las tuvo. Un día de verano los enviados del departamento, obedeciendo a las autoridades de Varsovia, le ofrecieron la ciudadanía alemana basándose en la consonancia germana de su apellido y en su dominio del idioma. Si aceptaba, pasaría a ser un *Volksdeutscher*, uno de aquellos vasallos ficticios que él solía alojar en su convento. Estaría a cubierto de arrestos arbitrarios, obtendría todas las facilidades administrativas para continuar su obra y su relativa inmunidad se extendería a todo el convento. Recordemos que Kolbe, de niño, lloraba amargamente cuando sus compañeros se burlaban de su apellido, considerándolo demasiado alemán para ser polaco. Los enviados, incapaces de comprender que se pudiera dudar en pasar de la situación de ocupado a la de ocupante, le oyeron, sorprendidos, rechazar el ofrecimiento.

El abogado del diablo no considera necesario tomar en cuenta esta reacción patriótica en el proceso de beatificación.

Tras su regreso de Amtitz, sus compañeros le rogaron en múltiples ocasiones que se escapara de allí aprovechando los imprevistos del viaje. Lo veían más amenazado que a los de-

más a causa de su fragilidad física y de las responsabilidades que lo ponían en evidencia. Lo consideraban imprescindible para la Orden, para la Iglesia, para su propia esperanza. Y les asustaba su insistencia en que no vería el final de la guerra. Sin embargo, él llamaba deserción a lo que los otros llamaban evasión. Ni siquiera se lo planteaba.

En esos tres meses de libertad, la opresión no le hace desviarse un ápice de su camino espiritual y el tono de sus cartas no cambia. Imperturbable, habla de todo con absoluta ecuanimidad:

«Creo que no debemos aceptar un préstamo ni cobrar estipendio de quienes solicitan nuestra ayuda: tenemos que proporcionarles, si podemos, todo lo que necesiten».

«Dejemos obrar a la Divina Providencia (...). Muchos de los que antes nadaban en la abundancia y apenas pensaban en la eternidad, ahora que son pobres se preocupan por su alma».

«La vida en este mundo es corta. Hay que tratar de prepararse para la eternidad. Este grano de trigo en medio del universo que llamamos tierra llegará a su fin y todos los problemas terminarán con él».

«No os preocupéis por el cabello. Nuestro padre San Francisco de Asís no se paseaba con un peine y un espejo de bolsillo. Tampoco podemos imaginárnoslo con un cigarrillo en la boca».

«La consagración a María es propia de corazones intrépidos que no temen la adversidad ni las traiciones, ya que en todas las representaciones de la Virgen se ve a la serpiente bajo sus pies».

«La naturaleza siente temor ante el dolor y la humillación; sin embargo, a la luz de la fe debemos acogerlos con agradecimiento, como un medio de purificación de nuestras almas».

«La calma es imprescindible en medio de la tormenta exterior e interior. Los apóstoles la perdieron cuando soplaba el vendaval sobre el mar de Tiberíades y Cristo les reprochó su falta de fe».

«Ya está resuelto el problema del pelado de patatas (los alemanes les hacían pelar a diario sesenta patatas por fraile. Probablemente Kolbe ha inventado un aparato)».

«¡Queridísima mamá! Estoy intentando conseguir la autorización para publicar un nuevo número de *El Caballero* en febrero de 1941».

«Había soñado con dejar mis huesos en los cimientos de la Niepokalanow japonesa. ¿Quién sabe dónde habrá decidido la humanidad que los deje un día?».

«Reverendísimo Padre (...): no me parece adecuado el sistema del bastón en la formación (de los jóvenes religiosos) (...). El desarrollo de la vida en la naturaleza se produce por medio del sol y del rocío (...)».

«En estos momentos nos dedicamos sobre todo a los trabajos manuales para ayudar a los habitantes de los alrededores, en especial a los más pobres».

Y, por fin, a Cornelius Kaezmarek. Dirección: Dachau:

«Estás vivo, gracias a Dios y a la Inmaculada». Describe a continuación los diversos aspectos de las actividades de Niepokalanow, donde hace algún tiempo han instalado una antena médica de la Cruz Roja para los prisioneros de guerra polacos.

Ésta es su última carta como hombre libre o, más bien, como hombre en libertad vigilada.

Su negativa a aceptar la nacionalidad alemana, los informes de los espías justificando con mentiras la confianza de la policía, no podían quedar sin efecto. La Gestapo, recelosa de una obra benéfica cuyo fundador declinaba el honor de integrarse en el gran Reich, convocó a un hermano recientemente expulsado de Niepokalanow por haber tenido la desafortunada idea de fabricar en ella moneda falsa, lo interrogó sobre unas imaginarias actividades subversivas del padre Kolbe y le hizo firmar una declaración verbal en la que decía en alemán lo contrario de lo que afirmaba en polaco: por lo menos, eso es lo que este testigo ha mantenido desde entonces. En cualquier caso, su declaración, amañada o no, se convirtió en una pieza acusatoria clave en contra de Kolbe.

Por otra parte, en febrero de 1941 Hitler preparaba su gran ofensiva contra Rusia, que debía tener lugar en mayo y que hubo de aplazarse por un yerro de Mussolini: su avidez de conquistas le hizo precipitar al ejército italiano sobre el avispero griego, donde habría perecido sin la ayuda de las

tropas alemanas. Aunque diferido, el asalto contra Stalin estaba próximo y Hitler aplastaba metódicamente la tierra bajo sus pies, así como a los habitantes de Polonia, para maniobrar a su gusto; mientras que al otro lado de la línea fronteriza Stalin llenaba de oficiales polacos las fosas de Katyn. Los dos mayores embusteros de la historia contemporánea se encontraban frente a frente. Y, curiosamente, el embustero oriental, que desconfiaba de todo el mundo, concedía crédito al acuerdo firmado en papel mojado con el embustero occidental, que mentía hasta el punto de inspirarle confianza: no creía en los informes que le anunciaban el inminente avance de los tanques germanos.

Hitler tenía que asegurar la retaguardia de su futura campaña en Rusia y hacer de Polonia una nación absolutamente inofensiva, no sólo reprimiendo brutalmente sus últimos estremecimientos o alejando a la población sospechosa o molesta, sino eliminando preventivamente a todos los que, un día u otro, pudieran suscitar o atraer eventuales movimientos de resistencia: las élites en general y, en particular, intelectuales y sacerdotes. Kolbe entre ellos. Esta política, unida a la de Stalin, matará a seis millones de polacos, judíos y católicos entre 1939 y 1945.

La noche del 16 de febrero de 1941, víspera de su arresto, Kolbe explicaba a un grupo de discípulos jóvenes la dicha de recibir la llamada a derramar su sangre por un ideal. A continuación mantuvo una larga conversación con cinco religiosos de los primeros tiempos de Niepokalanow y se repartieron una galleta, como se repartió el pan en el Cenáculo. Luego regresó a su celda y apenas durmió. Seguramente, como Cristo en la víspera de Su Pasión, sabía que había llegado su hora.

A las dos de la mañana despertó a un fraile y rezó con él en su celda.

A las cuatro otro religioso, que recibió su visita, observó la palidez de su rostro.

Aquella noche, dice el Evangelio, en el monte de los Olivos, en un lugar llamado Getsemaní, Jesús, que oraba aparte de sus discípulos, se acercó a ellos, los encontró dormidos y les dijo: «Triste está mi alma hasta la muerte». Luego

se retiró para orar, volvió otra vez y, al hallarlos dormidos de nuevo, les dijo: «¿No habéis podido velar conmigo una hora?».

Al amanecer le avisaron de que la policía de Varsovia, donde tenía amigos hasta entre el enemigo, iba a hacer un registro.

Se vistió el hábito de franciscano de los domingos, despachó algunos asuntos corrientes con un secretario y esperó.

A media mañana el hermano portero le previno por teléfono de que una fila de vehículos estaba entrando en Niepokalanow. Colgó el aparato y murmuró: «Bien, María».

Los policías lo encontraron en el umbral. Les saludó: «Alabado sea Jesucristo», como lo exige la cortesía de los conventos. Después de asegurarse de su identidad, quedaron sorprendidos al recibir una invitación para visitar los talleres. Aceptaron. Al acabar el recorrido, le comunicaron su detención y reclamaron a otros cinco frailes, aunque solamente obtuvieron cuatro: el quinto, que suponían en Varsovia, estaba en su cuarto, donde nadie pensó en ir a buscarlo.

En el momento en que subían a los coches, uno de los hermanos se acercó a Kolbe y le entregó un poco de pan con mantequilla dentro de una bolsa de papel. Otro, mucho más joven, pidió permiso para acompañarlos. Los policías replicaron que no valía la pena, que volvería enseguida.

Cuando el vehículo arrancó, Kolbe hizo un gesto amistoso a los hermanos, pegados a los cristales de las ventanas.

Entonces, dice el Evangelio, lo entregaron a los soldados para que lo flagelaran.

25.

PAWIAK

Ignoramos si el padre Kolbe conoció los motivos de su segunda detención mejor que los de la primera. No existe constancia del interrogatorio y parece que la Gestapo, a raíz de su incursión en Niepokalanow, solamente le preguntó sobre sus enseñanzas: hacía poco tiempo que en Polonia estaba prohibido formar sacerdotes.

En compañía de los cuatro frailes ingresó en la prisión de Pawiak, un monumento carcelario tan aureolado de terror en Varsovia como podría serlo la Lubianka en Moscú; los metieron en una sala común, donde una treintena de detenidos, lisiados o destrozados, esperaban el juicio —dudosa ventaja—, la deportación o el fin a manos de la policía. Después los separaron y fueron confinados en distintos lugares de la cárcel.

En una sala común o en una celda, Kolbe seguía siendo Kolbe. Más atento a los demás que a sí mismo, vivía su reclusión como un designio de la Providencia aceptado sin una queja y con el único afán de hacer brotar un poco de esperanza en aquel estéril escenario.

La administración penitenciaria autorizaba a los presos a enviar noticias a condición de que éstas fueran buenas y redactadas en alemán. Niepokalanow recibió seis cartas; una de ellas consistía en una simple cuartilla impresa en la que el remitente sólo tenía que poner su nombre y su firma:

«24 de febrero. Enviadnos a cada uno una caja de cartón con una camisa, un par de calzoncillos, dos pares de cal-

cetines, dos toallas pequeñas, dos pañuelos, un cepillo de dientes y pasta dentífrica. Los cinco paquetes, dirigidos a cada uno por separado, se entregarán en el comisariado VII, en la calle Krochmalna. Junto al nombre del destinatario deben figurar los nombres de sus padres (los supuestos remitentes). Se ruega enviar a cada uno la suma de 10 zlotys (para los sellos)».

«13 de marzo. Querido hijo (su sustituto en Niepokalanow): he recibido tu tarjeta y el segundo paquete de ropa. No envíes artículos de escritorio ni otros paquetes a no ser que te lo pida expresamente. Cuida tu salud. Todos los hermanos están rezando mucho y bien, trabajan y no están tristes, ya que nada puede sucedernos sin que el Señor y la Virgen Inmaculada lo sepan y lo permitan».

«2 de abril. Querido hijo: gracias por tu carta del 22 de marzo. Antes había recibido la del hermano Arnoldo, que ya he contestado. También ha llegado el dinero. Doy gracias a la Virgen María porque ahí todo va bien y todos se esfuerzan en cumplir sus deberes. Hace algunos días que estoy en la enfermería con fiebre. El padre Batosik (que morirá en Auschwitz) ha tenido una neumonía con fiebre alta, pero ahora está mejor, aunque bastante débil. En el comisariado VII de la policía polaca podéis informaros sobre el envío de los paquetes de Pascua. Debéis dirigirlos a cada uno por separado, porque no estamos juntos. Es conveniente que recibamos dos o tres tarjetas para poder contestar. Mis cariñosos saludos a todos con la insistente petición de oraciones».

«1 de mayo (La cuartilla impresa). Tengo permiso para recibir paquetes de cinco kilos de víveres dos veces al mes. Deben depositarse en el comisariado VII de policía, calle Krochmalna, n. 56, los días 5 y 20 de cada mes, desde las 12 a las 18. Presentar este papel en la oficina».

«1 de mayo. Queridísimos: he recibido los paquetes de Pascua, así como las cartas de los hermanos Freilich, Ivo y Arnoldo. Me alegro de que tengáis mucho trabajo. Demos gracias a Dios y a la Virgen Inmaculada, esa madre amorosa que cuida a sus hijos en el futuro y en el pasado. Ya he salido de la enfermería, pero aún recibo la comida del hospital. Actualmente estoy destinado en la biblioteca. Hoy co-

mienza el hermoso mes de mayo dedicado a la Madre de Dios. Espero que no me olvidéis en vuestras oraciones».

«12 de mayo. Queridísimos: enviadme ropa civil. Escribo esto por orden del comandante. No necesito abrigo ni pantalones, porque los que tengo aún están en buen estado. Mandadme también un mono de trabajo (abrigado) con un chaleco de cuello alto, un chal o un echarpe. ¡Muy urgente! He recibido vuestro paquete del 5 y las cartas de los hermanos Félix y Pelagio. La Inmaculada os lo agradecerá. No puedo contestaros a cada uno personalmente porque no me permiten escribir más a menudo, pero en mis cartas hago mención de las que recibo, así como de los paquetes y tarjetas. Dejémonos guiar dócilmente por la Inmaculada a donde ella quiera con el fin de que, cumpliendo bien nuestro deber, conquistemos a todas las almas para su amor. Saludos cordiales y mis buenos deseos para todos y cada uno de vosotros». Firma «Raymond Kolbe», de acuerdo con su estado civil. Para la policía alemana ya no es el padre Maximilien Kolbe.

Mientras tanto habían escrito a la Gestapo veinte frailes de Niepokalanow, solicitando sustituir a Kolbe en la prisión. Se declaraban dispuestos a asumir los cargos que pesaban sobre él, así como a sufrir las consecuencias. Inocencia de corazones limpios. La Gestapo sólo podía rechazar el ofrecimiento y hundir sus garras con más fuerza en la presa que con tanto empeño trataban de arrancarle.

Lo golpearon. Un *Scharführer*, es decir, «un sargento» perteneciente sin duda a la especie híbrida de *Sicherheitsdienst* o «Servicio de Seguridad», un cruce de SS y Gestapo, se abalanzó un día sobre Kolbe, se apoderó del rosario que éste llevaba a la cintura y, mostrándole el crucifijo, le preguntó si realmente creía en aquello. Cuando Kolbe le respondió «sí», le pegó en la cara. Luego continuó repitiendo la pregunta y, como obtenía cada vez la misma respuesta, le pegaba de nuevo. Cuando se marchó, los compañeros de Kolbe, viéndole rezar, se acercaron para consolarle; él, sin embargo, les dijo que no se preocuparan, que aquel incidente no tenía importancia y que soportaba aquellas penas sin dificultad por amor a María. Reanudó su oración y, según los

testigos, a no ser porque tenía el rostro enrojecido por los golpes, efectivamente parecía que no había pasado nada.

Tras esta escena Kolbe recibió la orden de usar ropa civil. Se habían producido ya otros hechos del mismo estilo en aquella cárcel, donde la presencia de un hábito religioso hacía surgir bajo las gorras nazis un odio feroz hacia el sacerdote.

La Orden había tratado varias veces de conseguir su liberación y la de los otros hermanos de Niepokalanow; pero las Órdenes religiosas, en permanente riesgo de repentina liquidación, no eran interlocutores válidos para la Gestapo, que se limitaba a oponer a todos los intentos el «testimonio» obtenido del hermano-monedero falso y que, según éste, había sido amañado.

A comienzos de abril los cuatro compañeros de Kolbe, diseminados por la jaula de Pawiak, fueron deportados a Auschwitz. Probablemente Kolbe se enteró del hecho, porque una cárcel es como una inmensa oreja y sus tímpanos, las paredes. El 28 de marzo le llega el turno.

Entonces, dice el Evangelio, los soldados lo cargaron con la cruz y le condujeron a un lugar llamado Gólgota en arameo.

26.

AUSCHWITZ

Entro ahora en lo imposible y en lo inexpiable, en el sufrimiento de los inocentes, en el sollozo lejano de unas madres arrastradas por un huracán de dolor, en las montañas de zapatos arrancados a unos niños que fueron una sonrisa y luego una humareda; entro en los lamentos inútiles de la desesperación y en los insultos a la Creación, en esas fúnebres hectáreas de Caín por donde vagan en nuestro recuerdo los silenciosos transeúntes del más allá con la boca llena de barro; entro a hablar de Auschwitz, húmeda llanura de límites confusos, donde se evapora la tierra, donde la bruma extiende su sudario sobre el recuerdo de aquellos pobres seres que, con una mano descarnada, trataban en vano de proteger su última chispa de vida, respirando cada vez más débilmente un aire cargado de exhalaciones venenosas y del último suspiro de los muertos.

Allí acababa la humanidad.

Una puerta enrejada, coronada por una cabecera que lucía una especie de carcajada burlona en hierro forjado: «El trabajo es libertad», daba entrada a la zona descolorida de una inmensa fábrica de aniquilación, con sus garitas, sus plantaciones de cruces de cemento y su vegetación de alambradas que se perdían a lo lejos, entre la bruma o la nube de hollín de las cremaciones.

El que cruzaba aquella puerta entraba en la agonía.

Al cabo de unos meses no era apenas más que un crá-

neo embutido en una hilera de vértebras cubiertas de pergamino arrugado; sus ojos, sólo ausencia, cavidades huecas donde ardía una última brasa de desconfianza o de terror. Los informes administrativos los llamaban «una cabeza». Era un antiguo ser humano conducido, de reducción en reducción, al estado lineal del croquis de un esqueleto. Algunos no resistían ni tres semanas y se extinguían al primer soplo de viento. Las mujeres morían enseguida, al bajar del vagón de mercancías, aterradas por los perros y los uniformes, ahogadas por la desesperación de verse separadas de sus hijos, de no existir ya para nadie, de encontrarse sometidas, solas y despojadas, al examen de unas pupilas que ya no pertenecían a nuestra especie y que mostraban la inexpresividad de un ojo de cristal.

Y todo era una mentira: desde el rótulo frontal, cargado con el escarnio que acompaña a las obras del mal, al estrado de los músicos frente al de los ahorcados.

Los amplios edificios de las calles que no conducían a ningún sitio no eran viviendas, sino los almacenes de la mano de obra para la cual el sueño sólo era la espera agotada del día en el que reaparecería la pesadilla. Los inocentes cuartelillos con gorro de tejas no albergaban soldados, sino a los expedidores hacia la nada dirigidos por Heinrich Himmler, quien en una ocasión se felicitaba porque sus hombres estaban curtidos en la destrucción, «lo que les hacía distintos a los demás», antes de perder el conocimiento ante la matanza de detenidos organizada expresamente en su honor, como se ofrece una representación teatral a la tropa con motivo de la visita de un invitado ilustre; aquella experiencia le incitó a buscar métodos menos perjudiciales para los nervios de los verdugos. Éstos, orgullosos de una insensibilidad adquirida en el ejercicio cotidiano del crimen, se habían vuelto «tan distintos» que se sentían ajenos a los sentimientos que causan la nobleza y la fragilidad en los demás seres y creían dominar la condición humana a medida que se hundían cada vez más por debajo de ella.

Mentira también el hospital, que no era un hospital, sino un laboratorio de investigación médica y quirúrgica disparatada, una estación de embalaje de futuros cadáveres que

esperaban, alineados de dos en dos, uno a los pies y otro a la cabecera de las estrechas camas, a que la naturaleza o la «selección», es decir, la jeringuilla de un médico, pusiera fin a sus males; una ficción sanitaria destinada a mantener en el prisionero la ilusión tranquilizadora de que no se trataba sistemáticamente de quitarle la vida, sino de que en su prisión había hallado un refugio y que tenía la oportunidad, si no de huir, sí de encontrar al menos una dulce salida en medio del horror.

Mentiras, mentiras: los regímenes totalitarios, que no soportan la contradicción de la moral, ni del sentido común, ni de la gracia, ni de la naturaleza, se nutren de la mentira y del holocausto.

¿Las víctimas? El judío, ese misterio viviente, el pueblo escogido, «cristificado» por la Encarnación, yendo de calvario en calvario, perseguido por quienes no le perdonan que haya dado a Cristo al mundo; el cristiano que no había querido entregar al César lo que es de Dios; el incrédulo que se negaba a obedecer, a mentir y a deshonorarse al servicio de los dioses inmundos de la raza y de la sangre; el gitano que rechazaba la esclavitud y murió por ello; el fuerte que no trampeaba con su conciencia; el débil del que solamente se podían extraer algunos insoportables vestigios de dignidad y el metal amarillo de una alianza o de una muela; y los niños, multitud de niños judíos que apenas habían jugado en la tierra cuando los enterraron bajo ella por la fuerza.

La discusión sobre las vías y los modos de exterminio es insensata, odiosa e inútil. ¿Qué conciencias son las que no tienen conciencia de las realidades, que no ven lo evidente, que no oyen los gemidos que aún hoy arrastra el viento, haciendo estremecerse los álamos de Auschwitz? Todo, absolutamente todo, no sólo los fusiles o el ciclón B, condenaba a muerte al prisionero. La desnutrición que, a la larga, lo convertía en un juego de tabas dentro de un saco de piel. Las concentraciones de varias horas, en pie, inmóvil, sin protección posible ni contra el sol ni contra los remolinos de nieve que se precipitaban bajo la bata de tela y encerraban el cuerpo en su frío mortal. El trabajo, que no era trabajo, sino la explotación de los últimos recursos físicos del condena-

do, utilizado hasta su último espasmo muscular, en beneficio de las industrias situadas en los alrededores. Los malos tratos, que lo dejaban, aquí y allá, destrozado por los bastonazos de un jefe de cuartel o «kapo», elegido entre el hampa del campo por su perfecta amoralidad o por el carácter ventajosamente histérico de su servilismo. La enfermedad, que únicamente podía acabar en muerte, la epidemia que asolaba los barracones sin encontrar oposición.

Y, sobre todo, por encima de todo, la lenta y minuciosa degradación de la persona, despojada de su nombre a cambio de un número grabado en el antebrazo para que no pudiera negar su esclavitud si conseguía hallar una salida a través del bosque de zarzas electrificadas; la persona privada de futuro, con las raíces arrancadas, con una memoria que no era más que un foco de sufrimiento, atormentada por el desprecio, la violencia y el pánico, aferrada a su cuerpo como una pavesa cada día más cercana al abismo: la persona, esta promesa de eternidad en el hombre, tenía que desaparecer.

Y el crimen no comenzaba, como algunos parecen creer, en el umbral de la cámara de gas o al borde de la fosa común; no comenzaba con las primeras crueldades del campo o las inyecciones de los pseudo-médicos afiliados a las calaveras de los vigilantes de las SS. Sino mucho antes. En realidad, quedaba consumado, ante Dios y ante la moral, desde el momento en que se detenía a una familia cuyo destino no llegaba a conocerse. Los individuos que iban a poner las manos en los niños eran ya asesinos según subían por la escalera.

EL MARTIRIO

Allí, en ese recinto de todas las desolaciones, va a morir Kolbe.

Y aún hay quien se pregunta: «¿Ha muerto como ún mártir?».

Treinta y cinco años después de la guerra esta pregunta se plantea en el tribunal de los santos. ¿Se podía conceder la corona roja del martirio al menudo franciscano que quiso salvar a todos los hombres de toda la tierra?

Muchos lo creían así, en Polonia, en Alemania, en Japón y en otros lugares. Siguiendo el estilo de San Luis, que devolvió la Guayana a los ingleses para «poner paz entre los hijos de Francia y de Inglaterra», el arzobispo alemán Jaeger escribió a Juan XXIII una carta admirable rogándole que hiciera triunfar la causa «por nuestra íntima y personal veneración hacia el siervo de Dios, *muerto como mártir* por la caridad cristiana y la fe católica y con objeto de abolir todo rencor entre el noble pueblo polaco y mi nación...».

Sin embargo, aunque eran numerosos en todo el mundo los partidarios de la proclamación del mártir, en Roma no lo eran tanto.

El abogado del diablo, dispuesto a ceder en lo referente a la corona blanca, se envaraba bruscamente cuando le hablaban de la roja.

La muerte de Kolbe le dejaba perplejo. Le parecía que era propia de los héroes, no de los santos. Todo lo más accedía a que le elevaran un monumento y era bien sabido que, en ese caso, estaba dispuesto a colaborar.

Tampoco los teólogos consultados estaban dispuestos a concederle la palma. Giraban en torno a la definición tradicional del martirio: «Un testimonio de fe hasta recibir la muerte por el odio hacia ella»; y no veían el modo de aplicarlo al caso de Kolbe. Ya podía insistir la defensa en que los perseguidores de hoy no tienen la franqueza de otros tiempos; en que ya no se dice a los cristianos «o reniegas de tu Dios o mueres» y que procuran hacerlo morir por otros motivos, mintiendo sobre ello como sobre lo demás; todo era inútil: los teólogos no cedían. La defensa llegó a preguntarse si no sería más expeditivo limitarse a la corona blanca, que podría lograrse sin gran dificultad.

Sin embargo, Juan Pablo II, supremo juez, insistía en la corona roja.

Para él, los sistemas totalitarios son «martirogénicos» por naturaleza y por vocación. Colocan a los cristianos, y en general a todo hombre libre, en la misma situación del cristiano de los tiempos antiguos, intimado a adorar al César divinizado. El cristiano, o cualquier hombre libre, que se niega y pierde la vida por ello, es un mártir. Si es creyente, muere por la persona divina de Cristo; si incrédulo, por la persona humana que es Su imagen.

Y cuando se indicaba a Juan Pablo II que, en ese caso, habían sido mártires todas las víctimas de los campos nazis y que podrían ser venerados como tales, no decía que no.

Había escuchado con interés los consejos de los teólogos, pero estaba más atento a la voz de las gentes que a veces descubren los signos divinos antes que los especialistas. Se pronunció por el martirio, ante el asombro de Roma y del tribunal que juzga a los muertos. A sus ojos, el sacrificio de Kolbe lo colocaba por encima de cualquier discusión. ¿Se juzga al cirio cuya llama ha consumido hasta la última partícula?

Antes de dar a conocer su decisión fue a Auschwitz; se quedó como petrificado en el umbral de un calabozo donde diez hombres habían sido condenados a morir de hambre. Uno de ellos era un voluntario: Kolbe. ¿Quién podía dudar de que fuera mártir aquel que solamente había vivido para los demás y que un día, igual que Cristo, había aceptado libremente su Pasión?

LA MUERTE DE UN SIERVO DE DIOS

La última carta de Kolbe está fechada en Auschwitz el 15 de junio de 1941. En aquella época aún se respetaban en el campo algunas reglas administrativas. Se llevaba un archivo de los detenidos que tenían permiso para escribir y a veces enviaban a las familias los certificados de defunción, oficiales o engañosos según las circunstancias o el diagnóstico. Después, la muerte que enfilaba trenes, calles, bloques de internamientos o lechos de hospital, arrasó todo: archivos y funcionarios civiles, contables y enterradores. ¿A quién iban a escribir las familias, rebañadas hasta en los recién nacidos y dirigidas desde el momento de su llegada al campo hacia la «desinfección», mentira que servía de título a los enclaves de exterminio?

La carta de Kolbe está redactada en alemán: veinte líneas de papel rayado precedidas de cuarenta con instrucciones sobre lo que está permitido (recibir dinero o periódicos, a condición de que fueran «enviados por la oficina de Correos de Auschwitz») y lo que está prohibido (paquetes, «los prisioneros pueden comprar de todo en el campo» —mentira suplementaria—, visitas, instancias y gestiones).

«Querida madre:

»A finales de mayo llegué con un convoy al campo de concentración de Auschwitz (Os Wicim).

»Me va todo bien. Quédate tranquila, querida mamá, por mí y por mi salud, porque Dios está en todas partes y piensa con mucho amor en todo y en todos.

»Mejor será que no me escribas aquí, porque no sé cuánto tiempo voy a estar.

»Saludos cordiales y besos. Kolbe Raymond».

Siempre se mostró, ¿cómo decirlo?, respetuosamente unido a su madre. En las mil cartas que he revisado no recuerdo haber detectado el vestigio de un beso. María morirá dos años después de la guerra, con el recuerdo de esta ternura y la apacible certeza de haber dado al mundo y a la Iglesia un testigo de la caridad.

Con la cabeza afeitada, vestido de harapos a rayas, había pasado a ser el número 16.670, pero todo el mundo sabía que era sacerdote. También los kapos, que le pegaban y azuzaban a los perros en su contra. Aquellos individuos y las SS sentían una aversión conjunta hacia el cura y el judío, aversión que los impulsaba a perseguir a ambos como representantes de una única y aborrecible conciencia religiosa. Llegó a darse el caso de que, a raíz de la muerte de un sacerdote, los guardianes lo echaron en una carretilla que condujeron al crematorio acompañada de un reducido séquito de judíos y de unos «cochinos curas», a los que obligaron a cantar detrás de otro que llevaba una estola de estiércol y una escobilla a guisa de crucifijo, mientras que el servicio de orden, armado de bastones, improvisaba unas antífonas vociferantes que decían: «¡No hay más dioses que nosotros!».

Le uncían a todo tipo de tareas agotadoras y a veces siniestras. Tuvo que transportar cadáveres en compañía de un co-detenido, antiguo ministro de Educación Nacional en otro mundo, que temblaba al recoger los despojos y que estaba a punto de desmayarse ante las ascuas del crematorio. El 16670, mientras sostenía al ministro, rezaba y bendecía el humo de la hoguera.

Se vio a aquel enfermo cavar en la arena húmeda del Sole, el río que bordeaba el campo, con una pala cargada que debía pesar más que él; empujar carretillas de pedruscos; trasladar troncos cuyo peso le hacía tambalearse, debilidad culpable castigada sin demora: una patrulla se lo encontró un día, golpeado hasta la extenuación, sobre la hoja-

rasca a la que lo habían arrojado sus guardianes. Hubo que llevarlo al hospital, presa de la fiebre y con el rostro tumefacto.

En los veintiocho bloques del campo que la bruma cubría de sombras, veintiocho balsas de Medusa inmóviles en medio de las tinieblas, se vivía con precaución la delicada empresa de la supervivencia. Se trataba de evitar todo esfuerzo inútil, los golpes de viento y los golpes de bastón, de hacer durar veinticuatro horas la rebanada de pan negro que constituía el fundamento de la ración cotidiana. Un magistrado de la República, que quizá antes había condenado a ladrones de gallinas, fue descubierto reptando por la noche para hurtar pan.

En el bloque 18 Kolbe ocupaba la parte inferior de una litera. De este modo podía, sin molestar a nadie, levantarse para acariciar la mano de un moribundo o recibir la visita de los náufragos que no soportaban su enfrentamiento nocturno con la muerte y tenían necesidad de oír que aún existía la tierra.

Doce supervivientes, doce frutos del milagro, declararon en el proceso. Todos coincidieron al describir al mismo hombre de ojos brillantes, tan delgado que parecía horadar la bata penitenciaria, que mantenía la cabeza inclinada hacia el hombro, siempre disponible, invariablemente sonriente.

Todos, judíos o cristianos, sacerdotes o ministros, expertos en pompas fúnebres, lo recuerdan indiferente a su suerte, demasiado pendiente de los demás como para interesarse por sí mismo, no viendo a su alrededor más que a desgraciados más dignos de compasión que él.

«No os preocupéis», decía a los que le vendaban las heridas; «aún puedo aguantar más».

Llegaba a repartir su pan y lo que daba era su cuerpo y su vida.

Ignoraban de dónde extraía su fuerza aquella criatura escuchimizada y maltratada, dónde obtenía aquel enfermo la esperanza que distribuía a su alrededor como el que distribuye la comunión.

Los doce supervivientes son unánimes sobre su modo de sufrir en silencio y de mostrarse sorprendido cuando le ex-

presaban compasión ante las brutalidades de las que con frecuencia era víctima.

Había sido para ellos la paloma del diluvio y el proceso sobre el heroísmo de Kolbe les debía parecer una curiosa formalidad.

Había caído en ese recinto maléfico, en el que lo real se disolvía en el sueño y en el horror, como un fragmento inalterable de lo absoluto.

Se alimentaba de todo lo que le negaban, se fortalecía con lo que debía derrumbarle y, mientras creían humillarle, él devolvía a la humanidad el honor perdido.

¿Qué se podía hacer contra él? Vivía su internamiento como un encargo de confianza, con la única preocupación de no resultar indigno.

Los cautivos vivían presa del terror reinante y de los obstáculos infranqueables que los separaban del mundo; los kapos eran prisioneros de sus bajos instintos, encadenados a sus perros, y la exuberancia de su sadismo no conseguía ocultar su temor a no merecer el desprecio que sus amos sentían por ellos; los SS estaban prisioneros de su entrenamiento para la deshumanización, que los volvía sordos a cualquier gemido, ciegos a cualquier padecimiento, prisioneros de su cinturón, de sus botas, de sus mentiras.

El número 16670, que había alcanzado ese último grado en el que la abnegación reduce a lo inalienable y a lo eterno, era el único que se movía sin trabas en aquella cárcel.

Era el único libre.

«Un príncipe entre nosotros», dice un testigo.

De vez en cuando se producían fugas, logradas o fallidas. En una ocasión encontraron a un fugitivo desnudo, disimulado entre un montón de cadáveres. Era el modo de pasar desapercibido en Auschwitz.

Las evasiones fueron bastante frecuentes al final de la guerra. La «solución final al problema judío» ocupaba toda la atención de los empresarios de la muerte, mientras que el aumento de los trabajos y de los servicios en el exterior proporcionaba a los supervivientes mejores ocasiones para obtener ropa civil y ganarse la complicidad de la población po-

laca. Pero en 1941 el evadido era una especie poco común. Uno podría preguntarse si no se trataría a veces de un simple desaparecido ahogado en los brazos del río o muerto y olvidado en algún agujero.

Las represalias, siempre desproporcionadas, variaban con el transcurso de los años.

En aquella época, por una vida que escapaba, el monstruo penitenciario exigía diez.

Diez hombres condenados al suplicio del hambre y de la sed «hasta que aparezca el fugitivo». Pero sólo era una mentira más.

Aunque el ausente reapareciera, los condenados seguían condenados.

A finales de julio trasladaron a Kolbe al bloque 14, donde se amontonaban los prisioneros salidos del hospital. Allí las raciones eran reducidas. Los menos inútiles estaban destinados a trabajos de jardinería o ayudaban a la cosecha en el exterior del campo.

La evasión a través de las alambradas y fuera de la vista de las garitas era un asunto de decisión y de oportunidad.

El salvaje maullido de las sirenas advirtió de una de ellas hacia las tres de la tarde del último día de junio. Las sirenas no solamente azuzaban a la guardia. Se oían por todo el campo y alertaban a las patrullas.

Al terminar el trabajo, todo el campo permanecía en pie en el terreno de ejercicio. Comprobaron que el evadido pertenecía al bloque 14 y que se trataba de un panadero de Varsovia apellidado Klos.

A las nueve distribuyeron un poco de sopa, excepto a los presos del bloque 14, cuyas raciones fueron a parar a las alcantarillas. Enseguida se dio la orden de regresar a los barracones.

Los prisioneros mantuvieron durante toda la noche unas débiles esperanzas.

En la madrugada del día siguiente los reclusos, después del café, salieron hacia su trabajo. El fugitivo continuaba sin aparecer y los seiscientos prisioneros del bloque 14 permanecieron inmóviles en mitad de la explanada, alineados por

estaturas en filas de sesenta: los más bajos delante, los altos detrás. De vez en cuando uno de ellos se desmayaba. Los dejaban en su sitio y, al cabo de un rato, una patrulla los amontonaba a un lado. Estaba prohibido hablar o sentarse y salir de la fila significaba la condena a muerte. A las tres de la tarde se concedió un descanso para la sopa e inmediatamente se reanudó la situación. A la caída de la tarde apareció el comandante ayudante de campo, Karl Fritsch, de las SS, acompañado por sus escoltas y sus perros. Llegó con su ayudante el SS Palitsch, quien en una ocasión alardeó de haber matado a más de veinte mil personas, la mayoría de ellas por los disparos de una carabina preparada para ser menos ruidosa y más expeditiva.

El comandante Fritsch anunció a los prisioneros que, como el fugitivo seguía sin aparecer, diez de ellos iban a ser condenados a morir de hambre en el bloque n. 11. Luego recorrió las filas para elegir a sus víctimas. Decía a veces: «Abre el hocico. Enséñame los dientes» y «¡Fuera!». El ayudante Palitsch anotaba los números. Así reunieron poco a poco el grupito de condenados.

Entonces se produjo un hecho nunca visto: un prisionero osó salir de su fila pidiendo permiso para ocupar el puesto de otro que sollozaba y suplicaba.

Aquel prisionero era Kolbe. El humilde franciscano que no había conseguido «convertir a toda la tierra» iba a hacerse, con aquel gesto, el amigo de todos los hombres.

De los doce testigos que conocieron a Kolbe en Auschwitz y que declararon en el proceso, uno no se encontraba en el campo en aquel momento; tres estaban ocupados a cierta distancia; otro, a pesar de estar presente, no oyó ni se enteró de nada; otros tres no pudieron captar la conversación de Kolbe con el comandante Fritsch; y por último, un testigo, el prisionero que se salvó gracias a Kolbe, no hablaba alemán y no pudo seguir el diálogo.

Quedan tres testigos que vieron, oyeron y entendieron. Relatan los hechos del mismo modo con casi los mismos detalles (también aparecen ligeras diferencias en los Evangelios). Dos se confunden con respecto al bloque de Kolbe, bien porque les traicione la memoria, bien porque los números

de los bloques hayan cambiado; de hecho, el bloque n. 11 fue durante algún tiempo el n. 13. Sobre el suceso en sí no ha habido divergencias entre ellos.

Éstas son sus declaraciones, tal y como fueron expuestas en el tribunal de los santos.

Profesor Miescislaw Koscielniak:

«El siervo de Dios murió voluntariamente sustituyendo a un compañero de cautividad, François Gajowniczek, padre de familia. Sucedió a primeros de agosto de 1941. El *Lagerführer* Fritsch ordenó la muerte de diez hombres como represalia por la fuga de un prisionero.

»Los guardianes, con sus fusiles automáticos y sus perros, rodearon nuestro barracón. El *Lagerführer* Fritsch en persona seleccionó a las víctimas. Yo estaba en tercera fila y pude observar perfectamente el desarrollo de los hechos. En un momento dado, Fritsch señaló al prisionero François Gajowniczek, quien, aterrado ante la idea de la muerte, suplicaba que le perdonaran la vida.

»Entonces salió de la fila un prisionero, que yo reconocí como el padre Kolbe. El siervo de Dios se acercó a Fritsch y, con voz serena, declaró en alemán que quería morir en el puesto de François Gajowniczek. Fritsch, irritado por el gesto del siervo de Dios, echó mano al revólver y preguntó: '¿Te has vuelto loco?'. El padre Maximilien repitió su petición con toda claridad, afirmando que su propia vida era menos útil que la de aquel hombre, es decir, de Gajowniczek, que era un padre de familia. Después de un momento de silencio, Fritsch preguntó al siervo de Dios: '¿Cuál es tu profesión?'. El padre Maximilien respondió: 'Soy sacerdote católico; franciscano'. Tras un nuevo silencio, Fritsch dio su aprobación y envió al siervo de Dios al grupo de prisioneros destinados a la muerte mientras que François Gajowniczek volvía a ocupar su puesto en la fila».

Joseph Sobolewski, abogado:

«Las circunstancias en las cuales el siervo de Dios se entregó a la muerte son las siguientes: un prisionero del bloque 2 se escapó del campo. Las autoridades alemanas se apresuraron a su captura y amenazaron con que, en caso de no ser capturado el fugitivo, condenarían a morir de hambre a diez de sus cora-

pañeros. Como el evadido no apareció, una tarde el comandante Fritsch, el *Rapportführer* Palitsch y algunos SS eligieron a diez prisioneros, a los que condenaron a morir de hambre en el bunker. Yo estaba en la última fila del bloque 8 e inmediatamente detrás tenía a los reclusos del bloque 2, entre los que designarían a los diez condenados. Pude ver perfectamente el desarrollo de la acción. En un momento dado uno de los prisioneros que sacaron de las filas comenzó a gritar desesperadamente, lamentándose de que iba a morir y tenía mujer e hijos. Este prisionero se unió al grupito de los otros designados. Después eligieron dos o tres más y allí acabó el asunto. Cuando el comandante del campo y los SS iban a alejarse del bloque 2, el siervo de Dios salió de repente de dicho bloque y dijo al kapo que quería hablar con el comandante. El kapo le ordenó volver a su puesto, pero él no obedeció e insistió en hablar con el comandante. Los SS informaron del hecho a éste, quien se volvió hacia el siervo de Dios y le preguntó: '¿Qué quieres?'. El siervo de Dios respondió que quería morir en lugar del preso que se quejaba con tantas muestras de desesperación porque dejaba mujer e hijos. El comandante le preguntó por su profesión. Respondió que era sacerdote. Entonces el jefe del campo le mandó unirse a los condenados. El siervo de Dios se dirigió rápidamente hacia ellos y el desesperado volvió a la fila».

Doctor Niceto Wlodarski:

«A finales de julio o primeros de agosto, un prisionero, al parecer de la sección de jardinería, se evadió. Como no lo tuvieron, las autoridades del campo tomaron la decisión de elegir diez presos del bloque 2. Durante el suceso entre el siervo de Dios y yo había dos o tres personas. El *Lagerführer* Fritsch, acompañado del *Rapportführer* Palitsch y otros SS, escogió a diez prisioneros: uno de ellos era François Gajownieczek. Éste, al comprender lo que le esperaba, clamaba con dolor y desesperación que tenía mujer e hijos, que quería volver a verlos y que iba a morir.

»En aquel momento el padre Maximilien Kolbe salió de la fila y, gorra en mano, indicó al *Lagerführer* que estaba dispuesto a sacrificarse por aquel prisionero, señalando a Gajownieczek, porque él no tenía ni mujer ni hijos. El *Lager-*

führer le preguntó por su profesión. Él respondió: 'Soy sacerdote católico'. Durante unos momentos los SS se mostraron algo sorprendidos. Luego Fritsch ordenó a Gajownieczek que volviera a ocupar su puesto en la fila y al siervo de Dios que se reuniera con los condenados al bunker».

Por su parte, el sargento polaco Gajownieczek había visto al padre Kolbe salir de entre las filas: una iniciativa sorprendente. Pero, como no hablaba alemán, no pudo comprender lo que ocurría hasta que volvió a ocupar su puesto. Continúa con vida.

Un prisionero que había estado observando la escena desde un edificio vecino vio a las SS conducir al pequeño grupo de condenados hacia el bloque n. 11. Maximilien Kolbe iba en último lugar, sosteniendo a un compañero. Todos estaban descalzos. Les habían ordenado dejar los zuecos en la explanada.

El bloque n. 11, cuyo patio estaba rodeado por un elevado muro, era el de los interrogatorios y las «ejecuciones», es decir, los asesinatos. Se subían varias escaleras y luego se volvía a bajar al bunker, donde algunas cuevas de pocos metros cuadrados daban a un corredor cerrado con una verja.

Los condenados dejaron sus ropas a la entrada del bloque y entraron desnudos en su última morada.

Era un local de unos tres metros por tres, vacío a excepción de un cubo higiénico. Un tragaluz, casi a la altura del techo, difundía un vago resplandor procedente del mundo de los vivos.

Al cerrar la puerta, el carcelero, jovial, les citó unos versos de un poema de su país: «Os secaréis como los tulipanes», dijo.

El hambre es terrible, la sed lo es aún más. La deshidratación se produce inicialmente en las células cerebrales, desencadenando silenciosas tempestades de pesadillas y alucinaciones.

Sin embargo, según un antiguo prisionero que desempeñaba en el bunker las funciones de intérprete y enterrador y que, antes de morir en 1947, había insistido en hacer una

declaración ante notario, el padre Kolbe se debilitaba, pero ni deliraba ni tampoco se quejaba. Procuraba reconfortar a sus compañeros. Cuando entraban a retirar los cadáveres lo solían encontrar en pie o de rodillas, rezando o entonando un cántico, que repetían a coro sus acompañantes. El testigo dirá que, cuando pasaba por el corredor, creía estar en la iglesia. Según él, los moribundos de las celdas vecinas, víctimas de represalias precedentes y que pronto acabarían de suplicar, tenían la misma impresión. Así como los prisioneros del bloque 11, que algunas veces, a la luz de la luna, podían escuchar los cánticos a través del tragaluz y percibir los cráneos.

Los mismos carceleros se mostraban sorprendidos. «Eso es un hombre», decían.

Todas las mañanas retiraban el cubo vacío y sacaban del bunker a los muertos de la noche.

La puerta de madera se cerraba de nuevo ante aquellos seres pálidos, suprimidos ya de los archivos, que no eran más que un latido inútil dentro de su propia tumba.

Al cabo de catorce días, la víspera de la Asunción, se dio la orden de rematar a los moribundos.

El ayudante de la muerte, armado con una jeringuilla de ácido fénico, entró en la penumbra del sepulcro. Se encontró con tres agonizantes caídos en el cemento y una forma desecada, enroscada junto a la pared. Era Kolbe, que estaba llegando al término de su pasión. El ayudante se acercó y la jeringuilla cumplió su cometido.

«Entonces», dice el Evangelio, «los soldados se acercaron y uno de ellos con una lanza le atravesó el costado».

Así murió Maximilien Kolbe y, con él, el niño tan puro que tanto había amado a la Virgen María; así murió el joven y entusiasta sacerdote que había apuntado en su agenda el propósito de entregarse a los demás hasta el sacrificio supremo; así murió el prisionero que en otra época deseó que sus cenizas fueran dispersadas al viento y que el día de la Asunción no era más que polvo en las fauces del crematorio; así terminó, en medio del silencio y del abandono, esa vida de la que no queda más que el amor.

ÍNDICE

1. ORNAMENTOS ROJOS	11
2. LOS KOLBE	15
3. LA APARICIÓN	19
4. DUDAS	25
5. DOS CARTAS	31
6. LA MEDALLA	35
7. LA CASA KOLBE	43
8. UN SOL	49
9. CUATRO FOTOGRAFÍAS	53
10. LOS AÑOS LOCOS	55
11. SALIDA EN FALSO	59
12. INTERMEDIO	65
13. EL DESPEGUE	69
14. LA ESTATUITA	77
15. EL PERIPLO	81
16. «MARÍA SIN PECADO»	87
17. LA INDIA	99

ÍNDICE

18. FIN DE LA MISIÓN	105
19. LOS MONSTRUOS	119
20. EL REGRESO	123
21. LA CAUSA DE LOS SANTOS	137
22. NO OLVIDÉIS EL AMOR	143
23. LA TREGUA	147
24. EL ARRESTO	153
25. PAWIAK	159
26. AUSCHWITZ	163
27. EL MARTIRIO	167
28. LA MUERTE DE UN SIERVO DE DIOS	169

ARCADUZ

*Biografías noveladas de santos y personas
cuya presencia ha dejado huella en la historia,
narradas por autores de primera fila.*

CONOCER A JESUCRISTO

Una responsabilidad para los cristianos

Frank J. Sheed

11ª edición

POR LAS RUTAS DE SAN PABLO

Ciudadano romano, apóstol y mártir

Salvador Muñoz Iglesias

5ª edición

LA VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS

Fundadora, santa... y doctora de la Iglesia

Marcelle Auclair

13ª edición

LA LUZ APACIBLE

Novela sobre Santo Tomás de Aquino y su tiempo

Louis de Wohl

13ª edición

LA SOMBRA DEL PADRE

Historia de José de Nazaret

Jan Dobraczyński

16ª edición

LA CANCIÓN DE BERNADETTE

Historia de las apariciones de la Virgen en Lourdes

Frank Werfel

7ª edición

EL CURA DE ARS

El atractivo de un alma pura

Francis Trochu

11ª edición

LA VIDA COTIDIANA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Un apasionante viaje por nuestras raíces

A. G. Hamman

6ª edición

LA LANZA

Historia del Centurión Longinos

Louis de Wohl

7ª edición

EL ORIENTE EN LLAMAS

Biografía novelada de San Francisco Xavier

Louis de Wohl

8ª edición

EL ÁRBOL VIVIENTE

Historia de la Emperatriz Santa Elena

Louis de Wohl

8ª edición

DON BOSCO Y SU TIEMPO

Educador nato, patrono de la juventud trabajadora

Hugo Wast

4ª edición

LA MADRE TERESA

SU VIDA, SU OBRA 1910-1997

«Lo hacemos por Jesús»

Edward Le Joly

8ª edición

EL MENDIGO ALEGRE

Historia de San Francisco de Asís

Louis de Wohl

9ª edición

CIUDADELAS DE DIOS

Novela sobre San Benito de Nursia y su tiempo

Louis de Wohl

5ª edición

Y EL RAYO CAYÓ POR TERCERA VEZ

El drama de la vida de San Juan Bautista

Jan Dobraczyński

4ª edición

CORAZÓN INQUIETO

La vida de San Agustín

Louis de Wohl

11ª edición

LA DONCELLA DE NAZARET

Historia de la Virgen María

Javier Suárez-Guanes

7ª edición

FUNDADA SOBRE ROCA

Historia breve de la Iglesia

Louis de Wohl

11ª edición

AL ASALTO DEL CIELO

Historia de Santa Catalina de Siena

Louis de Wohl

7ª edición

JUANA DE ARCO

La asombrosa aventura de la Doncella de Orleáns

Mark Twain

4ª edición

EL HILO DE ORO

Vida y época de San Ignacio de Loyola

Louis de Wohl

5ª edición

EL PUEBLO DE LA BIBLIA

Daniel-Rops

SAN ANTONIO DE PADUA
Gran predicador y hombre de ciencia
Jan Dobraczyński
5ª edición

JESÚS EN SU TIEMPO
Como un Hombre, entre los hombres
Daniel-Rops
2ª edición

SAN FRANCISCO DE SALES
Fundador genial, director de almas
modelo de escritores, dialogador paciente
Valentín Viguera Franco
2ª edición

EL MENSAJERO DEL REY
Novela sobre San Pablo y su tiempo
Louis de Wohl
3ª edición

LO QUE MARÍA GUARDABA EN SU CORAZÓN
Contemplar los sentimientos de la Madre
José María Pemán
5ª edición

«NO OLVIDÉIS EL AMOR»
La pasión de Maximiliano Kolbe
André Frossard
4ª edición

SAN JUAN DE LA CRUZ
Su presencia mística y su escuela poética
José María Moliner
4ª edición

EL APÓSTOL DE LOS LEPROSOS
La vida del Padre Damián
Wilhelm Hünermann
4ª edición

MAGDALENA
«Jesús arrojó de ella siete demonios»
Jan Dobraczyński
3ª edición

SANTA TERESITA
Vida de Teresa de Lisieux, Doctora de la Iglesia
Maxence Van der Meersch
5ª edición

TRES MILAGROS PARA EL SIGLO XXI
El Pilar (siglo I), Guadalupe (1531), Fátima (1917)
Francisco Ansón
4ª edición

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN
Su historia, su mensaje
Annette Colin-Simard
3ª edición

EL MENDIGO DE GRANADA
Vida de San Juan de Dios
Wilhelm Hünermann
3ª edición

LA SÁBANA SANTA:
Últimos hallazgos, 2002
El Sudario de Oviedo y
la Virgen de Guadalupe
Francisco Ansón
5ª edición

EL PADRE DE LOS POBRES
Vida de San Vicente de Paúl
Wilhelm Hünermann

SAN FRANCISCO DE PAULA
Pietro Addante

EL DIVINO IMPACIENTE. CISNEROS.
LA SANTA VIRREINA
José María Pemán
2ª edición

SANTA GEMA GALGANI
Vida de la primera Santa del siglo xx
Germán de San Estanislao y
Basilio de San Pablo
3ª edición

FÁTIMA
Su historia maravillosa
Wilhelm Hünermann
Apéndice de Francisco Ansón
2ª edición

EN BUSCA DEL ROSTRO DE JESÚS
Javier Prades. Salvador Muñoz Iglesias.
Francisco Ansón. Florentino Díez.
Aurelio Fernández. Gloria Toranzo

EL PADRE PÍO
El capuchino de los estigmas
Yves Chiron
3ª edición

SAN JUAN
Tras las huellas del Evangelista
Paul Dreyfus

SANTOS DEL SIGLO XIII Y SU ÉPOCA
Cuando el mundo descubrió la paz
Francisco Ansón

SAN BERNARDO
El hombre que transformó Europa
Philippe Barthelet

OTROS TÍTULOS

SANTOS DEL SIGLO XIII Y SU ÉPOCA

Cuando el mundo descubrió la paz

Francisco Ansón

SAN JUAN

Tras las huellas del Evangelista

Paul Dreyfus

EL PADRE PÍO

El capuchino de los estigmas

Yves Chiron

3ª edición

EN BUSCA DEL ROSTRO DE JESÚS

Javier Prades. Salvador Muñoz Iglesias.

Francisco Ansón. Florentino Díez. Aurelio

SANTA GEMA GALGANI

Vida de la primera Santa del siglo XX

Germán de San Estanislao

y Basilio de San Pablo

3ª edición

SAN FRANCISCO DE PAULA

Pietro addante

LA SÁBANA SANTA

Últimos hallazgos, 2002

El Sudario de Oviedo

y la Virgen de Guadalupe

Francisco Ansón

5ª edición

SANTA TERESITA

Vida de Teresa de Lisieux,

doctora de la Iglesia

Maxence van der Meersch

5ª edición

SAN JUAN DE LA CRUZ

Su presencia mística y su escuela poética

José María Moliner

4ª edición

NO OLVIDÉIS EL AMORrelata, según documentos -algunos de ellos inéditos- entregados al autor en el Vaticano, las aventuras y el final heroico de un joven polaco de familia muy pobre y que provocaba la admiración de sus maestros por las muchas dotes que poseía.

Lo vemos encaminado hacia una gran carrera de ingeniero o de inventor. Pero escogió la vida religiosa "para convertir la tierra entera".

Tuvo éxito en todas sus empresas. Poco antes de la última guerra, dirigió una verdadera "ciudad mariana", el convento mayor del mundo -setecientos franciscanos- y una enorme imprenta con treinta y tres rotativas, que editaba trece publicaciones, la principal de las cuales tiraba un millón de ejemplares.

Llegó hasta el Japón, en donde, sin dinero y sin conocer el idioma, en el plazo de un mes organiza el lanzamiento del mayor diario católico japonés.

Es detenido y deportado a Auschwitz, donde en agosto de 1914 sustituye a un compañero condenado a morir de hambre.

Muere después de catorce días de agonía.

En el transcurso de su proceso de canonización, a pesar de una fuerte oposición por parte de los expertos en teología, Juan Pablo II lo proclamó santo y mártir, el 10 octubre de 1982.

Este relato comienza como una novela y acaba con un conmovedor "requiem" en memoria del pequeño franciscano, que tal vez no "convirtió a la tierra entera" pero que se hizo amigos de entre todos los hombres.

Igual que otra obra de ANDRÉ FROSSARD, *¡No tengáis miedo!*, este libro debe mucho a la benevolencia al estímulo de Juan Pablo II.

ISBN 84-7118-773-6



9 788471 187734

EDICIONES PALABRA